

## **CONSEJO DE GUERRA**

**Autor: Carlos Bongcam Wyss**

E-mail: bongcam@chile.ms

© Carlos Bongcam Wyss

ISBN 91 970233 1 0

(Prohibida su reproducción o uso con fines comerciales, sin la autorización previa del autor)

**Dedicatoria:** A los hijos y nietos de Juan Bassay Alvear. A los jóvenes partidarios de la justicia

**Advertencia:** “Guardaos de los falsos profetas, que vienen a vosotros vestidos con piel de oveja, pero por dentro son lobos rapaces. Por sus frutos los conoceréis.”

(Jesús en Galilea. Según san Mateo)

**Segunda advertencia:** Guardaos de los tenebrosos que sueñan con la repetición de la Historia. Por sus frutos los hemos conocido.

(Las víctimas de Osorno)

## **Capítulo 1**

### **«Estado de Sitio»**

(Martes 11 de septiembre de 1973)

El día había amanecido gris y lloviznaba. Grandes masas de amenazantes nubarrones, variando constantemente de forma, se desplazaban hacia el sur.

Protegidos de la llovizna bajo el alero del galpón, los trabajadores aguardaban sentados sobre unos troncos tendidos a lo largo de la muralla de tablas.

El camión bajó a la explanada y retrocediendo se estacionó al costado de una ruma de postes de alerce. Lentamente, los campesinos comenzaron a levantarse. Sacándose sus raídas mantas de lana, las colgaron de los clavos que sobresalían de las tablas del galpón. Siempre en silencio, quedaron a la espera.

El dueño de casa saludó al chofer del camión, que caminaba a su encuentro.

—Buen día —respondió Juanito.

—Pase a la cocina. ¿Se sirve un matecito?

—Bien, nomás.

—¡Cargen el camión! —ordenó el propietario de los postes a sus trabajadores.

Juanito se volvió a Guido, su sobrino y ayudante.

—¡Dirige tú el trabajo!

Luego entró a la cocina seguido por su anfitrión.

Los trabajadores comenzaron a subir los postes a la plataforma del camión. Bajo la persistente garúa, que les empapaba los sombreros y las vestimentas, cargaban los pesados troncos levantándolos entre todos.

Cuando una hora y media después Juanito salió de la cocina, el vehículo tenía su carga casi completa.

El joven fue hasta su camión y lo examinó dando un rodeo. Luego abrió la puerta de la cabina del lado del volante, subió a la pisadera y encendió la radio.

Se oyeron los últimos compases del himno nacional. A su término, un locutor leyó:

—“Las Fuerzas Armadas y Carabineros de Chile, declaran: Que el señor Presidente de la República debe proceder de inmediato a hacer entrega de su cargo a las Fuerzas Armadas y Carabineros de Chile; que los trabajadores deben tener la seguridad que las conquistas económicas y sociales que han alcanzado hasta la fecha no sufrirán modificaciones en lo fundamental; que la prensa, radiodifusoras y canales de televisión adictos a la Unidad Popular deben suspender sus actividades informativas a partir de este instante. De lo contrario recibirán castigo aéreo y terrestre, y que el pueblo de Santiago debe permanecer en sus casas a fin de evitar víctimas inocentes.”

Firmaba aquel Bando, entre otros, un tal Pinochet, un general que había sido adiestrado en la «Escuela Militar de las Américas» de la Zona Norteamérica del Canal de Panamá, a quien el Presidente Salvador Allende, bajo juramento de honor, le había nombrado Comandante en Jefe del Ejército chileno.

Los campesinos escucharon asombrados. La temida insurrección militar se había puesto en marcha.

Desde la pisadera, Juanito gritó:

—¡Rápido, compañeros, terminen de cargar!

Haciendo un último esfuerzo, los hombres subieron al camión los restantes postes. Guido pasó por encima de la carga una vieja cadena metálica, llena de remiendos hechos con alambre, y la ajustó todo lo tensa que pudo en los pernos que había en los bordes de la plataforma. Después subió a la cabina y se sentó al lado de su tío, quien ya había hecho partir el motor.

Al ser acelerado a fondo para embestir la subida, el motor se ahogó y se detuvo. Con el motor apagado, el camión comenzó a retroceder por la pendiente. Juanito se vio obligado a frenar.

La remendada cadena no soportó el peso muerto de la carga y se cortó. Algunos troncos cayeron del camión y los demás quedaron mal ubicados en la plataforma.

Al ver todo el trabajo perdido, Juanito maldijo por lo bajo y tomó una decisión. Después de poner el freno de mano, bajó de un salto.

—Lo siento —le dijo al dueño de los postes—. ¡Me iré vacío!

—Como usted guste.

—Compañeros: ¡Abajo con los postes!

En contados minutos, el camión estuvo vacío.

Mientras el vehículo trepaba tosiendo hacia la cumbre del cerro, el locutor de la radio, anunció:

—“El Palacio de La Moneda deberá ser evacuado antes de las once horas. De lo contrario será atacado por la Fuerza Aérea de Chile.”

Casi todas las radioemisoras transmitían en cadena con los golpistas. Buscando en el dial, Guido sintonizó una radio donde el Presidente Salvador Allende estaba diciendo:

—“Ante estos hechos, sólo me cabe decir a los trabajadores: ¡Yo no voy a renunciar!

—“Colocado en un tránsito histórico, pagaré con mi vida la lealtad del pueblo.

—“Y les digo que tengo la certeza que la semilla que entregamos a la conciencia digna de miles y miles de chilenos, no podrá ser segada definitivamente.

—“Tienen la fuerza, podrán avasallar, pero no se detienen los procesos sociales ni con el crimen ni con la fuerza. La historia es nuestra y la hacen los pueblos. Tengo fe en Chile y su destino. Superarán otros hombres este momento gris y amargo donde la traición pretende imponerse.

—“Sigán ustedes sabiendo que mucho más temprano que tarde, de nuevo se abrirán las grandes alamedas por donde pase el hombre digno para construir una sociedad mejor.

—“¡Viva Chile! ¡Viva el pueblo! ¡Vivan los trabajadores!

Desde la cima del cerro se podía ver, bajo el cielo parcialmente nublado, el bello panorama de verdes colinas extenderse hasta la cordillera de los Andes. A lo lejos, emergiendo entre las nubes, se destacaba la nevada cumbre del volcán Osorno.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Guido.

—Lo primero será sacar la propaganda política que llevamos en el camión.

Juanito detuvo el vehículo al borde de un barranco, junto a unas tupidas matas de quilas que no dejaban ver el fondo.

Los jóvenes sacaron de la cabina las revistas y los impresos políticos. Con ellos hicieron un atado y lo lanzaron a la quebrada.

El paquete no alcanzó a superar las quilas y quedó columpiándose enredado en las ramas. Unos instantes después cayó al vacío, desapareciendo para siempre.

A medida que bajaban del cerro hacia el valle y las curvas del camino se hacían más amplias, Juanito fue aumentando la velocidad del camión. En terreno plano pasaron sin detenerse por el primer cruce de caminos.

Poco más allá, Juanito dijo:

—Nos sigue la camioneta de Raúl Guzmán.

Guido miró por el vidrio trasero.

—¡Sí, es él! ¡El soplón de los Carabineros!

Seguidos por la camioneta llegaron a Riachuelo, el pueblo donde ellos vivían. Allí estaba la casa de don Luis Bassay, el padre de Juanito.

El anciano había llegado a la zona, muchos años atrás, relegado por el gobierno de turno a raíz de una huelga de los mineros del salitre que, como era costumbre en aquellos tiempos, había sido violentamente reprimida. De su época como obrero salitrero provenía su militancia en el Partido Socialista.

La vivienda era una casa de madera de dos pisos con una entrada lateral para vehículos que daba a una pequeña construcción que servía de bodega, leñera y taller.

Juanito detuvo su camión frente a la casa y subió a su dormitorio a cambiarse de ropa. Al bajar encontró a su padre muy alterado.

—Ha estado viniendo la gente a pedir instrucciones y los compañeros de la Juventud han preguntado por tí, Juanito. También han llegado algunos rumores. Dicen que la Intendencia de Osorno fue desalojada a tiros porque hubo resistencia. Que la Sede de la Universidad fue bombardeada y que hay muchos heridos. Que el edificio de la Gobernación de Río Negro fue incendiado y que el Gobernador está herido.

—No hay que dejarse llevar por los rumores, papá. Hay que confirmar las cosas primero. Además, nosotros no podemos hacer nada sin instrucciones del Partido.

—Tienes razón. Tú tienes que cuidarte, porque te van a perseguir los fascistas.

—Y usted también, papá.

—Yo ya estoy viejo. A mí nada me harán.

En busca de informaciones, Juanito fue en su camión al cercano pueblo de Río Negro. Por el camino escuchó a los militares:

—“Declárase, a partir de esta fecha, «Estado de Sitio» en todo el territorio de la República, asumiendo esta Junta la calidad de General en Jefe de las fuerzas que operarán en la emergencia.”

—“Se aplicará la «Ley Marcial» a toda persona que sea sorprendida con armas o explosivos.”

—“Se advierte a la población no dejarse llevar por posibles incitaciones a la violencia que pueden emanar de activistas nacionales o extranjeros.”

En Río Negro comprobó que la Gobernación estaba intacta y un compañero le informó que el Gobernador se encontraba en un fundo cercano y que no estaba herido.

Otro compañero, que venía llegando de Osorno, le aseguró que no había habido ningún enfrentamiento en la Intendencia, ni se había bombardeado la Universidad.

En el camino de regreso a Riachuelo, Juanito escuchó nuevamente a los militares:

—“La Junta Militar de Gobierno advierte a la población que todas las personas que estén ofreciendo resistencia al nuevo gobierno deberán atenerse a las consecuencias.”

—“Que toda industria o vivienda o empresa fiscal debe deponer toda actitud beligerante, caso contrario, las Fuerzas Armadas actuarán con la misma energía y decisión con que se atacó La Moneda con las fuerzas de tierra y aire.”

Así se enteró de que la Sede del Poder Ejecutivo del Gobierno Constitucional, el Palacio Presidencial de La Moneda, había sido bombardeada.

En tanto llegó a su casa, su madre le dijo:

—Acaba de pasar Darío en su camioneta. Como no te encontró, siguió hacia Huelleshue.

Pensando que el compañero traía instrucciones del Partido, Juanito subió a su camión y al cabo de una corta y veloz persecución, le dio alcance.

Pero Darío no traía instrucciones, sino unas cajas con alimentos para una explotación maderera que iban a iniciar en la cordillera. Después de hacerse cargo de las provisiones, Juanito regresó a su casa.

Se estaba bajando del camión, cuando Carmela, que tenía un tío Carabinero, llegó al galope. La joven se bajó del caballo y llevó a Juanito detrás de la leñera. Allí, en secreto, le dijo:

—Me envía mi tío a avisarte que te vayas, porque te van a matar. Hay cuatro personas en la lista de aquí de Riachuelo. Entre ellas estás tú y tus sobrinos Guido y Héctor Barría. Los militares van a venir la próxima semana a cumplir esta orden. Mi tío me dijo que él te podía ir a dejar a Santiago.

—Muchas gracias por el aviso, pero yo no me puedo ir sin instrucciones de mi Partido.

Después de despedirse de Carmela, Juanito entró a la casa. Llamó aparte a su padre y le contó lo que le acababan de decir y la respuesta que él había dado.

—Creo que hiciste bien, hijo. ¿Qué piensas hacer ahora?

—Como Encargado de la Juventud le voy a ordenar a mis sobrinos que se escondan y yo iré a Osorno a pedir instrucciones.

## Capítulo 2

### Las Intrucciones

(Miércoles 12 de septiembre)

Juanito salió temprano con destino a Osorno. El cielo había amanecido despejado, pero a aquella hora de la mañana espesos velos de neblina se extendían en las hondonadas, cubriendo a medias los bosquecillos de renovales.

No se veían tordos ni zorzales, ocultos entre el verde follaje de los perfumados laureles. Sólo algunos entumecidos tiuques, sin ánimos para desplegar sus alas y huir, miraban pasar al camión parados en los cables eléctricos.

La carretera Panamericana estaba desierta. Sólo de trecho en trecho se veían pequeños grupos de vacunos pastando entre los robles de los potreros que atravesaba el camino.

Aquel idílico paisaje matinal contrastaba con lo que a aquellas horas estaba ocurriendo en el resto del país.

En la ciudad de Osorno Juanito se dirigió a la casa de Avendaño, un dirigente del Comité Regional. Antes de llegar a ella encontró al compañero en la calle. Éste le indicó que lo siguiera. Juanito se bajó del camión y por un forado del cerco entró al Cementerio Católico, detrás del dirigente.

—¿Qué ha pasado aquí en Osorno?

—Hasta ahora, no mucho. Ayer se hizo cargo de la Intendencia el Comandante del Regimiento.

—¿Y qué le pasó al Intendente?

—Entregó su cargo y lo dejaron irse para su casa. La cosa parece que está en un compás de espera.

—¿Cuáles son las instrucciones del Partido?

—Estamos esperando las instrucciones de Santiago, pero los teléfonos del Comité Central no funcionan. Se cortaron ayer mismo por la mañana.

—¿Es verdad que murió el compañero Allende?

—Sí, camarada, el compañero Presidente cayó en su puesto. Tal como él lo había dicho.

—¿Es cierto que se suicidó?

—¿Qué importancia puede tener eso? Los únicos responsables de su muerte son los militares sublevados. La historia los juzgará.

—¿Hay armas?

—No, camarada, no hay armas.

—¿Y qué vamos a hacer, entonces?

—Estamos esperando instrucciones.

—Mire, compañero, yo he sabido de una fuente muy segura, que estoy en la lista de los que van a matar en Riachuelo. Yo quisiera esconderme o bien irme a Santiago y asilarme.

—¡Asilarse! ¿Qué clase de dirigente es usted? Usted tiene una responsabilidad como dirigente y como tal tiene que responder. ¿Prefiere que tengamos las cárceles llenas de campesinos y de trabajadores o que estemos nosotros, los representantes de ellos?

—Pero es que dicen que nos van a matar...

—¡Usted camarada —prosiguió Avendaño, sin hacer caso a la interrupción de Juanito—, como buen militante y como dirigente responsable, debe quedarse en su puesto hasta el último, y no salir corriendo a asilarse! ¡Eso sería una traición y una cobardía!

—¿Y si nos matan?

—¡Si tenemos que morir, moriremos cumpliendo con nuestro deber! ¡Váyase a su casa y espere nuevas órdenes! Yo he despachado

instrucciones semejantes a todas las Seccionales de la Provincia. ¡Y si hay nuevas instrucciones, se las haré llegar oportunamente!

No encontrando nada más que agregar, Juanito se despidió de su camarada y salió del camposanto.

En el cruce Lynch tuvo que detenerse frente a una barrera. Los militares lo hicieron bajarse para revisar el camión. Al comprobar que el vehículo iba vacío, le permitieron seguir su camino.

Poco antes del trébol sur, el camión fue revisado por una segunda patrulla militar, que también lo dejó pasar.

Una vez en la carretera, que continuaba desierta, Juanito iba pensando en las instrucciones que le había dado Avendaño. Luego de repararlas, una y otra vez, decidió seguirlas. Como él no había hecho nada en contra de la ley, pensó que no tenía nada que temer. Aquello de la lista de condenados a muerte en Riachuelo, a lo mejor era una exageración del tío de Carmela.

No obstante, algo no encajaba. Por si acaso, se reafirmó en la idea de ordenarle a sus sobrinos que se escondieran y él se quedó con el convencimiento de que podría demostrar, en cualquier caso, que no era culpable de nada.

“Seguiré trabajando con mi camión, se dijo, como si nada hubiese ocurrido.”

A la entrada de Río Negro, una muchacha le hizo señas para que se detuviera.

—La compañera Adriana me ordenó que estuviera mirando por si usted pasaba. Ella necesita hablar con usted. Le está esperando en la casa de Miguel.

Juanito se dirigió a ese lugar, que quedaba un poco más allá de la salida opuesta del pueblo. Poco antes de llegar a la casa de Miguel, de un bosquecillo al borde del camino salió Adriana haciéndole señas.

La joven subió a la cabina.

—Compañero: usted está en peligro. Licandeo y Santibáñez fueron a la Intendencia de Osorno, a ponerse al servicio de los militares.

—¡Cobardes!

—Y traidores, porque en la Intendencia dijeron que usted tenía gente en la cordillera y que en el último tiempo había estado llevándoles bultos sospechosos.

—¡Chuecos y mentirosos!

—Además, hemos sabido que la cordillera va a ser bombardeada. Si hay compañeros allá, habría que avisarles.

—¿Irán aviones?

—Sí. Y también los militares.

Después de unos momentos, la compañera agregó:

—Nosotros estamos decididos a comenzar la resistencia, compañero. ¿Hay armas?

—Armas no hay y yo pienso que no debemos precipitarnos. Vengo de Osorno y traigo instrucciones de esperar.

—Tenemos que mantenernos en contacto —dijo Adriana y se bajó del camión.

—Eso haremos —le respondió Juanito, poniendo en marcha el motor.

Desde allí, el joven se dirigió a Riachuelo. Antes de llegar se encontró con el camión de Licandeo que venía en sentido contrario. Hizo un cambio de luces y los vehículos se detuvieron. Ambos choferes se bajaron y se encontraron en medio del camino.

—Oiga, Licandeo: ¿Qué significa eso de ponerse a disposición de la Intendencia, ahora que está en manos de los militares y después de que éstos asesinaron al Presidente Allende? ¡Además ustedes me fueron a vender, contando mentiras! ¡Esta es una traición propia de cobardes!

—Mire, Juanito, nosotros con Santibáñez fuimos a poner el «MOPARE» al servicio del nuevo gobierno, pero yo no he vendido a nadie.

—Usted me quiere decir que el que me vendió fue Santibáñez, pero a la Intendencia fueron ustedes dos. Yo no pienso denunciarles, porque soy bastante más hombre que ustedes y tengo un Partido ante quien responder...

—Pero...

—... y si algo me pasa, usted y Santibáñez serán los responsables y tendrán que responder por ello.

Diciendo esto, Juanito dio media vuelta y regresó a su camión. Licandeo quedó a sus espaldas balbuceando unas ininteligibles palabras.

En su casa, Juanito encontró a Guido.

—Mira, Guido: Tú y tu hermano Héctor están en la lista de las personas que los militares van a fusilar aquí en Riachuelo.

—¿Es cierto?

—Me lo ha comunicado una fuente muy segura. Te hablo como pariente, pero también como Encargado de la Juventud. Ahora mismo te tienes que esconder. Te vas a ir a una casa que no sea de la familia, lejos, en el campo. No puedes quedarte en Riachuelo, porque aquí corres peligro. ¿Entendido?

—¡Así lo haré, tío!

A continuación, Juanito envió mensajes llamando a una reunión urgente a los jefes de núcleo de la Juventud Socialista de Riachuelo.

Aquella noche, al lugar convenido llegaron los jóvenes que habían sido citados.

Juanito inició la reunión.

—Camaradas: en primer lugar, todos los materiales de propaganda y los documentos partidarios, deben ser inmediatamente destruidos. En segundo lugar...

—¿Cuándo comenzaremos la resistencia? —le interrumpió uno de los jóvenes.

—No tenemos instrucciones del Partido. Y tampoco tenemos armas.

—Podemos tomar las que tienen los pacos del Retén de Riachuelo.

—Nada sacamos con matar cuatro pacos. Tenemos el fascismo encima. Pueden venir a bombardear las casas de Riachuelo y matar a mucha gente inocente. Están dispuestos a todo.

Los jóvenes optaron por callarse, pero no parecían muy convencidos por los argumentos del Encargado de la Juventud.

—Volviendo a lo anterior —prosiguió Juanito—. En segundo lugar, tenemos que ponernos de acuerdo en lo que hay que decir si alguien es detenido. Se debe decir sólo lo necesario, contestando únicamente las preguntas y no hablar de más. ¿De acuerdo?

—¡De acuerdo!

—Si alguno de ustedes no pudiera resistir, entonces me pueden culpar a mí o a los hermanos Barría, que nosotros sabemos bien qué nos espera.

—¡Eso, no! —exclamó un joven—. ¡Nadie debe hablar nada de más!

—¡De acuerdo! —asintieron todos.

—Bien —dijo Juanito—. ¡Entonces se hará como está acordado!

Terminada la reunión, los jóvenes desaparecieron en distintas direcciones, tragados por la oscuridad de la noche.

### Capítulo 3

#### La Detención

(Jueves 13 de septiembre)

Aquella mañana el cielo amaneció con nubarrones, que el viento norte arrastraba con fuertes ráfagas. A la espera de las instrucciones del Partido, Juanito había pensado continuar haciendo una vida normal. En la cocina desayunó con su hermano José, que había venido de visita desde Santiago, y

con Oscar, el hermano menor de Héctor y Guido Barría. Finalizado el desayuno, Juanito dijo:

—Acompáñame a Río Negro, hermano. Tengo que cargar unas maderas para llevarlas a Valdivia.

—Como nó.

—Yo también quiero ir —dijo Oscar.

Los tres subieron a la cabina del camión y en pocos minutos llegaron a Río Negro. Fueron directamente al depósito donde estaban las maderas.

—Lo siento —le dijo el dueño de las tablas—. Pero voy a enviar la carga por ferrocarril.

Como no tenían otra cosa que hacer en el pueblo, regresaron de inmediato a Riachuelo. Habían recorrido la mitad del camino, cuando Juanito vio por el espejo retrovisor el furgón de Carabineros y el jeep de la Gobernación. Ambos se acercaban a gran velocidad. El vehículo policial traía encendida la luz intermitente del techo y al alcanzar al camión, hicieron sonar la sirena.

Juanito disminuyó la marcha, se colocó a un costado del camino y le cedió el paso. El furgón sobrepasó al camión y luego, en una arriesgada e inútil maniobra, se cruzó por delante y se detuvo. Para evitar el choque, Juanito frenó en seco. Detrás del camión, el jeep de la Gobernación se atravesó en el camino.

Al joven le pareció ridículo que los Carabineros anduvieran jugando como en las películas. Pero se le esfumó la sonrisa cuando vio a los Carabineros armados con fusiles automáticos que se acercaban amenazantes, apuntándoles con sus armas. Del jeep bajó el Capitán Hans Schernberger, quien ordenó:

—¡Abajo, todos!

Juanito y sus acompañantes obedecieron en silencio. Los Carabineros les hicieron ponerse de cara a la carrocería del vehículo, con las manos en alto y las piernas separadas. Primero les allanaron y después les obligaron a sacarse los zapatos y toda la ropa. Luego de revisar cada una de las prendas se las devolvieron, ordenándoles que se vistieran.

En la cabina del camión, dos Carabineros hurgaron en la guantera y levantaron los asientos. Tendidos de espaldas miraron debajo del tablero de los instrumentos. Finalmente se bajaron sin haber encontrado lo que andaban buscando.

Mientras unos Carabineros hacían rebotar la rueda de repuesto arriba de la plataforma del camión, otros abrían la tapa del motor y miraban en su interior. Luego de dejar en paz la rueda de repuesto, los Carabineros de la plataforma bajaron a golpear los neumáticos del camión con sus palos de

reglamento. Después se metieron debajo del vehículo golpeando la carrocería con sus garrotes.

—Cuando se cansó del concierto, el Capitán exclamó:

—¡Regresamos a Río Negro!

A sus subalternos, que subieron al camión junto a los detenidos, les ordenó:

—¡Ante cualquier movimiento sospechoso: ¡Tiren a matar!

El Capitán subió al jeep, que partió seguido por el camión de Juanito. El furgón policial cerraba la marcha. Por la puerta trasera del jeep, que llevaban abierta, dos Carabineros apuntaban sus fusiles hacia el camión. En la cabina de éste, otros dos apuntaban a Juanito con sus armas prontas. En la plataforma del camión una pareja vigilaba a los dos parientes de Juanito. Desde la pisadera trasera del furgón policial, por arriba del techo del mismo, otros dos policías apuntaban sus armas hacia el camión.

Avanzando lentamente, la insólita caravana entró al pueblo de Río Negro. La gente miraba aquel inusitado espectáculo con gran curiosidad. Todos los detenidos eran personas conocidas y muchos niños se pusieron a trotar al lado del camión de Juanito. Al pasar frente al molino, ya eran muy numerosos los muchachos que corrían a ambos lados de la columna motorizada. Juanito tuvo la impresión de formar parte de la caravana de un circo. Luego de atravesar sin prisa todo el poblado, la columna de vehículos llegó frente a la Comisaría de Carabineros. Allí se estacionaron. Tomando exageradas precauciones, los policías hicieron bajar a los detenidos.

En la Sala de Guardia nuevamente los allanaron, despojándolos de sus documentos y objetos de valor. Luego, alejándolos unos de otros, los pararon mirando la pared, con las manos en alto y las piernas separadas. Media hora después entró el Capitán y le entregó un papel al Sargento de Guardia. Para que todos escucharan, en voz alta dijo:

—¡Aquí le dejo una orden por escrito que acaba de llegar! Debe ser entregada al Teniente Godoy en el caso de que yo no regrese. En una de sus partes dice que Juan Bassay y los dos hermanos Barría deben ser fusilados en el acto, en el lugar donde se les encuentre. ¡Por lo demás, el Teniente ya lo sabe!

—¡A su orden, mi Capitán!

Una hora más tarde, el Teniente Godoy entró a la Sala de Guardia. Corriendo pasó por encima de dos jóvenes que estaban tendidos boca abajo en el piso, a quienes Juanito no había podido identificar. Como los detenidos se quejaron, el Teniente se volvió a patearlos. Los jóvenes se retorcían en el suelo, gritando de dolor. Al término de aquel castigo, el Teniente llegó cerca de Oscar al que, al tiempo de darle un puñetazo en la cara, le gritó:

—¡Tú sabes lo que te espera!

Luego, sin decir palabra, tomó del pelo a José y le estrelló violentamente la cabeza contra la muralla. En seguida se acercó a Juanito. “Ahora es mi turno”, pensó éste, preparándose para recibir el castigo. Pero el Oficial lo miró aparentando extrañeza.

—¿Y usted también está aquí, señor Bassay?

—Así es.

—Pero, ¿por qué?

—Pregúntele a su Capitán. Él me detuvo.

El Teniente salió de la Sala de Guardia moviendo la cabeza, como si no comprendiese lo que pasaba con Juanito. Cerca de las siete de la tarde, el Teniente regresó.

—¡Cabo de Guardia! ¡Lleve a los acompañantes del señor Bassay a calabozos separados!

—¡A su orden, mi Teniente!

Los Carabineros tomaron a los parientes de Juanito y a golpes y empujones los llevaron al sótano de la Comisaría, donde estaban los calabozos. Asomándose por el hueco de la escalera por donde habían desaparecido los uniformados con los detenidos, el Teniente gritó:

—¡Mañana a las seis, serán fusilados!

—¡A su orden, mi Teniente!

Juanito quedó de pie mirando la pared, mientras en el piso de la Sala de Guardia continuaban tirados boca abajo los otros dos jóvenes detenidos. De cuando en cuando, tal vez para que no se quedaran dormidos, los Carabineros se acercaban a ellos y les daban patadas en el cuerpo. El tiempo transcurrió con lentitud.

El Carabinero que estaba a cargo de la puerta de la Comisaría la abrió para dejar entrar al Comandante del Cuerpo de Bomberos Voluntarios de Río Negro. Juanito lo conocía perfectamente, pues él también era bombero voluntario en Riachuelo. El recién llegado era dueño de un restaurante y traía una bandeja con pollos asados, papas fritas, ensaladas y una bolsa de malla con seis botellas de vino y dos de pisco. Por su intermedio, los comerciantes de Río Negro estaban agasajando a los Carabineros golpistas.

A la vista de la comida y el trago, los Carabineros acogieron al bombero con alegría. Un grupo siguió al donante al comedor y un minuto después se escucharon sus voces diciendo salud, con la boca llena de comida. “¡Qué les dure!”, pensó Juanito.

Poco antes de la medianoche regresó el Capitán. Desde su oficina llamó a su ordenanza y éste fue a buscar a Juanito.

—¡Andando! Mi Capitán lo necesita.

Dos Carabineros condujeron a Juanito a la oficina del Comisario y luego salieron, dejándolos a solas. El Capitán se levantó y se acercó a Juanito.

—Tome asiento, señor Bassay, vamos a conversar como caballeros, que creo que somos.

Juanito se sentó frente al único escritorio. Cuatro sillas y un viejo estante fiscal con puertas con vidrios, completaban el mobiliario de la oficina del Comisario. El Capitán regresó al sillón de madera detrás del escritorio y se sentó. Ceremoniosamente puso los codos sobre la mesa, cruzó los dedos de sus manos y descansó la barbilla sobre sus pulgares. Durante unos momentos, permaneció en silencio.

—Señor Bassay: nosotros sabemos que usted es el hombre clave del Partido Socialista aquí en Río Negro, y parece que también lo es en toda la Provincia.

—¿Qué quiere decir con eso, señor Capitán?

—Nosotros —dijo el Oficial, echándose atrás en su sillón y dándose importancia—, tenemos antecedentes de que usted tiene contactos con los guerrilleros que operan desde Bahía Mansa hasta bahía San Pedro y también con los que están por pasar desde Argentina.

—En primer lugar, señor Capitán, mi Partido no tiene «hombres clave».

—Además, sabemos que usted fue el encargado del transporte y reparto de las armas del Partido Socialista, aquí en la Provincia.

—Yo soy militante de la Seccional Riachuelo del Partido Socialista y no tengo armas ni contactos con guerrilleros. No sé de qué me está usted hablando. Es la primera vez que oigo ésto. Todo lo que usted ha dicho es falso.

Sonriendo socarronamente, el Oficial insistió:

—Mire, señor Bassay, tengo muy buenos informes de personas allegadas a usted. Por algo le digo que sé que usted es el hombre clave aquí. No puede negarlo.

—Yo no tengo armas, ni contactos con guerrilleros. ¿De dónde ha sacado usted todo eso?

Sin hacerle caso a Juanito, el Capitán agregó:

—Además, usted es experto en caminatas por la cordillera.

—Está usted muy equivocado. Yo sólo conozco una parte de la cordillera, el sector transitable con vehículo donde yo he trabajado por mucho tiempo.

Poniéndose bruscamente de pie, el Capitán gritó:

—Señor Bassay: ¡Usted está mintiendo! He llegado a un acuerdo con el Gobernador. Él me ha dicho que usted es el hombre que sabe todo sobre las armas y sobre los guerrilleros. ¡Y todos esos datos, usted tiene que darlos!

Juanito sabía que el Capitán estaba mintiendo y que le decía aquello sobre el Gobernador, sólo para hacerlo hablar. Por eso le respondió:

—El Gobernador, en vez de haber dicho todo eso, debería haber entregado las armas y los guerrilleros que según él estarían a mi cargo. Señor Capitán: le ruego que no me siga preguntando sobre asuntos de los que yo no tengo ni idea.

Dominándose con dificultad, el Capitán gritó:

—¡Señor Bassay: Yo no voy a seguir perdiendo el tiempo! ¡Y tenga usted bien en claro que hay orden de fusilamiento para usted! El Gobernador dijo que usted era el hombre clave aquí; que usted fue el único que se atrevió a trabajar con su camión durante el «Paro de Octubre», y que usted había transportado las armas desde Santiago.

—¡Lo último, es falso!

Cambiando el tono agresivo por otro que parecía una súplica, el Oficial dijo:

—Mire, señor Bassay: deje las armas botadas en el camino y después me llama por teléfono. Yo daré cuenta que fueron encontradas en la vía pública. Así usted se salva de responsabilidades y quedará en libertad sin problemas.

—Yo no tengo nada que entregar, ni tengo por qué decir que hay armas, si no las hay. No tengo armas personales, ni menos armas del Partido.

—Ya lo sabe, tiene plazo hasta mañana a las seis. A esa hora vamos a conversar por última vez y entonces usted decidirá: ¡Su vida en libertad, o cumpliremos la orden que ya le dije! ¡Buenas noches!

Dando por terminada la conversación, el Capitán apretó un timbre eléctrico que había sobre su escritorio. De inmediato aparecieron dos Carabineros.

—¡Llévenlo a un calabozo!

Sin miramientos, los Carabineros condujeron a Juanito al sótano y a empujones lo metieron dentro de una celda. Cuando los ojos del joven se acostumbraron a la oscuridad, vio que allí estaba su hermano José, tiritando de miedo y de frío.

—Hermano, nos van a matar mañana.

—No seas cobarde —le respondió Juanito, alzando la voz—. ¿Cuál es tu claridad política? ¡Asesinaron al Presidente Allende y quizás a cuántos miles en todo Chile y no van a ser capaces de matar a dos o tres como nosotros!

Los presos de la celda del lado, que se encontraban separados de los hermanos Bassay por un delgado tabique de madera, golpearon la muralla.

Uno de ellos, dijo:

—Compañero: hable más bajo, por favor. Que lo pueden oír los Carabineros.

Juanito, que había reconocido por la voz al que hablaba, le respondió:

—No seas cobarde. ¿Tu Partido no te ha enseñado que hay que tener siempre alta la moral?

—A ustedes los van a matar —agregó el otro, en tono lastimero.

—¡Qué me maten! —le respondió Juanito—. ¡No temo a la muerte!

Juanito tenía miedo, pero al escucharse a sí mismo, se envalentonó. De tal forma que la frase siguiente la dijo con gran convicción:

—¡Si tengo que morir, moriré por una causa, por la juventud, por los trabajadores!

Los presos de la celda vecina, insistieron:

—No hables así, Juanito.

—No grites.

—¡Que te van a escuchar los Carabineros!

## Capítulo 4

### La Oferta

(Viernes 14 de septiembre)

El edificio de la Comisaría de Carabineros de Río Negro era una construcción de madera montada sobre pilares de concreto. Entre éstos, con delgados tabiques de tablas habían construido unos cuartuchos que los Carabineros usaban como calabozos. En aquella época del año, a fines del invierno, el subterráneo con piso de tierra estaba húmedo y frío.

Sobre la celda de Juanito se encontraba la Sala de Guardia. A través del piso de madera se podía oír con claridad todo lo que allí se decía. Juanito se acomodó en cuclillas en un rincón del calabozo y en aquella posición, a pesar del frío reinante, logró quedarse dormido. A las tres de la madrugada le despertaron los gritos del Carabinero que transmitía por radio el parte diario a la Prefectura de Osorno:

—Tenemos cinco detenidos por el robo de la radio de la «CORA», dos por ebriedad, uno por ofensas a la moral y tres sospechosos.

—Esos tres sospechosos somos nosotros —le dijo Juanito a su hermano, que no había podido conciliar el sueño.

“Nos quedan tres horas de vida, pensó Juanito, y hoy es mi cumpleaños. Moriré justo a los treinta.” A pesar de la crítica situación, estaba tranquilo. Le consolaba la idea de que siempre había cumplido con su deber. “Los camaradas no se arrepentirán de haber confiado en mí, pensaba.

Tampoco me verán flaquear estos pacos cobardes. Qué mala suerte la de José: venir de vacaciones a encontrar una muerte injusta.”

Al pensar en el destino de su hermano, se le soltó el freno que hasta entonces había retenido sus sentimientos. Sintió una opresión en el pecho y los ojos se le llenaron de lágrimas. Se le formó un nudo en la garganta y, sin poder evitarlo, se le escapó un sollozo.

—¿Qué te pasa, Juanito?

Sintiendo vergüenza de que su hermano lo viera llorar, Juanito se levantó.

—José: ¡Hay que hacer gimnasia!

—No quiero. Estoy empalado de frío.

—Por lo mismo. ¡Párate! ¡Trote en su lugar! ¡Un, dos; un, dos!

José se incorporó de mala gana pero poco a poco, comenzó a imitar los ejercicios de su hermano. Juanito entró en calor y venció las ganas de llorar. Después se quedó contemplando a su hermano, que por fin se había dormido en cuclillas. Desde arriba llegaban las voces de los Carabineros empinándose el vino obsequiado por el bombero.

En un momento en que Juanito se había quedado transpuesto, los Carabineros entraron con violencia al calabozo. Por haber permanecido en cuclillas, se le habían dormido las piernas. Cuando le obligaron a pararse y salir de la celda, le dieron fuertes calambres. A tropezones subió los peldaños de la escalera seguido por José, al que los Carabineros iban golpeando.

Recién en la Sala de Guardia Juanito pudo afirmar los pies en el piso para eliminar los calambres. Pensando que los iban a fusilar, en tanto pudo se paró en posición firmes. Al mirar por la ventana se dio cuenta de que no eran las seis de la mañana. “Deben ser como las ocho”, calculó Juanito. Unos minutos después, el Capitán abrió la puerta de su oficina y asomando la cabeza, ordenó:

—¡Que pase el señor Bassay!

Dos Carabineros llevaron a Juanito a la oficina y luego se retiraron. Aquella vez el Capitán permaneció de pie delante de su escritorio, tratando de asumir una actitud solemne. El rostro se le veía demacrado. Tenía los ojos hinchados y enrojecidos y grandes ojeras. “Efectos de la borrachera”, pensó Juanito. En aquella oportunidad el Oficial no le ofreció asiento. Ambos permanecieron de pie, el uno frente al otro.

Juanito era moreno, de baja estatura, delgado y con lentes. El Capitán era descendiente de alemanes, alto, rubio y macizo. Aunque las grasas le abultaban el vientre. Sintiendo muy superior, miraba a Juanito con indisimulado desprecio. Si hubiera dependido de él, lo habría fusilado en el acto. Las instrucciones recibidas de Osorno, le causaban una gran frustración. Pero los años servidos como Carabinero le habían acondicionado para

obedecer a sus superiores sin protestar. Luego de un largo silencio, el Capitán dijo:

—Llegó contraorden. Se le dará una oportunidad para que colabore con nosotros y quedará en libertad.

A Juanito, las palabras del Comisario le sonaron a trampa. El Oficial escrutaba el rostro del joven, tratando de medir el efecto de sus palabras. Interpretando mal su silencio, prosiguió:

—Debe hacernos llegar todas las informaciones que sean útiles para nosotros, como ser: cantidad y ubicación de los guerrilleros, tipo y cantidad de armas que tienen y, en general, todo lo que tenga relación con ellos.

El Capitán hizo una pausa, mirando fijamente a Juanito, quien le sostuvo la mirada sin pestañear.

—Ahora usted se puede ir y seguir trabajando sin problemas. ¡Ah, pero le advierto que la próxima semana van a ir los militares a Riachuelo y ellos sí que tienen una mejor información sobre usted!

El Comisario calló, haciendo un último intento por penetrar en los pensamientos del joven. Después de un tenso silencio, en un tono casi implorante, le dijo:

—¡Ayúdenos, señor Bassay, y no tendrá problemas!

Juanito siguió en silencio Finalmente, dándole la mano, el Capitán le dijo:

—¡Váyase con toda confianza!

El mismo abrió la puerta de su oficina y lo dejó salir. En la Sala de Guardia, le devolvieron los efectos personales que le habían requizado a su llegada.

El Teniente Godoy le estaba esperando en el umbral de la puerta principal de la Comisaría.

—¿No ve? Usted no va a tener ningún problema, señor Bassay, pero dígame al Huevón del Guido, y también al Tito, que se vayan a donde nunca los vea.

Y dándose unos golpecitos en la cartuchera de su arma, en tono amenazante agregó:

—¡Porque aquí tengo un tiro para cada uno de ellos! ¡Y esta tarde me voy a ir a dar una vuelta por Riachuelo!

Frente a la Comisaría el camión estaba en el mismo sitio donde Juanito lo había estacionado el día anterior. Junto al vehículo lo esperaban su sobrino y su hermano. A éste, Juanito le dijo:

—Tienes que regresar de inmediato a Santiago. Iremos a buscar tus cosas a Riachuelo.

En la plaza de Río Negro se encontraron con don Luis Bassay. Al ver el camión, el anciano apuró el paso, haciendo más evidente el rengueo de su pierna postiza.

—Iba a verles a la Comisaría, porque anoche nos avisaron que los habían detenido.

—Recién venimos saliendo, papá. Y ahora vamos a Riachuelo a buscar las cosas de José. Él se irá hoy mismo a Santiago.

—Después de pasar por la Comisaría, yo iba a viajar a Los Lagos porque los militares de Valdivia están llamando por Bando a vuestro hermano. Ahora que los veo libres, me iré directamente para allá.

Aquel hermano de Juanito había sido elegido Regidor de la Municipalidad de Los Lagos, en representación del Partido Comunista.

—Anoche nos allanaron la casa los Carabineros de Riachuelo y allá todos están muy intranquilos por la suerte de ustedes. Debes cuidarte, hijo.

Para tranquilizar a su padre, Juanito le dijo:

—Yo no voy a tener problemas, papá. Ya vé usted, fui detenido y me soltaron. Además, el Partido me dio instrucciones de no moverme de mi puesto y mi lugar está en Riachuelo.

—Sigue hasta el final, hijo. Si el Partido te dio esa orden, tú debes obedecerla. Cumple con tu deber de hombre y de revolucionario. ¡Adiós!

Se despidieron con emocionados abrazos. Don Luis, rengueando, se alejó rumbo a la estación de los ferrocarriles y Juanito se dirigió a Riachuelo. En el trayecto fue detenido por un grupo de compañeros:

—¿Cuándo va a comenzar la resistencia, Juanito?

—¡Váyanse a sus trabajos, compañeros! ¡Cuando llegue el momento, lo sabrán!

—¡Pero llevamos varios días en lo mismo!

—Tranquilidad, compañeros, permanezcan en sus casas y en sus trabajos.

En la casa de los Bassay se encontraban reunidos todos los parientes que vivían en Riachuelo, comentando la suerte corrida por Juanito y los otros dos jóvenes. La sorpresiva llegada de éstos fue recibida con lágrimas de alegría. Juanito les entregó una versión resumida de lo que les había ocurrido, omitiendo la «oferta» y las amenazas recibidas. Después de insistirle a José que preparase sus maletas, Juanito se dirigió a la casa de los Barría. Allí encontró a sus sobrinos Héctor y Guido.

—El Teniente Godoy me acaba de decir que, donde los encuentre, les va a pegar un tiro a cada uno. Yo creo que hablaba en serio. Como Encargado de la Juventud Socialista les ordeno que se vayan donde el

compañero Fernando y se queden allá con él. Llévelle este papel de mi parte. ¡Ustedes no deben volver por aquí!

—¿Y usted, tío?

—Anoche me tuvieron preso los Carabineros de Río Negro diciendo que me iban a fusilar a las seis de la mañana, pero les llegó contraorden. Yo creo que fue un simulacro para asustarme, ya que ellos quieren que yo traicione. Pero no lo lograrán. Me dejaron libre para seguirme pero yo, después de llevarlos a ustedes ahora mismo a la cordillera, no me moveré de Riachuelo.

Poco después del mediodía, conduciendo de prisa su camión, Juanito fue a dejar a sus sobrinos al lugar desde donde salía la senda por la que se entraba a la cordillera. Allí se encontraron con el compañero Fernando quien estaba oculto en un bosquecillo esperando las sombras del anochecer para regresar a la montaña.

## Capítulo 5

### Los Militares

(Sábado 15 de septiembre)

Juanito se levantó temprano y bajó a prepararse el desayuno. Encendió la cocina a leña y sobre uno de los huecos anillados de la plancha asentó una tetera con agua. Después salió al patio y con el agua que había en un balde de alerce llenó un lavatorio de hierro enlozado. Sin sacarse la camiseta se lavó la cara y luego se peinó mirándose en un trocito de espejo que estaba sujeto con clavos en la muralla.

Al regresar a la cocina la tetera ya estaba sonando, a punto de hervir. En aquel instante llegó su madre. Después de asearse en el patio, la señora se sentó junto a su hijo.

Estaban terminando de desayunar, cuando desde el camino les llegó el ruido de unos vehículos que pasaban hacia el pueblo.

Juanito se asomó a mirar y vio pasar el jeep de la Gobernación de Río Negro y un furgón policial, ambos atestados de Carabineros. Detrás pasó una camioneta de «SAESA», con equipo de radio. La seguían un jeep, una camioneta y un camión del Regimiento, todos repletos de militares.

La caravana motorizada atravesó el poblado y fue a detenerse frente al Retén de Carabineros de Riachuelo.

Juanito sintió que lo invadía un mal presentimiento y se puso nervioso.

De inmediato la madre captó su estado de ánimo.

—Todavía es tiempo, hijo. ¡Aún puedes irte!

Al escucharla, Juanito se serenó.

—No. Yo no me voy. No me fui antes, menos me voy ahora.

¡Estoy preparado para lo que venga, madre!

—Pero, hijito, por Dios...

—¡Adiós, mamá! Me voy a dar una vuelta por el pueblo para ver a mi gente y que ellos vean que no he huído y que estoy tranquilo.

La verdad era que no se sentía muy tranquilo.

Hizo partir el camión y en el momento en que salía tuvo una última vacilación. A la izquierda el camino se alejaba de Riachuelo, hacia Río Negro. A la derecha, en cambio, el camino iba hacia el villorrio. Juanito resolvió su duda girando hacia la derecha.

En la primera bocacalle dobló nuevamente a la derecha y en la siguiente, a la izquierda. A una cuadra de distancia se encontraba el bus de pasajeros que hacía el recorrido entre Riachuelo y Osorno. Junto al vehículo estaba su propietario y otras personas.

Al ver a Juanito le comenzaron a hacer señas para que diera media vuelta y se alejara por donde había venido. El joven entendió lo que le estaban indicando, pero no les hizo caso.

Al llegar al lado del bus, detuvo su camión y se bajó.

—¿Qué me querían decir con aquellas señas?

—¡Que te vayas, hombre!

—¡Que te van a matar!

—¡No! Mi Partido no me ha ordenado que huya. Al contrario, me ordenó que me quedara en Riachuelo y que enfrentara las cosas.

—¡Andate, Juanito!

—¡Aún puedes hacerlo!

Por toda respuesta, Juanito subió a su camión y se fue a detener frente a la casa de su hermana, la madre de los hermanos Barría. Entró directamente a la cocina donde su hermana estaba en compañía de sus hijas y de unas vecinas. Tratando de mostrarse aplomado, después de tomar asiento, pidió una taza de café.

Con extrema rapidez las mujeres pusieron sobre la mesa una taza y el tarro de café instantáneo, mientras una de ellas acercaba la tetera con agua hirviendo.

Con ademanes tranquilos, Juanito le echó a la taza una cucharadita de café y dos de azúcar. Después que le escanciaron el agua, calmadamente revolvió la infusión.

De pie a su alrededor, las mujeres lo contemplaban en tenso silencio.

Para mostrarles que estaba sereno, Juanito intentó hacer un chiste.

—Esta será mi última taza de café —dijo.

Se arrepintió de inmediato, porque las mujeres se pusieron a llorar.

Ahogada por los sollozos, su hermana le rogó:

—¡Todavía es tiempo, hermanito. ¡Ándate!

—No, hermanita, no me voy a ir.

Los riachuelinos habían estado esperando la visita de los militares y todos sabían a quiénes habían ido a buscar. Por este motivo, la noticia de la llegada de los militares del Regimiento «Arauco» y los Carabineros de Río Negro, se esparció rápidamente por el poblado.

La gente había salido a las calles y estaba a la espera de los acontecimientos. Los que vieron pasar el camión de Juanito se acercaron a la casa de su hermana.

Por la ventana de la cocina Juanito vio que en la calle, alrededor de su camión, se había reunido un grupo de compañeros y de vecinos.

Después de beber el café, con abrazos se despidió de las mujeres, que quedaron llorando.

Atravesando con cierta dificultad la masa de amigos y curiosos, que estiraban sus manos para tocarlo, subió a su camión. Desde la cabina vio que la gente le saludaba en silencio, agitando las manos.

Con los ojos nublados por las lágrimas sacó su mano izquierda empuñada por la ventanilla y gritó:

—¡Venceremos!

—¡Venceremos! —le respondieron.

Puso en marcha el camión y regresó a su casa. Desde lejos vio que frente a la vivienda había algunos vehículos militares.

Desde prudente distancia, los curiosos miraban el operativo militar.

Una cuadra antes de llegar a su casa, un camarada de la Juventud trotando se acercó al camión.

Por la ventanilla, Juanito le dijo:

—Trata de escapar, compañero.

—¿Y tú, Juanito?

—Yo estoy en mis últimos momentos de libertad, pero tú debes escapar. Trata de huir, que tú estás en peligro. Yo no voy a delatar a nadie.

Cuando estaba llegando a la casa, una escuadra de militares le ordenó detenerse.

Un Teniente se adelantó.

—¿Es usted el señor Bassay?

—Sí, yo soy.

—Está usted detenido. Puede bajarse.

—¿Podría hacer retirar el vehículo que está a la entrada de mi casa? Deseo guardar mi camión.

—Sí, señor.

El Teniente ordenó que sacaran la camioneta del Ejército que impedía la entrada al camión de Juanito y éste introdujo su vehículo en la entrada para vehículos.

Encañonado por los fusiles de los soldados, el joven se bajó del camión y el Teniente le ordenó entrar a la vivienda.

La casa estaba llena de militares revolviéndolo todo. Al Fiscal Militar, Juanito le dijo en broma:

—Nunca pensé que mi casa sería convertida en un Regimiento.

—Ya vamos a conversar —le respondió el Mayor Ramírez, poniendo cara de perro—. Usted tiene la dirección de un regimiento y eso es lo que nosotros necesitamos.

El allanamiento fue hecho a fondo. Luego sacaron al patio todos los libros que encontraron y con ellos encendieron una hoguera.

De no haber sido por los militares, Juanito nunca se habría dado cuenta de la cantidad de libros que había en su casa, hasta que los vio arder todos juntos.

Los Oficiales habían recibido la orden de quemar la literatura subversiva pero ellos, no pudiendo distinguir entre los libros, optaron por destruirlos todos.

El Capitán Arno Wenderoth, Jefe del «SIM», abrió una caja de madera donde el padre de Juanito guardaba muy bien doblada la bandera del Partido Socialista. Luego de extenderla y examinarla con atención la volvió a poner en la caja y la fue a dejar al jeep militar.

Terminado el allanamiento, los militares subieron a Juanito a una camioneta y se quedaron a la espera de que el fuego consumiera los libros, cuyos restos dos soldados removían con palos. Mientras tanto, el resto de la tropa hacía tiempo calentándose alrededor de la fogata.

Aquella escena le recordó a Juanito las fotos de unos soldados nazis llevando a cabo un trabajo similar.

Aprovechando que la quemazón se demoraba, Juanito firmó varios cheques en blanco y por señas llamó a una de sus hermanas.

—El próximo lunes vayan a primera hora al Banco y paguen las letras del camión que faltan por cancelar. Retiren de mi cuenta el dinero restante y lo guardan ustedes. Yo llevo sólo tres mil escudos en efectivo.

Cuando la hoguera literaria se apagó por falta de combustible, los vehículos partieron hacia el Retén de Carabineros de Riachuelo, donde los Oficiales habían instalado el centro del operativo militar.

Juanito fue entregado a la Guardia. El Carabinero Raúl Paillalef procedió a anotarlo en el Libro de Partes.

—Nombre completo.

—Juan Bassay Alvear.

—¿Cómo se escribe?

—¿Juan?

—No. El apellido.

—Con be de burro y doble ese

Paillalef mojó el bolígrafo con la punta de la lengua y acometió la difícil tarea de escribir el apellido.

—Domicilio.

—Riachuelo.

—Profesión.

—Dueño de camión.

—Trans-por-tis-ta —deletreó Paillalef, al tiempo que escribía aquella palabra.

—Sí, y Presidente del «MOPARE» de Río Negro.

El mapuche, yanacona de los dueños de fundo que les habían arrebatado las tierras a sus abuelos, tomó como una provocación a su persona la digna actitud de Juanito. Enojado, le gritó:

—¡Andando pa'l calabozo, Huevón!

Por toda respuesta, Juanito lo miró con desprecio.

Al momento de cerrar con llave la puerta de la celda, Paillalef exclamó:

—¡Ahora mandamos nosotros!

## Capítulo 6

### Juan Bassay

Juan Bassay nació el 14 de septiembre de 1943 en Riachuelo, localidad del Departamento de Río Negro de la Provincia de Osorno. Cursó sus primeros estudios en la Escuela Pública de su pueblo y a los catorce años de edad, terminada la enseñanza primaria obligatoria, entró como aprendiz de mecánico en un taller de la ciudad de Los Lagos.

A los dieciséis años comenzó a trabajar por cuenta propia en maderero, en la Cordillera de la Costa. Dos años más tarde hizo el Servicio Militar Obligatorio en la Escuela Mecanizada del Ejército de Punta Arenas. Allí asistió a un programa de adiestramiento impartido por el Ejército en conjunto con el Servicio de Cooperación Técnica de la «CORFO». Al cabo de los catorce meses que duró aquel curso, egresó con el tercer lugar en la lista de méritos.

En el año 1964 ingresó al Partido Socialista. Al entregarle su credencial partidaria, un dirigente le tomó el Juramento:

—“¿Prometéis por vuestro honor de combatiente del socialismo y por la memoria de sus mártires, consagrar vuestra vida al servicio incondicional del Partido, de la Clase Obrera y de la Revolución Socialista; entregar vuestro espíritu y vuestra sangre a la causa de liberar a Chile del yugo imperialista y de la explotación capitalista; aceptar la disciplina del Partido por encima de toda otra consideración, y ser un esforzado y leal militante socialista?”

—¡Sí, prometo! —respondió Juanito.

Su militancia la inició en el Núcleo «Luis Emilio Recabarren» de la Seccional Riachuelo, de la cual don Luis Bassay, su padre, era el Secretario Político.

En aquella época, el Partido sólo se activaba cuando había elecciones. Pasadas éstas, la actividad partidaria bajaba a cero. Desde el comienzo Juanito entendió que si los militantes prometían consagrar su vida al servicio incondicional del Partido, de la Clase Obrera y de la Revolución Socialista, y entregar su espíritu y su sangre a la causa de liberar a Chile del yugo imperialista y de la explotación capitalista, el Partido no podía ser solamente electorero, sino que tenía que funcionar siempre.

En aquel tiempo, los jóvenes que pensaban como él eran superados en número por los militantes y dirigentes que habían ingresado al Partido para obtener beneficios personales o para hacer carrera política. A éstos parecía tenerles sin cuidado el Imperialismo y la Revolución Socialista. Con esa práctica partidaria se había llegado al año 1970.

Sin embargo, pocos meses antes de las elecciones presidenciales de aquel año, un grupo de dirigentes que compartían el pensamiento de la Juventud, había sido elegido para integrar el Comité Regional de Osorno. Ligando el Partido a las luchas de los obreros, de los pobladores, de las mujeres, de los cesantes, de la juventud, de los estudiantes y de los campesinos, estos dirigentes crearon una actividad política permanente.

En 1969 Juanito había comenzado a trabajar como chofer del bus rural de pasajeros que hacía el recorrido entre Riachuelo y Osorno. Esta ocupación le permitió conocer a mucha gente y hacerse de amigos en toda la

zona. Su actividad laboral le mantenía en directo contacto con la gente humilde que viajaba en el bus, lo que le dio la oportunidad de hacer una efectiva campaña electoral en favor de Salvador Allende, el candidato presidencial de la Unidad Popular.

Los allendistas de Riachuelo asistieron en masa a la proclamación de la candidatura que realizó el Partido en el Estadio Español de Osorno, a fines de 1969, y a las multitudinarias manifestaciones efectuadas al inicio y el término de la campaña electoral, en febrero y agosto de 1970, respectivamente.

Don Luis Bassay no se cansaba de decir que iban a ganar, no obstante las anteriores campañas presidenciales terminadas en fracaso. El creciente entusiasmo que Juanito observaba entre la gente humilde terminó por contagiarle el fervor de su padre.

Como siempre había ocurrido en Riachuelo, el día de la elección transcurrió muy tranquilo. La gente del pueblo se presentó a sufragar temprano por la mañana. Al comenzar los escrutinios, algunos grupos de campesinos allendistas se fueron congregando frente a la vivienda de la familia Bassay que, como en todas las anteriores ocasiones, había sido la Secretaría de Allende en el pueblo.

En Riachuelo triunfó Salvador Allende, pero aquel resultado no fue suficiente para darle el triunfo en la Provincia de Osorno. Al llegar la noche, Juanito colocó el receptor de radio en una ventana que daba a la entrada de vehículos, para que los congregados, que ya eran muchos, pudieran escuchar los escrutinios de todo el país.

Durante las primeras horas, los resultados parciales que fue entregando el Ministerio del Interior le daban el segundo lugar al candidato de la Unidad Popular. No obstante, en Riachuelo la gente no se iba a sus casas. Con la esperanza en el triunfo aún encendida, los sufridos campesinos allendistas seguían aguardando.

Cuando a la medianoche oficialmente se anunció el triunfo electoral de Salvador Allende, sus partidarios reunidos frente a la casa de los Bassay, quedaron en silencio. Se había conseguido el triunfo tan anhelado, pero nadie creía que fuese cierto.

De pronto, un campesino gritó:  
—¡Ganamos, compañeros!

Aquel grito liberó la alegría de los campesinos, que se abrazaban, lloraban, reían y gritaban. A continuación escucharon en silencio las palabras que Salvador Allende dirigió al país desde los balcones de la Federación de Estudiantes de Chile.

Después del discurso, los riachuelinos improvisaron un desfile con antorchas, que hizo un alegre recorrido por el villorrio. Aquellos que

habían permanecido en sus casas salieron a la calle a plegarse a la manifestación.

Cuando la jubilosa marcha llegó frente al Retén de Carabineros del pueblo, se encontró con la dotación policial completa cerrándole el paso. En forma prepotente, el Jefe del Retén ordenó disolver el desfile con el argumento de que no se podían hacer manifestaciones públicas el día de una elección.

Algunos Carabineros accionaron el cerrojo de sus armas, amenazando con disparar. Don Luis Bassay intentó tranquilizar al Jefe del Retén, diciéndole que en aquel sitio habían pensado dar término al desfile y que todos los participantes iban a regresar en orden a sus casas.

Antes de la medianoche, cuando aún se daba como ganador al señor Alessandri, el candidato de los latifundistas, sus partidarios en Riachuelo habían hecho un desfile semejante, aunque poco numeroso, que en ningún momento fue interceptado por los Carabineros.

Después del triunfo electoral de Salvador Allende, Juanito siguió trabajando en el bus rural hasta que con sus ahorros y un crédito pagadero a plazos, adquirió un camión.

## **Capítulo 7**

### **El Cabo Colipán**

(Sábado 15 de septiembre)

Antes del mediodía, los militares ya habían detenido a todas las personas cuyos nombres tenían en sus listas, salvo los hermanos Guido y Héctor Barría, sobrinos de Juanito. La cacería había sido facilitada por la confiada actitud de los campesinos quienes, convencidos de que por no haber hecho nada no tenían por qué temer, habían esperado a sus aprehensores sin moverse de sus casas. Cuando todos los requeridos estuvieron en el Retén de Carabineros de Riachuelo, hizo su entrada el Cabo Colipán

Colipán, descendiente de los indígenas huilliches que habían sido despojados de sus tierras por los dueños de fundo, era un boina negra entrenado en la «Escuela Militar de Las Américas» de la Zona Norteamericana del Canal de Panamá. Además del descuartizamiento de perros vivos con un puñal, su formación había incluido comer los excrementos de esos animales, cuando los Instructores se lo ordenaban. Era de regular estatura, delgado, moreno y usaba gruesos bigotes.

Seguido de un grupo de soldados, Colipán irrumpió en el calabozo de Juanito.

—¡Sáquese los zapatos y pásame sus anteojos!

Juanito obedeció. Colipán se guardó los anteojos en un bolsillo de su guerrera y ordenó:

—¡Vamos! ¡Andando!

Los soldados llevaron a Juanito a la caballeriza del Retén, un rústico galpón con vigas a la vista. Allí, junto a una muralla había una hilera de fardos de pasto seco. Colipán se acomodó en ellos y con un gesto invitó a Juanito a sentarse cerca de él.

—Yo soy Teniente —mintió Colipán—. Y tú, ¿qué grado tienes?

Juanito no le contestó. Sin reparar en aquel detalle, el Cabo continuó:

—Yo quiero ser tu amigo. ¿Sabes?

Juanito lo miró en silencio.

—Así que vamos a conversar como caballeros. ¿De qué Partido eres?

—Soy del Partido Socialista.

—¿Qué cargo ocupas?

—Secretario Seccional de la Juventud Socialista de Riachuelo.

—¿Cuántos son ustedes?

—La cantidad no la sé. Hay muchos socialistas.

—¿Quiénes están en la Brigada de Choque?

—No tenemos Brigada de Choque.

—¿Qué grado tienes?

—¿Grado? ¿De qué grado me habla?

—¿Qué grado tienes?

—Bueno... Soy Capitán del Cuerpo de Bomberos y Teniente de Máquinas del mismo.

—¿Dónde están las armas?

—Mi Partido no tiene armas.

—¿Dónde están los guerrilleros?

—¿Guerrilleros? Yo no conozco a ninguno.

—¿Cuántos hombres tienes a tu cargo?

—Yo no tengo hombres a mi cargo. Trabajo solo con mi camión.

—¿Y los cinco mil guerrilleros? ¿A cargo de quién están?

—Yo no tengo guerrilleros a mi cargo.

—Si no están a cargo tuyo, ¿a cargo de quién están?

—No sé de alguien que los tenga.

Sacando un papel de un bolsillo, Colipán dijo:

—Vamos a ver. Este resto de gente que tengo en esta lista, ¿dónde viven?

Comenzó a leer y Juanito a contestar:

—Fulano.

—No sé, no lo conozco.

—Mengano.

—No sé, no lo conozco.

—Zutano.

—No sé, no lo conozco.

Como si las respuestas de Juanito no le importaran, Colipán leyó toda la lista hasta el final. En ella había personas de toda la Provincia, a la mayoría de las cuales Juanito no conocía personalmente, y otras que jamás había oído nombrar. Terminada la lectura de la lista, Colipán prosiguió su interrogatorio.

—¿Qué fuiste a dejar a la cordillera el nueve de septiembre?

—Fui a dejarle mercaderías y un quintal de harina a José Gómez, para un trabajo que vamos a comenzar esta primavera.

—¿Y la camionada de cajones que llevaste a la cordillera?

—Yo no he llevado ninguna camionada de cajones a la casa de don José.

—¿Dónde están?

—¿Usted se refiere a unos cajones que llevé hace mucho tiempo atrás? Esos cajones fueron un flete que hice para la Cooperativa. Eran mercaderías.

—¿A quién se los entregaste?

—A la Cooperativa.

—Y las armas que tienes tú, ¿dónde las escondiste?

—Yo no tengo armas, nunca he usado armas.

—Y la carabina, la pistola y tu revólver, ¿dónde los tienes?

—La carabina hace mucho tiempo que la mandé a transformar en una escopeta de caza y en el taller me la dieron por perdida.

—Ya, pero dime: ¿dónde están las armas grandes? Éstas son las que nos interesan. Aquellas otras porquerías no sirven para nada.

—Lo único que yo tenía era un rifle viejo, pero hace muchos años que ya no lo tengo.

—¿Sabías tú que ibas a ser detenido por nosotros?

—Sí, sabía que iba a ser detenido.

—Bueno, ¿y por qué no arrancaste?

—¿Y por qué tenía que arrancar? ¡No he cometido ningún delito como para tener que arrancar!

Sin poder controlar por más tiempo su indignación, Colipán se levantó gritando:

—¡Entonces vamos a conversar como rotos, ya que no quieres responder como caballero!

En seguida el Cabo salió de la caballeriza, dejando a unos conscriptos a cargo de Juanito. Un rato después entró una pareja de soldados, dando muestras de estar a punto de vomitar. Portaban un balde de latón lleno hasta los bordes de excrementos humanos que habían sacado del pozo negro del Retén. Detrás de ellos venía otro par de soldados con un balde similar al anterior, rebalsando orines podridos. Cerraba la marcha un conscripto con un balde con agua.

Un insoportable hedor saturó rápidamente el aire de la caballeriza. Los soldados sacaron sus pañuelos y se cubrieron las narices. Atravesando el tenue vaho que se desprendía de los excrementos, Colipán regresó sonriendo. Pero en tanto la hediondez le dio en la cara, hizo una mueca de asco y se tapó las narices con una toalla. Por medio de señas le ordenó a los soldados que le amarraran las manos a la espalda a Juanito. Luego, también por señas, les dio nuevas órdenes.

Los soldados quisieron obligar a Juanito a hincarse en el piso delante del balde de los excrementos, pero el joven se resistió. Ahogados por los fétidos vapores que se desprendían del tiesto, los soldados le forzaron a ponerse de rodillas. Empujándolo de los hombros con fuerza, trataron de meterle la cabeza en el balde lleno de mierda. Pero Juanito se resistía.

Entonces Colipán mandó a otros soldados a colaborar con los anteriores. Éstos le pisaron los talones al joven, al tiempo que con las culatas de sus fusiles lo golpeaban en las costillas. Un quinto «Defensor de la Patria» lo tomó de los cabellos y con violencia le metió la cara en el balde. Colipán se dio cuenta de que el rostro de Juanito apenas había tocado los excrementos. Venciendo su asco se quitó la toalla de la boca y gritó:

—¡Mételo hasta abajo!

El conscripto repitió la operación sin lograr que la cabeza de Juanito entrara completamente en el balde. Temiendo ser castigado, entre arcadas dijo:

—¡No entra más abajo, mi Cabo!

La hediondez al lado del balde era insoportable. Sin que se lo ordenaran, los soldados arrastraron a Juanito hasta el recipiente con los meados. Éste, que estaba a punto de vomitar, mantenía la boca y los ojos cerrados con fuerza, haciendo esfuerzos sobrehumanos para resistir tan dura prueba. Los soldados le empujaban la cabeza con fuerza y el joven, creyendo que lo querían meter otra vez en los excrementos, oponía una firme resistencia.

Aguantando a duras penas el asco, los soldados le empujaron con desesperación, hasta que le estrellaron un pómulo en el borde del balde de los orines. Semiaturdido con el golpe, Juanito no pudo evitar que le

sumergieran por dos veces la cabeza en el fétido líquido. En la segunda inmersión le agitaron la cabeza dentro del balde, como para enjuagarle el rostro.

—¡Tómame un trago! —le gritó Colipán.

A continuación lo arrastraron hasta el balde con agua, en el cual le mantuvieron la cabeza sumergida un buen rato. Con los oídos zumbando y los pulmones a punto de estallar, Juanito aguantó la respiración para no tragar el líquido. No obstante los culatazos en la espalda y las patadas en las piernas, resistió hasta el final sin beber de aquella agua nauseabunda.

La tortura había sido breve, violenta y asquerosa. Sin darle tiempo a reponerse, Colipán lo volvió a interrogar.

—¿Qué cargo ocupas en el Partido?

—Encargado de la Juventud.

—¿Cuántos son ustedes?

—No lo sé.

—¿Qué grado tienes?

—No tengo grado.

—¿Dónde están las armas?

—Mi Partido no tiene armas.

—¿Dónde están los guerrilleros?

—No hay guerrilleros.

—¿Cuántos hombres tienes a tu cargo?

—Yo no tengo hombres a mi cargo.

—¿Dónde escondiste las armas?

—No tengo armas.

Mientras Colipán lo interrogaba, los soldados le seguían dando culatazos y patadas. Un golpe en la cabeza lo derribó. En el suelo sus torturadores lo patearon en el estómago y en los testículos. Por último, una patada en la cabeza le hizo perder el conocimiento. En ese estado lo arrastraron al extremo más alejado de la caballeriza. Después de desatarle las manos lo dejaron tirado junto a unos trastos viejos. Aún semiaturdido, Juanito escuchó a Colipán.

—¡Ya verás, tú tienes mucho que hablar antes de que te demos el bajo!

Abandonado en aquel rincón, Juanito comenzó a recuperarse, sin comprender lo que estaba sucediendo. A él jamás se le habría ocurrido que los militares se iban a comportar como lo estaban haciendo. De haberlo sospechado, no se habría entregado.

Aquello parecía una pesadilla, pero los excrementos que tenía en el rostro, en el pelo y en las orejas, le indicaban que no se trataba de ningún sueño. Con los restos de un saco, intentó limpiarse la cara. El soldado que lo vigilaba no se percató de que ya había recobrado la conciencia, porque a la

caballeriza había entrado un grupo de soldados con otro detenido. El recién llegado era Renato, a quien Colipán comenzó a interrogar.

—¿De qué Partido eres?

—Soy del Partido Socialista.

—¿Qué grado tienes?

—No tengo grado.

—¿Qué cargo ocupas?

—Soy jefe de «BEC».

Juanito, que se había sentado en el suelo y era visible para Renato, le hizo una seña para que cerrara la boca. Renato comprendió en el acto.

—La «BEC». ¿Qué es la «BEC»?

—Somos los encargados de la propaganda.

—¿Dónde tienen las armas?

—No tenemos armas.

—¿Dónde están los guerrilleros?

—¿Guerrilleros? No, no hay guerrilleros.

Colipán ordenó a sus subalternos que lo torturaran. A culatazos derribaron al muchacho y a continuación le sumergieron la cabeza en el balde con agua, inmundada ya debido a las inmersiones que le habían hecho a Juanito. Repitieron la operación varias veces, dándole patadas y golpes con los fusiles. Después lo volvieron a interrogar, obteniendo las mismas respuestas.

Viendo que Juanito ya estaba despierto, Colipán le gritó:

—¡A ver, Bassay! ¿Qué cargo ocupa Invernizze?

—Este muchacho es Jefe de Propaganda.

Llevaron a Renato junto a Juanito y unos soldados entraron a la caballeriza con Elías. Antes de hacerle ninguna pregunta, una lluvia de culatazos y patadas se abatió sobre el muchacho quien, alcanzado de lleno en la cabeza, cayó de rodillas. Entonces lo arrastraron hasta el balde con agua y allí le sumergieron la cabeza larga y repetidamente. Entre zambullida y zambullida, sin dejar de golpearlo, Colipán lo interrogaba.

—¿Qué armas tiene Bassay?

—Parece que tenía un rifle —respondió Elías, que aún no había visto a Juanito a sus espaldas.

—¿Cuántos guerrilleros tiene?

—No, no tiene.

—¡Ah! ¿Conque, no tiene? A ver, vamos a hacerte otro tiro:

¿Cuántos guerrilleros tiene?

—Bueno, yo no sé cuántos tendrá, pero dicen que tiene muchos. Parece que son como quinientos, como cuatrocientos, eso dicen. Yo no sé cuántos serán.

—¿Cuántos son los guerrilleros?

—Son quinientos... Eso dice la gente...

—¿Y dónde están?

—En «La Catrihuala»... Eso dicen...

—Mira: ¡Di la verdad y te vamos a dejar libre! ¿Qué dice Bassay que va a hacer con esa gente?

—Bueno... A mí no me ha dicho nada, porque no me tiene confianza. Pero parece que quiere matar a los militares para volver a tomar el poder.

—¿Ah, sí?! ¿Y qué les enseñaba a ustedes? ¿Les enseñaba a disparar?

—No. Solamente pura propaganda.

—Y después, ¿no les enseñaba a manejar las armas?

—No, porque siempre nos decía que teníamos un gobierno revolucionario sin necesidad de armas y que los militares eran respetuosos de la Constitución y del Gobierno.

Indignado ante aquellas palabras, Colipán le dio un puñetazo en el rostro y sus subalternos le atacaron a culatazos y patadas. Después le volvieron a sumergir la cabeza en el balde hasta dejarlo semiahogado. Entonces, Colipán le preguntó:

—¿Dónde tiene las armas Bassay?

—No sé. Nunca le vi armas. Él debe saber dónde las tiene.

Colipán le dio una patada de karateca en el pecho y el muchacho cayó desvanecido. A la rastra lo llevaron al rincón donde estaban Juanito y Renato.

El boina negra dio nuevas órdenes. Unos soldados salieron a la carrera y volvieron con Remigio.

De entrada, Colipán le preguntó:

—¿Cuántos guerrilleros tiene Bassay?

—¿Guerrilleros? No, no tiene.

—¿Dónde esconde las armas?

—Somos un Partido político y no un Regimiento. No tenemos armas.

Colipán le asestó una cachetada en la cara y los soldados se lanzaron sobre el muchacho, golpeándolo brutalmente. Semidesvanecido lo arrastraron hasta el balde de los meados donde le metieron la cabeza repetidas veces. Después lo tuvieron largamente sumergido en el balde con agua, sin dejar de golpearlo, hasta que el muchacho gritó :

—¡Bassay lo sabe todo! ¡A nosotros nunca nos ha dicho nada!  
¡Pero armas, no tiene!

Nuevos golpes en la cabeza lo dejaron inconsciente. Mientras los soldados examinaban a Remigio, que permanecía tendido en el suelo, en voz baja Juanito les habló a sus compañeros.

—No deben decir nada más de lo que han dicho. Afírmense en eso. Y tú Elías, lo que dijiste estuvo muy mal, pero si te vuelven a interrogar, di que por miedo dijiste eso. Pero no digas nada más.

Los jóvenes asintieron en silencio.

En aquel instante los soldados llegaron arrastrando a Remigio y lo tiraron al lado de sus camaradas. Después se produjo una pausa cuando los militares salieron de la caballeriza a respirar aire puro. Aprovechando la falta de vigilancia, Juanito le dijo a Remigio, al tiempo que le daba la mano:

—¡Así son los hombres! ¡Cumpliste lo acordado!

—Si tú mueres, Juanito, debes saber que no te hemos traicionado —le contestó Remigio, emocionado. Luego, dirigiéndose a los demás, continuó—: Sepan ustedes que yo no voy a hablar más de lo que he dicho. Y si ellos les dicen que yo dije otra cosa, no la crean. Si dicen que yo he dicho algo que por casualidad sea verdad, digan que estoy mintiendo, porque yo no voy a decir nada más.

A medida que hablaba, el muchacho se había ido serenando y la última frase la dijo con mucha entereza. Al término de sus palabras, sus compañeros asintieron en silencio.

Pocos minutos después, los militares llegaron con un campesino demócrata cristiano, dueño de un pequeño terreno en la cordillera de la Costa. Para ablandarlo le propinaron una durísima lluvia de culatazos, patadas y zambullidas en los orines. A continuación, Colipán le preguntó:

—¿Cuántas armas te entregó Bassay?

—Ninguna, señor.

—¿Cuántos hombres tiene Bassay en la cordillera?

—Ninguno, señor.

—¿Cómo dijo Bassay que a tí te había entregado las armas y que tú estabas a cargo de los guerrilleros?

—Eso es falso, señor. No es verdad, señor. Él está mintiendo.

—¡Traigan a Bassay!

Cuando Juanito estuvo frente a Rosario, Colipán le preguntó:

—¿No es cierto que Rosario tiene las armas?

—No sé. Yo no vivo con él. No me consta.

—Pero las armas del Partido que tú llevaste a la cordillera, ¿no se las entregaste a él?

—No. Eso es falso. Yo no he llevado armas del Partido, ni ningún tipo de armas, a ninguna parte. Además, si el Partido hubiese tenido armas, no se las íbamos a entregar al enemigo.

—¿Y no dijiste tú que Rosario sabía dónde estaban las armas y los guerrilleros?

—Eso es falso. Yo no converso con Rosario. No sé lo que él piensa.

Fracasado el careo, a ambos los llevaron al extremo de la caballeriza junto a los otros detenidos. Mientras Colipán salía a dar cuenta a sus superiores del resultado de sus interrogatorios, el colono demócrata cristiano, habló:

—¡Gracias, Juanito, por la forma como respondiste por mí!  
¡Gracias por defenderme!

—Mire compañero, nosotros tenemos bien clara nuestra situación y sabemos cumplir con nuestro deber. ¡Estamos aquí justamente por ustedes los campesinos y por los trabajadores, aunque sean demócratas cristianos!

—¿Y no tienes miedo, Juanito? ¡Dicen que te van a matar!

—Ya lo sabía antes de entregarme y si me entregué fue porque no tenía miedo.

—¡Guarden silencio, mierdas! —les gritó el soldado que había quedado de guardia, amenazándoles con su fusil.

Antes de que Colipán terminara de dar su informe, el Mayor Ramírez ya se había dado cuenta de que las declaraciones obtenidas por el boina negra no le iban a permitir cumplir con éxito la orden que le había dado su Comandante: “Encontrar las armas del Partido Socialista y ubicar a los guerrilleros.” Al Fiscal Militar no le cabía ninguna duda de que Juan Bassay era el principal responsable del despertar de los campesinos, de las tomas de fundos, de la firmeza de los jóvenes a quienes no habían podido quebrar pese a las torturas, y de todos los males que afectaban a los dueños de fundo de la zona. Por algo a Juanito los latifundistas lo habían colocado a la cabeza de la lista de personas a eliminar en Riachuelo.

En tanto Colipán acabó su informe, el Mayor Ramírez se dirigió a la caballeriza, acompañado de su Estado Mayor. Pero los Oficiales sólo alcanzaron a entrar un par de metros en el galpón. La pestilencia que emanaba de los desechos humanos desparramados por el suelo y aún dentro de los baldes, les obligó a regresar al aire libre.

Una vez en el exterior, el Fiscal Militar ordenó que llevaran a Juanito a su presencia. El propio Colipán encabezó a los soldados que lo fueron a buscar al rincón donde se encontraba. Cuando Juanito llegaba frente al grupo de Oficiales, Colipán le dio un puñetazo a mansalva, lanzándolo de bruces en medio de ellos.

El Capitán Wenderoth, Jefe del «SIM», lo tomó del pelo para castigarlo, pero lo soltó de inmediato, cuando vio que tenía las manos llenas de excrementos. Se alejó a limpiarse en el pasto y regresó a patear a Juanito, a quien los otros Oficiales habían derribado a golpes. Aquella paliza duró varios minutos sin que nadie pronunciara una palabra.

Una vez que los Oficiales se cansaron de golpearlo, Colipán quiso congraciarse con el Jefe del «SIM», que aún maldecía con las manos

llenas de mierda, y al mismo tiempo mostrarle a los Oficiales otra tortura aprendida en Panamá.

Mientras los soldados le amarraban las manos a la espalda a Juanito, Colipán lanzó una cuerda sobre una viga del techo. En el otro extremo de la soga hizo un lazo y se lo colocó al prisionero en el cuello. Después, con la ayuda de dos soldados tensó la cuerda, tirando del extremo libre de ella, de modo que cuando los soldados que sujetaban a Juanito lo soltaron, éste quedó de pie sostenido sólo por el lazo. Entonces, Colipán ordenó:

—¡Tiren otro poco!

La soga se tensó al máximo, dejando al prisionero parado en la punta de sus pies, semicolgado del cuello. En aquella posición, los Oficiales comenzaron a darle puñetazos en la espalda, mientras Colipán le golpeaba en el estómago.

Sin dejar de flagelarlo, el joven fue levantado medio metro del suelo y quedó colgado de la soga que tenía incrustada dolorosamente en el cuello.

—¡Así vamos a matar a todos estos perros! —gritó Colipán, espionando de reojo a los Oficiales.

Al ver que éstos miraban sonrientes aquella escena, Colipán le gritó a los camaradas de Juanito:

—¡También les va tocar a ustedes!

Finalmente, ordenó:

—¡Bájelo!

Al soltarse la cuerda, Juanito cayó a tierra desfallecido.

Después Colipán le ordenó a los campesinos que llevaran con ellos a Juanito a los calabozos del Retén. Antes de cerrar la puerta de la celda, en tono burlón exclamó:

—¡Atiéndanlo! Ustedes saben cómo cuidar a un herido.

En tanto Juanito volvió en sí lo trasladaron a la celda vecina para mantenerlo aislado de sus compañeros. Pero el joven descubrió una rejilla para la ventilación que comunicaba ambos calabozos.

A través de ella, a sus camaradas les dijo:

—¡Ánimo, compañeros, manténganse firmes!

## Capítulo 8

### El Simulacro de Fusilamiento

(Sábado 15 de septiembre)

Las patrullas de militares recorrieron el poblado y sus alrededores en busca de los hermanos Barría, sin hallarlos. En subsidio apresaron a todos los jóvenes que encontraron. Pronto las celdas del Retén estuvieron repletas de campesinos.

Cerca de las seis de la tarde, Juanito fue conducido a la caballeriza. Desde el pasillo, divisó la camioneta de Raúl Guzmán que salía del Retén llevando una patrulla de militares. Una vez dentro del galpón, le obligaron a sacarse toda la ropa y cuando estuvo desnudo, le amarraron las manos a la espalda con una larga cuerda. El hijo de un latifundista, que andaba vestido de Oficial de Ejército, le gritó:

—Te vamos a pasear en pelota por todo el pueblo, ¡Concha de tu Madre! ¡Y después te vamos a colgar en el puente de Riachuelo!

Por toda respuesta, Juanito se dirigió resueltamente hacia la salida del galpón. Cuando iba a trasponer la puerta, Colipán tiró violentamente de la cuerda que le inmovilizaba los brazos, haciéndole caer de espaldas.

—¡Pa' donde vái, Huevón! —le gritó—. Primero voy a practicar contigo otra postura que aprendí en Panamá.

Dirigiéndose a sus hombres, ordenó:

—A ver, ¡pasen la sogá por arriba de esta viga!

Los soldados lanzaron el extremo libre del cordel por encima de la viga y comenzaron a tirar de la cuerda hasta que los brazos de Juanito se alzaron hacia atrás. Siguiendo las instrucciones de Colipán, los soldados fueron tensando poco a poco el cordel, levantando a Juanito colgado de los brazos amarrados a su espalda. A medida que lo izaban, el dolor en los hombros se fue haciendo insostenible, hasta que Juanito no pudo resistir más y gritó de dolor. Luego, con una voz que a él mismo le sonó extraña, exclamó:

—¡Sé que tienen orden de matarme! ¡Háganlo! No es necesario que me torturen.

—¡Ah! ¿Éso quieres? —le dijo Colipán.

Luego de un par de minutos, ordenó:

—¡Bájenlo!

Juanito cayó de bruces al suelo, donde quedó sin poder moverse. Dos conscriptos le desataron y como el joven apenas podía mover los brazos, le ayudaron a vestirse. Juanito se puso la ropa con lentitud, porque los hombros le dolían horribilmente. Cuando se estaba colocando los zapatos se le acercó un Teniente.

—¡Usted, señor Bassay, es prisionero de guerra!

—Bueno, yo sé que soy prisionero, pero no veo de qué guerra me habla.

—¡La de ustedes, los comunistas, con nosotros, las Fuerzas Armadas!

—¡Yo no soy comunista, soy socialista!

—¡La misma chuchoca, nomás!

En aquel momento entró el Capitán de Carabineros Hans Schernberger, portando un fusil automático. Sin dirigirse a nadie en especial, anunció:

—¡Ahora voy a practicar la puntería!

Un grupo de soldados llegó con Elías. El Capitán lo empujó fuera de la caballeriza, lo paró frente al portón y se retiró a cierta distancia. Al tiempo que preparaba su arma, le gritó:

—¿Qué vas a hablar antes de morir?

Mirándolo a la cara, Elías alzó sus hombros como diciendo que no tenía nada que decir.

—¡Morirás por estar tapando a tus jefes!

En aquel instante, los soldados que estaban con Juanito lo llevaron a empujones al otro extremo de la caballeriza, donde lo pararon de cara a la pared.

Un Teniente le dijo:

—¡Ustedes son unos tontos! ¿Por qué no dicen la verdad?

¡Ahora los van a fusilar y no van a tener la libertad que podían haber tenido!

—¡Si ahora tenemos que morir, moriremos! —le respondió Juanito.

En ese momento sonó un disparo en el exterior. Y luego, otro.

Después, el Capitán dijo:

—¡Tápenlo y déjenlo en aquella orilla!

Luego de unos momentos de silencio, el Capitán ordenó:

—¡Traigan a Bassay! Por no querer cooperar con nosotros, ahora le va a llegar. ¡Se me salió el nazi, mierda!

Sacaron a Juanito y lo pararon en el mismo lugar donde había estado Elías. Luego le vendaron los ojos y lo pusieron de espaldas al Capitán. Por unos instantes, Juanito sintió que el mundo se paralizaba. En el repentino silencio el joven pudo escuchar claramente el latido de su corazón. El aire parecía haberse endurecido, apenas lo podía respirar. La agria voz del Capitán rompió aquel hechizo:

—¡Pide una última gracia y encomiéndate a la Virgen!

Juanito se dio media vuelta, gritándole:

—¡Dispáreme de frente!

La descarga atronó sus oídos. Luego de un bochornoso silencio, el desconcertado Capitán, gritó:

—¡Agradece, desgraciado, que estaba mal regulada la puntería y que no tengo más balas!

Todos los presentes estaban perplejos.  
Colipán se acercó a Juanito, que continuaba con sus manos atadas a la espalda y la vista vendada, gritando como si estuviera leyendo una proclama:  
—¡Todos los prisioneros de guerra serán fusilados en los lugares que ordenen!  
Le dió un fuerte culatazo en el pecho, agregando:  
—¡Ustedes serán fusilados aquí en Riachuelo!  
Después volvió a castigarlo.  
—¡A los prisioneros de guerra se les debe tratar como tal!  
—reclamó Juanito.  
—Tú estás bien informado. ¡Parece que tienes contactos con militares!  
—Yo no tengo contactos con militares, pero en el Servicio Militar nos enseñaron que el Código de Justicia Militar dice que se debe respetar a los prisioneros de guerra. Por lo tanto, si soy un prisionero de guerra, debe respetárseme como tal.  
Por toda respuesta, Colipán ordenó:  
—¡Lléven p' al calabozo a este Huevón!

## Capítulo 9

### El Camino a la Cordillera (Domingo 16 de septiembre)

A las tres de la madrugada, sacaron a Juanito al patio del Retén, donde el frío reinante terminó de despertarlo. Allí ya estaban Segundo y Remigio, ambos integrantes de la Juventud Socialista de Riachuelo. A todos ellos, los militares les entregaron un paño de carpa y los subieron a un camión, al que también trepó una veintena de soldados.

El rugido de los motores produjo espectación en el pueblo, cuyos habitantes no habían podido dormir a causa del ajetreo de los militares. Y, además, porque las detenciones afectaban, de una u otra forma, a la mayoría de los hogares del villorrio.

Al pasar la caravana de vehículos por las calles del caserío, las luces se encendían y a las ventanas se asomaban los familiares de los detenidos, tratando de ver a quiénes llevaban en los camiones.

Precedido por una camioneta, el convoy salió de Riachuelo dejando tras de sí una estela de angustia e incertidumbre.

La columna se dirigió al poniente por un camino vecinal que penetraba en el campo. La oscuridad reinante era total, salvo los haces de luz de los faros de los automóviles que iban horadando la noche a ras del suelo.

En el primer cruce de caminos la caravana dobló a la derecha. “Este no es el camino hacia la cordillera”, pensó Juanito.

Media hora después, la camioneta guía se detuvo.

—Parece que vamos mal —dijo alguien.

—Parece que este no es el camino.

—Parece que tendríamos que volver.

—Parece que andamos perdidos.

Un Oficial se acercó al camión donde iba Juanito, y le preguntó:

—¿Cómo vamos?

—Yo no sé a dónde van ustedes.

—Vamos a hacerle una visita a tu ejército.

—Yo no tengo ningún ejército. ¿A dónde quieren ir ustedes?

—¡A la cordillera Huellehue!

—La cordillera tiene su entrada por otro lado.

Debido a la estrechez del camino los choferes tuvieron grandes dificultades para dar media vuelta a los vehículos. Finalmente, la camioneta guía se puso de nuevo a la cabeza. Pero al pasar sobre un puente de madera estuvo a punto de caer al barranco. El vehículo quedó con las dos ruedas del costado derecho en el aire. Allí los militares perdieron otra media hora en sacar la camioneta de su peligrosa posición y proseguir la marcha.

Finalmente llegaron al fundo Millantúe, donde el mayordomo les esperaba con seis caballos ensillados.

A ver los animales, el Mayor Ramírez exclamó:

—¡Ayer nos dijeron que tendríamos caballos para todos y ahora resulta que tenemos caballos solamente para los Oficiales! Por lo menos necesitamos seis caballos más un cero, o sea, ¡sesenta caballos! ¡De haber sabido ésto, tendríamos que haber salido del Retén de Riachuelo por lo menos tres o cuatro horas antes.

“Sin contar el tiempo perdido por no conocer el camino”, pensó Juanito.

—No pudimos juntar más caballos, señor —se disculpó el mayordomo.

—¿Por dónde se sube a la cordillera? ¿Alguien nos podría guiar?

—Yo conozco el camino —dijo el mayordomo.

—Usted será nuestro guía.

No obstante la falta de los caballos que le habían prometido, el Mayor decidió seguir adelante, dejando los vehículos a cargo de un grupo de soldados, con los cuales quedó Remigio en calidad de rehén.

Por una huella de carretas, la columna cruzó una pradera zurcada de arroyuelos, pantanos y bosquecillos.

Los soldados se alumbraban el camino con linternas eléctricas y en tierra pareja iban al trote detrás de las cabalgaduras de los Oficiales. Cuando el terreno se empantanaba, su marcha se volvía lenta y difícil.

Juanito y su compañero, acostumbrados a correr por lugares semejantes detrás de los terneros y las ovejas, pese a llevar sobre la cabeza el paño de carpa, iban casi a la carrera.

Los Oficiales comentaban entre ellos:

—¡Qué están bien preparados!

De tanto repetir el estribillo, éste se propagó al personal. Los soldados murmuraban: “¡Qué están bien preparados! ¡Qué están bien preparados!”

Finalmente llegaron a un lugar donde el terreno era más accidentado, con bosquecillos de canelos, maquis y huallis y muñones de árboles sin arrancar. En aquel potrero la huella de carretas atravesaba varios esteros cubiertos de quilas y zarzas y un pantano con champas de junquillos y decenas de troncos semicalcinados que yacían tendidos en el fango.

Al pasar por aquel sector, una parte de los soldados se adelantó llevando a Segundo. Sólo entonces Juanito se dio cuenta que Remigio no iba con ellos.

En medio de un bosquecillo Juanito quedó solo con un Cabo que tocaba en la Banda del Regimiento.

—¡Siéntate en ese tronco! —le ordenó el Cabo.

Juanito obedeció. El Músico le sacó los anteojos y se los guardó en un bolsillo. Luego, mirándolo con odio, le gritó:

—¡Asesino!

Juanito lo miró sorprendido.

—¡Tú ibas a matar a mis hijos y a todos nosotros! ¿No es cierto?

Sintiéndose molesto por la odiosidad que emanaba de la actitud del Cabo y lo estúpido de su acusación, de mal talante, le respondió:

—¡No sé de qué me está hablando!

—¿¡Así que no sabes!?! —le gritó el Cabo fuera de sí, asestándole un puñetazo en la sien.

Juanito no tuvo tiempo de evitar el golpe y cayó al suelo. El Cabo le dio una patada en la espalda, dejándolo momentáneamente inmovilizado. Sin reparar en lo que hacía, el militar pateó al joven en el estómago y en la espalda. Terminó el castigo dándole un culatazo en la columna vertebral, que le produjo un intenso dolor.

Mientras Juanito estaba paralizado de dolor en el suelo, el Cabo cortó una rama delgada y con ella comenzó a darle varillazos en la piernas. Veinte, treinta golpes, le dejaron a Juanito las piernas sangrantes e hinchadas.

El músico militar se tomó un descanso, para secarse la transpiración que le bañaba el rostro. Luego obligó al prisionero a ponerse de pie. Juanito sintió las piernas como si las tuviese amarradas con finos alambres que se le incrustaban en la carne. Debido a los calambres, no pudo caminar.

Al devolverle los anteojos, el Cabo le dijo:

—¡Te voy a dar la última oportunidad de tu vida! ¡Pero no le vayas a contar a nadie!

Juanito permaneció silencioso.

—Vas a irte a un lugar donde yo nunca más te vea, ni donde nadie más te vea. ¡Te voy a dejar en libertad! Me das lástima. Realmente, te tengo lástima.

Al prisionero aquellas palabras le sonaron falsas.

—¡Ándate! ¡Camina adelante!

El Cabo comenzó a empujar al Juanito para que se adelantase, pero éste no se apartaba. Los empujones del Cabo se fueron haciendo cada vez más violentos, pero Juanito no se separaba del músico.

De aquella forma caminaron un buen trecho hasta que a ambos lados de la senda una veintena de soldados se levantó en la oscuridad.

Habían permanecido ocultos entre los arbustos a la espera de que el prisionero escapara para dispararle por la espalda, aplicándole la «Ley de Fuga».

En aquel punto de la caminata, debido al cansancio, la ex aguerrida columna militar ya había perdido toda su marcialidad.

Después de cruzar un estero cordillerano por un rústico puente de troncos llegaron al pie de la primera cadena de cerros de la cordillera, donde estaba la casa de la familia Arismendi.

Los Carabineros rodearon la vivienda y sin ninguna explicación hicieron salir a todos sus habitantes. Luego, en conjunto con los militares hicieron un allanamiento. Además de la casa revisaron el galpón, el corral de las ovejas, el gallinero y el chiquero de los cerdos.

Mientras se realizaba el allanamiento, Colipán llegó con el hijo mayor de Arismendi al lugar donde estaban los «prisioneros de guerra».

—¡Saluda a tu compañero! —le ordenó a Juanito.

—No es mi compañero. A este muchacho yo no lo conozco.

—¡Salúdalo tú! —le ordenó a Arismendi.

Extendiéndole la mano, el joven le dijo:

—¡Hola, Juanito! ¿Cómo estás?

Colipán, exclamó:

—¿Cómo dijiste que no lo conocías?  
—Yo no lo conozco —insistió Bassay.  
—¿Dónde lo conociste? —le preguntó Colipán al joven

Arismendi.

—Lo conocí cuando manejaba la micro que iba a Osorno. Pero desde entonces no lo había visto nunca más.

Después del descanso, que se prolongó hasta que el día hubo aclarado, los intrépidos soldados emprendieron la ascensión del cerro.

Del valioso bosque nativo, que había sido quemado años atrás, sólo restaban algunos troncos carbonizados, mudos testigos de aquel desastre casi irreparable.

La senda subía por la falda de la montaña cortando en forma oblicua, como una horrible y abierta herida, la calcinada arcilla de la pendiente.

El trazado original de aquella ruta lo habían hecho los troncos de árboles arrastrados con bueyes cerro abajo. Posteriormente, las carretas cargadas de leña habían impreso las primitivas huellas paralelas. Por su parte, los arroyos de agua de lluvia se habían encargado de llevarse la tierra vegetal, profundizando aquellas llagas en la rojinegra arcilla.

Los uniformados subían jadeando por la pendiente, realizando frecuentes paradas para recuperar el aliento.

A Juanito, Colipán le preguntó:

—¿Cómo vas?

—¡Bien!

—¡Es que estás bien preparado!

Durante uno de aquellos obligados descansos, los Oficiales hicieron un conciliábulo aparte con Colipán.

El cielo había amanecido sin nubes, completamente despejado. Hacia el Oriente se extendía el hermoso valle, cubierto por una espesa neblina matinal.

Mientras los Oficiales y Colipán deliberaban, con disimulo un concripto se acercó a Juanito.

—Mire, compañero. En esta Compañía casi todos somos de izquierda. Díganos si hay grupos armados, si hay guerrilleros, que nosotros nos vamos a pasar todos para el otro lado.

A Juanito, que lo escuchaba en silencio, le dio un vuelco el corazón, pero se contuvo. Pensando que se trataba de una trampa, no le respondió.

Un momento después regresó Colipán y reiniciaron la ascensión.

Más arriba, antes de entrar a un sector de espesos matorrales por donde pasaba la senda, Colipán ordenó:

—¡Atención a cualquier movimiento entre aquellos arbustos! ¡Si aparece algún guerrillero, hay que darle el bajo de inmediato!

Indicando a Juanito, agregó:

—¡Y a éste, también!

La columna se detuvo para disfrazar a Juanito de militar. Le hicieron ponerse la parca de un Teniente y un casco. Colipán le quitó los anteojos.

Al continuar la marcha, Juanito avanzó tropezando intencionadamente en todas las raíces que había en el sendero, hasta que Colipán se vio obligado a devolverle los anteojos.

—¡Este es tu distintivo, huevoncito! —le dijo.

Por el lomo del cerro el camino subía hasta un rústico portón. Al otro lado de la primitiva cerca había una casa de tejuelas de alerce. Cuando la escuadra que llevaba a Juanito llegó junto al portón, la vanguardia de Carabineros ya había rodeado la vivienda campesina y procedía a sacar de ella a sus ocupantes.

Colipán interrogó al dueño de casa.

—¿Conoces a Juan Bassay?

—Sí, es un vecino.

—¿Lo has visto en estos días?

—Sí. Viene seguido, es muy trabajador. A mí me suele hacer fletes. Es un buen vecino.

—¿Han visto gente extraña por aquí?

—No. No hemos visto nada extraño.

—¿Han oído ruidos sospechosos?

—No, no hemos escuchado nada.

Los Carabineros encontraron una damajuana con chicha de manzana y comenzaron a beber directamente del envase.

Unos soldados salieron de la vivienda comiéndose los alfajores que la campesina había preparado para celebrar el cercano 18 de septiembre.

Al lugar donde estaban los prisioneros llegó Colipán con una jarra de agua. Le dio de beber a sus hombres y luego le ofreció agua a Juanito. Cuando éste estiró la mano para recibir el tiesto, le vertió un poco de agua en la cabeza. Después, muerto de la risa, le ofreció la jarra de nuevo.

—No quiero —le dijo Juanito, enojado.

—¡Ah! ¿No quieres? —se burló Colipán y derramó el resto del líquido en la tierra.

Colipán dio el vamos y la columna se puso en movimiento.

En aquel sector el sendero desaparecía, cortado por decenas de troncos de árboles carbonizados que yacían desordenadamente en la pendiente. Parecían haber sido derribados por la mano de un siniestro gigante.

La columna de uniformados se dispersó. Subiendo desordenadamente por la ladera, los hombres parecían hormigas huyendo de la destrucción de su nido.

## Capítulo 10

### Los «Guerrilleros» de Chaparro

(Domingo 16 de septiembre)

Cerca de la cumbre, poco antes de los restos del bosque natural que se habían salvado de los repetidos incendios forestales, se encontraba la cabaña de Chaparro, quien alimentaba su familia picando leña que los revendedores iban a comprar a la cordillera.

Chaparro era dueño de una exhausta yunta de bueyes con la que sacaba del monte los troncos de árboles para hacer leña. Poseía además una pareja de escuálidos chanchos indianos, cuatro gallinas, un gallo y tres hambrientos perros.

A un lado de la rústica rancho, protegida por un cerco de estacones, tenía una pequeña huerta donde junto a unas tristes melgas de papas se veían los primeros brotes de las habas sembradas en hilera y un tablón de repollos, que en aquella época del año exhibían sólo un par de alargadas hojitas plateadas.

El leñador se encontraba en la rancho tomando mate con su mujer, cuando los desaforados ladridos de los quiltros le hicieron asomarse a la puerta.

Allí se encontró con una veintena de amenazantes fusiles apuntándole al pecho.

—¡Fuera todos! —ordenó una voz—. ¡Rápido!

Detrás de Chaparro salió su mujer y un numeroso grupo de niños pequeños de ambos sexos con sus ojos muy abiertos mirando con terror a los recién llegados.

Desde una prudente distancia, los flacos perros no cesaban de ladrar.

Empleando un tono amenazador, Colipán inició su interrogatorio.

—¿Conoces a Juan Bassay?

—¡Sí! ¡Lo conozco! Es mi vecino. Tiene una parcela más arriba.

—¿Cuándo pasó por aquí la última vez?

—Bueno... Unos días atrás lo ví pasar por aquí.  
 —¿Y qué llevaba?  
 —Llevaba mercaderías. Siempre lleva mercaderías para allá arriba, a la casa de Gómez.  
 —Y armas, ¿llevaba?  
 —No llevaba armas. Iba con un quintal de harina.  
 —¿Lo has visto alguna vez armado?  
 —No, nunca lo he visto armado.  
 —¿Y llevaba gente?  
 —Sí, sus sobrinos. Siempre pasa con ellos.  
 —¿Cuántas veces lo has visto pasar tú?  
 —Bueno, yo lo veo pasar siempre. Muchos años que él está trajinando por aquí.  
 —¿No has visto gente extraña en estos días?  
 El aspecto amenazante de los Carabineros que le rodeaban y el agresivo Colipán, tenían amedrentado al campesino.  
 Asustado, Chaparro respondió:  
 —Sí, por allá arriba pasan en la noche...  
 —¿Mucha gente? ¿Cuántos?  
 —No los he contado...  
 —¿Cómo eran?  
 —Parece que son negros, barbones, chicos, así.  
 —¿Negros barbudos? —exclamó Colipán, creyendo haber encontrado la pista de los guerrilleros cubanos.  
 —No sé, yo no los he visto...  
 —¿Y no decías que eran negros?  
 —Yo no los he visto... Los perritos les ladran...  
 Al ver que la pista de los guerrilleros se deshacía como pompa de jabón, el boina negra atacó a puñetazos al campesino.  
 Al primer golpe Chaparro cayó fulminado y en el suelo los Carabineros lo patearon, sin preocuparles el llanto de la mujer y de los niños. Cuando se cansaron de castigarlo, lo dejaron tendido en el suelo.  
 Al reanudar la marcha pusieron a los Carabineros a la vanguardia y los militares se ubicaron detrás.  
 Antes de que la sección donde iba Juanito penetrase en el bosque, Colipán se acercó al prisionero y, en un tono muy parecido a un ruego, le dijo:  
 —Por última vez: ¿Dónde están los guerrilleros?  
 —Ya le dije: ¡Guerrilleros no hay!  
 Al ver las vacilaciones de los militares, usando un tono entre despreciativo y burlón, Juanito los alentó:  
 —¡Vamos, sigan con confianza!

## Capítulo 11

### Los «Guerrilleros» de don José

(Domingo 16 de septiembre)

El sendero penetraba en la vegetación formando un tunel. Había sido hecho a filo de hacha, con el sólo propósito de permitir el acarreo de los troncos de los árboles derribados por los leñadores. Era una especie de escalera que retorciéndose entre las rocas y los accidentes del terreno se introducía hacia arriba en la exuberante vegetación. En los huecos entre las raíces los bueyes habían amasado la tierra con sus patas, formando profundos pocillos de lodo. Los uniformados avanzaban tomando toda clase de precauciones, porque aquel paraje era muy apropiado para tender emboscadas.

De vez en cuando, el silencio del bosque era roto por el canto de los chucaos, lo que llenaba de zozobra a los Oficiales. Los uniformados avanzaban con sus armas preparadas apuntando hacia la espesura. De pronto un pájaro carpintero, ignorante del Operativo militar en marcha, comenzó a golpear con su pico el tronco de un árbol seco en busca de gusanos, produciendo un sonoro tamborileo.

Con gran presteza, los Oficiales saltaron de sus cabalgaduras y se echaron a tierra. Permanecieron de bruces, pegados al fango, hasta que un conscripto les fue a explicar el origen de aquel ruido. Juanito sonreía al ver el temor de sus torturadores. “Si hubiese aparecido un solo guerrillero, pensaba, estos cobardes habrían huído.”

Al pelotón de Carabineros le seguían dos escuadras de militares comandadas por Cabos; a continuación subía el grupo de soldados que custodiaba a «los prisioneros de guerra» y más atrás, bastante más atrás, sobre los cansados caballos, iban los Oficiales.

La vanguardia llegó a la cima del cerro y tomó posiciones a la espera del resto de la tropa. Reunida nuevamente la columna, comenzó el descenso por un abrupto sendero. Al llegar a una simple tranca hecha con troncos de árboles, la vanguardia nuevamente se detuvo a la espera de los Oficiales. Cuando éstos llegaron al lugar, se planificó el avance.

A partir de allí se abría una explanada a medias despejada de árboles, donde pastaba un famélico caballo. Al fondo se divisaba la ranchara de don José, el viejo leñador que vivía en aquella montaña.

La choza había sido construída con rústicos tablones labrados con hacha y azuela. Las murallas eran tablones enterrados directamente en la tierra y otros semejantes, superpuestos entre sí sobre una viga central colocada sobre horcones, formaban el techo de la precaria vivienda. Un tambor de latón de doscientos litros, cortado por la mitad, hacía las veces de fogón interior. Dos camastros de tablas adosados a las murallas servían de lecho al leñador y a sus eventuales visitantes.

Aquella plácida mañana de domingo, don José se encontraba tomando mate junto al fogón, sin imaginarse el Operativo militar en busca de guerrilleros que se le venía encima. Su perro, un cachorro de meses, dormitaba tendido al lado del fuego que calentaba la rancho.

Los Oficiales enviaron adelante a los Carabineros, que se acercaron a la vivienda tomando toda clase de precauciones. Cubiertos desde la distancia por los militares, llegaron sin tropiezos hasta la cabaña y la tomaron por asalto. Después de patear al perrito, que huyó aullando de susto y de dolor, los Carabineros sacaron a don José. El viejo salió con la cara sangrando a consecuencia de los golpes recibidos. Lo pararon contra una pared de la rancho, con las manos en alto y las piernas separadas. Sin dejar de golpearlo, lo tuvieron en aquella posición hasta que a su lado llegó Colipán.

—¿Dónde están las armas?

—¿Qué armas?

—Las que te trajo Bassay.

—A mí nunca me ha traído armas.

—Él dijo que a tí te había entregado las armas.

—¡Bassay está mintiendo! ¿Para qué me iba a traer armas?

—¿Dónde están los guerrilleros?

—¿Qué guerrilleros?

—Los que tienes escondidos en el monte.

—¡No hay guerrilleros en el monte!

Enfurecido, Colipán fue hasta donde estaba Juanito, quien desde la distancia había escuchado el diálogo con toda nitidez. Asestándole un puñetazo en el rostro, que le partió el labio superior, le gritó:

—¡Desgraciado! ¿No decías que no tenías armas y que no tenías guerrilleros? El viejo está diciendo que tú trajiste las armas y que las fuiste a esconder más arriba en el monte.

—¡Eso no es cierto! Yo no he traído armas.

—¡Mira, desgraciado! ¿Vas a hablar o no?

Juanito no le respondió.

—¡Ahora te vamos a sacar la cresta!

Los soldados descargaron sobre Juanito la tensión acumulada durante el camino. Sin ninguna compasión lo comenzaron a golpear y lo estuvieron maltratando hasta que Colipán detuvo el castigo.

Con una larga cuerda amarró al «prisionero de guerra» de la cintura y lo llevó al borde de la quebrada donde estaba la vertiente de la cual don José sacaba agua para beber. A culatazos y empujones lo despeñaron ladera abajo. Rebotando en la pared de piedras y tierra, Juanito cayó al fondo del precipicio. Después Colipán ordenó izarlo. Tirando de la cuerda, los soldados lo subieron a la planicie.

—¡Qué bonita la maniobra! —gritó Colipán—. ¡Repitámosla! Muertos de la risa, lo volvieron a lanzar pendiente abajo. De nuevo arriba, lo desataron. Adoptando una posición de lucha cuerpo a cuerpo, Colipán lo desafió:

—Ahora: ¡Házme frente! ¡Así como te enseñaron en Cuba, Huevón!

Juanito estaba a punto de desfallecer, se le doblaban las piernas. Ya no tenía ninguna duda de que lo iban a matar. Con un hilo de voz, le respondió:

—Yo no he estado nunca en Cuba.

—¡Te vas a morir con tu secreto, Huevón!

—¡No tengo miedo! ¡No tengo nada más que decir!

Enfurecido Colipán le propinó una patada de karate en el pecho. Juanito cayó y los soldados lo comenzaron a patear. Una bota se estrelló en su rostro reventándole las narices. Otra le rompió la boca y una tercera le dio en la cabeza. El oído izquierdo le comenzó a sangrar y perdió el conocimiento.

Los soldados que habían allanado la rancho de don José salieron de la vivienda comiéndose unas tiras de charqui de cordero que encontraron colgadas de los alambres que había detrás del fogón.

Mientras tanto, Juanito permanecía inconsciente. Se estaba recuperando cuando vio al hijo de un dueño de fundo, vestido de Oficial, que se acercaba encendiendo un cigarrillo con un tizón. Frente a Juanito, el latifundista no pudo contener su odio y le quemó las manos, gritándole:

—¡Te vamos a sacar los ojos con este palo ardiendo!

—¡Háganlo, cobardes! ¡Son un grupo armado y no se atreven a asesinarme! ¡Mátenme, cobardes!

Por toda respuesta, el Oficial le quemó la boca.

—¡Cállate, mierda!

—¡Cobarde!

El Oficial le volvió a quemar la boca con el tizón y fue a contarle a Colipán lo que Juanito le había dicho.

Colipán se acercó.

—¿Así que quieres morir?

—¡Cobardes! ¡Cumplan la orden que tienen! ¡No es necesaria tanta tortura!

Colipán lo miró y luego fue a contarle al Fiscal Militar y a los demás Oficiales, lo que el «prisionero de guerra» le había dicho.

Mientras Juanito permanecía tendido en tierra, el bosque comenzó a girar a su alrededor. El joven cerró los ojos y tuvo la sensación de caer a un pozo sin fondo donde sus dolores se esfumaron.

## Capítulo 12

### La «Marsellesa Socialista»

(Domingo 16 de septiembre)

Juanito abrió los ojos y a través de una neblina vio el rostro de Colipán.

—¡Ya, párate!

Juanito intentó pararse, pero no pudo.

—¡Vamos a la siga de los guerrilleros!

Unos conscriptos ayudaron a Juanito a ponerse de pie y a empujones lo condujeron hasta la quebrada que bajaba hacia el río.

—¡En el monte tienen que estar! —dijo Colipán.

Tambaleándose, el joven bajó unos metros por la pendiente hasta un coigüe que había sido desraizado por el viento. Allí se detuvieron los militares. Dándose aires de experto, Colipán exclamó:

—¡Este árbol fue derribado con explosivos!

Al darse cuenta de que su afirmación no había impresionado a los conscriptos campesinos presentes, agregó:

—¡Seguramente era una emboscada que tenían para nosotros!

Sin mediar orden alguna, algunos soldados golpearon a Juanito, haciéndolo responsable de lo que había hecho el viento.

Con el prisionero caminando a la cabeza, siguieron bajando. Los militares iban muertos de miedo. Miraban asustados hacia las pendientes a ambos lados de la quebrada. Pensando en la «Ley de Fuga», Juanito no se adelantaba demasiado. Los gritos de los pájaros hacían saltar de susto a los soldados. A medida que bajaban iba disminuyendo la velocidad de la persecución de los guerrilleros.

En el cielo apareció una avioneta que comenzó a volar en círculos sobre la ranca de don José y la quebrada donde ellos estaban. El piloto era Carlos Behrend, un dueño de fundo que desde el día del golpe andaba vestido con el uniforme de la Fuerza Aérea de Chile. Él había

confeccionado la lista de los que había que matar en Riachuelo. Un Oficial se comunicó con el avión por medio de una radio de campaña.

—Deben lanzar granadas en el monte. A cien metros a la derecha y a cien metros a la izquierda de esta quebrada. El monte es espeso y es muy difícil entrar en él.

Desde la avioneta comenzaron a lanzar granadas de mano en los sectores que les habían indicado. La verde y exuberante vegetación amortiguaba las detonaciones.

—Es muy difícil meterse en este monte —dijo Colipán, pero ustedes los guerrilleros son capaces de pasar por el filo de una navaja.

Cesó el bombardeo, se alejó la avioneta y el silencio regresó a la montaña. No obstante el despilfarro de granadas, los soldados no se atrevían a seguir bajando por la hondonada. Las explosiones sólo habían servido para aumentarles el miedo. La tropa estaba a punto de echar a correr cerro arriba, presa del pánico.

Ya estaban por retirarse, cuando un soldado descubrió unas huellas de botas de goma que iban quebrada abajo, en dirección al río. Colipán obligó a Juanito a seguirlas, lo que éste aprovechó para borrarlas con los pies a medida que avanzaba. Así llegaron a un sector donde la pendiente era rocosa, desprovista de árboles y muy inclinada. Allí los soldados comenzaron a resbalar y a caerse. Colipán dio la voz de alto y ordenó el regreso. La persecución de los guerrilleros no había superado los doscientos metros.

En un punto donde un fresco arroyuelo cruzaba el sendero, Juanito se hincó en tierra, diciendo:

—¡Aquí voy a tomar agua!

Y sin más, comenzó a beber.

—¡Ah! —exclamó Colipán—. ¡Eres aniñado!

Pero Juanito no le hizo caso.

—¡Haz lo que quieras! ¡Total, son tus últimos deseos! —le amenazó el Cabo.

Cuando faltaba poco más de cincuenta metros para llegar a la explanada donde estaba la rancho de don José, Colipán dio la voz de alto. Unos soldados colocaron a Juanito de espaldas contra el tronco de un perfumado laurel y Colipán se paró frente a él, a unos seis metros de distancia. Apuntando al prisionero con su fusil automático, le gritó:

—¡Aquí te llegó tu fin! ¡Lo siento, pero tengo que cumplir esta orden!

Juanito miró a Colipán a los ojos y afirmó con fuerza su espalda contra el tronco del árbol. Colipán hizo una descarga pero las balas se perdieron en la espesura, por encima de la cabeza de Juanito. Al ver que no había logrado asustar al «prisionero de guerra», Colipán gritó:

—¡Ésto es para que te vayas preparando! ¡Te vamos a fusilar, pero antes tienes mucho que decirnos!

Dos Oficiales que habían descendido al encuentro de la columna, se acercaron a recibir el informe de Colipán. Mientras éste les hablaba en voz baja, miraban de reojo a Juanito. Al término del «parte de guerra», el Jefe del «SIM» decidió reirse del prisionero, cuyo estado físico no podía ser más lamentable.

—¡A ver, tú! —le ordenó el Capitán Wenderoth—: ¡Canta una canción!

—¡No sé canciones!

—¿Cómo no te vas a acordar de alguna canción del Regimiento?

—No me acuerdo. Hace mucho tiempo que hice el Servicio

Militar.

—¿Y de la Unidad Popular? ¿Cómo no te vas a saber alguna de ellas? Si ustedes tenían tan bonitas canciones...

El otro Oficial comenzó a festejar la ocurrencia de su Capitán y lo mismo hacían algunos soldados, capaces de hacer cualquier marranada con tal de congraciarse con sus superiores.

—¿Cómo no te vái a saber una canción de los «upelientos»?

—¡O de la Violeta Parra...!

—¡O del Victor Jara...!

A Juanito le molestaron aquellas burlas y decidió demostrarles que no le habían doblegado. Al tiempo que iniciaba la marcha hacia la rancho de don José, comenzó a cantar la «Marsellesa Socialista», el himno del Partido:

**—“¡Contra el presente vergonzante  
El socialismo surge ya**

La voz no le salió entonada porque tenía los labios partidos y la boca hinchada y, además, porque en los últimos meses no había tenido tiempo para cantar. No obstante, siguió:

**—“Salvación, realidad liberante  
Que ha fundido en crisol la verdad  
Que ha fundido en crisol la verdad**

A esa altura del himno ya había avanzado algunos metros cerro arriba a la cabeza de la columna de militares, que le seguían asombrados. Con el esfuerzo hecho al cantar, las heridas de los labios se le habían abierto y la sangre le corría por la barbilla. Pero eso no le importó. En aquel momento, lo único importante para él era seguir cantando:

**—“Sellaremos con sangre en la historia  
Nuestra huella pujante y triunfal  
El Partido dará a los que luchan  
Digno ejemplo de acción contra el mal**

Recalcó los dos últimos versos de la estrofa, que en aquel momento los asoció al comportamiento heroico del Presidente Allende, y arremetió con fuerza el estribillo:

**—“¡Socialistas a luchar!  
¡Resueltos a vencer!  
¡Fervor, acción, hasta triunfar  
Nuestra Revolución!**

Pensando que los militares lo iban a hacer callar al oír aquello de la «Revolución» y del «Socialismo», alzó aún más su voz, pero ninguno de los soldados intentó acallararlo. Siempre a la cabeza de la columna había llegado a la planicie donde estaba la rancho de don José. El sendero era plano y más amplio. Allí comenzó a cantar las últimas estrofas del himno del Partido como lo hacían los socialistas, con el puño en alto:

**—“Arriba el socialismo obrero  
Que es nuestra liberación  
Militantes puros y sinceros  
Prometamos jamás desertar  
¡Prometamos jamás desertar!  
Reafirmemos la fe socialista  
Que es deber sin descanso luchar  
Contra el pulpo del imperialismo  
Que a los pueblos desea atrapar**

Cuando Don José y Segundo vieron que Juanito se acercaba cantando el himno del Partido a la cabeza de la columna de militares, con el puño en alto, creyeron que estaban viendo visiones, que se habían vuelto locos. Pero aquella escena no era producto de su imaginación, pues Juanito efectivamente llegaba cantando la «Marsellesa Socialista» al frente de los soldados del Regimiento «Arauco».

Segundo trató de acompañar a su camarada en el canto, pero los ojos se le llenaron de lágrimas y las palabras se le anudaron en la garganta. Don José, que nunca había cantado y que tampoco se sabía la letra del himno, sólo atinó a levantar su mano derecha empuñada.

A medida que Juanito se fue acercando a sus compañeros, la voz le salió con más fuerza. Frente a ellos se detuvo con el puño en alto y en abierto desafío a sus torturadores, arremetió el estribillo con mucha fuerza:

—“**¡Socialistas a luchar!  
¡Resueltos a vencer!**

Los esfuerzos de Segundo por acompañar a Juanito se habían transformado en abierto llanto, mientras que a don José le temblaba el cuerpo, fuera de su control, y las lágrimas le corrían por las mejillas. Al ver la reacción de sus compañeros, a Juanito se le comenzó a quebrar la voz, pero logró continuar:

—“**¡Fervor, acción, hasta triunfar  
Nuestra revolución!”**

Acabado el himno, se hizo un aplastante silencio. Impresionados, los Oficiales callaban. Unos cuantos conscriptos trataban de ocultar sus lágrimas.

El Mayor Ramírez se acercó a Juanito y, sin poder ocultar su admiración, le dijo:

—¡Realmente, eres valiente! ¡Pocos son como tú!

Luego de un intenso silencio, tratando de rectificar aquellas espontáneas palabras, agregó:

—¡De todas maneras vas a morir!

—¡Todos tenemos que morir! —le respondió Juanito.

Después, dirigiéndose resueltamente a la rancho de don José, agregó:

—Ahora quiero tomar agua.

El Mayor hizo un gesto de asentimiento pero, al darse cuenta de que sus subalternos se iban a quedar con la impresión de que Juanito se había salido con la suya, le ordenó:

—¡Lávese la cara!

## **Capítulo 13**

### **El Regreso a Riachuelo**

(Domingo 16 de septiembre)

Cuando Juanito terminó de lavarse ya había partido de regreso una escuadra de soldados, enviada con la misión de exigirle a los Arismendi que asaran dos corderos y cocieran papas para toda la tropa. Mientras el resto de los uniformados se preparaba para el descenso de la cordillera, regresó la avioneta piloteada por el latifundista, esta vez en compañía de otra.

Siguiendo las instrucciones desde tierra, los aviones agotaron sus granadas de mano, lanzándolas sin ton ni son en la espesura del bosque. Después, ambos aviones se alejaron rumbo a Osorno y el Mayor Ramírez dio la orden de partir. A la vanguardia de la columna iba la escuadra con los «prisioneros de guerra», le seguían los Oficiales a caballo y el grueso de la tropa y, cerrando la marcha, bajaban los Carabineros de Río Negro. Apremiados por el deseo de abandonar cuanto antes el territorio guerrillero, el descenso lo hicieron a gran velocidad.

Los campesinos que habían sufrido los abusivos allanamientos, miraban con alivio la retirada de los uniformados, haciendo callar a sus perros. El cielo estaba despejado. Un brillante y cálido sol iluminaba el paisaje, mientras la suave brisa traía desde el valle dulces bocanadas de humedad.

Con increíble rapidez, la tropa llegó a un punto desde donde se podía ver la casa de los Arismendi y a los soldados de la vanguardia que merodeaban alrededor de la vivienda. Una delgada columna de humo se elevaba del lado del galpón protegido del viento. Era la fogata en cuyas brasas se iban a asar los corderos. Al acercarse a la casa, los hambrientos uniformados fueron recibidos por el apetitoso olorcillo de la carne puesta en los asadores.

No obstante el hambre que tenían, ninguno de los Oficiales quiso probar el ñachi. Mientras esperaban que el asado estuviese listo, los conscriptos se engulleron la sangre coagulada. Los corderos, cortados en mitades a lo largo del espinazo y ensartados en largas varas, estaban colocados a baja altura sobre las brasas, mientras los Arismendi hacían girar los asadores.

Cuando la carne estuvo lista, las mujeres sacaron al patio dos humeantes ollas con papas cocidas. Llevándose las mejores presas de los corderos, los Oficiales entraron al comedor de la casa. Los soldados se repartieron el resto de la carne y los Carabineros se tuvieron que conformar con los huesos.

Los restos quemados de huesos y tendones se los ofrecieron a los «prisioneros de guerra».

—¡No, gracias! —rehusó Juanito.

—Este no quiere —exclamó un Teniente—, porque siempre ha comido carne. En cambio nosotros teníamos que hacer cola para conseguir un pedacito.

Juanito no se dio el trabajo de responderle, porque en la Provincia de Osorno nunca había faltado la carne, menos aún en el Casino de Oficiales del Regimiento. El general Contreras, cuando fue trasladado a Tejas Verdes, se llevó de Osorno dos camiones militares cargados con carne y mantequilla, que luego vendió en Santiago en el «mercado negro». Los Carabineros callaban porque ellos habían sido los organizadores del contrabando de carne.

Después de devorarse la carne y las papas, sin pagar por el consumo, los uniformados partieron hacia el lugar donde habían dejado los camiones. Por el camino los Oficiales se fueron comiendo los alfajores que les habían robado a los Arismendi.

En el fundo Millantúe les estaban esperando con comida y un tarro con cincuenta litros de leche. Una atención especial de parte del propietario del fundo a los «Salvadores de la Patria». Allí los prisioneros volvieron a rechazar la comida que les llevaron. Informado de ello el Mayor Ramírez, fue a increpar a Juanito.

—Usted ha dicho que a los prisioneros de guerra se les debe dar un buen trato, dándoles agua y alimentos. ¡Y ahora usted se niega a comer! ¿Cómo es ésto?

—El buen trato me lo debieron haber dado desde el principio, y no ahora. Por lo demás, ¡a los prisioneros de guerra no se les debe torturar!

El Fiscal Militar lo miró sorprendido y sin responderle regresó al lado de los Oficiales que estaban comiendo con mucho apetito.

Poco después, la hija del mayordomo se acercó a los prisioneros con una jarra con leche. Se la ofreció a Juanito, pero éste le dijo:

—No, gracias. ¡No necesito tu atención!

—No tengas rencor con nosotros, Juanito. ¡A mi papá lo obligaron a ir!

—Eso no es cierto. Tu padre se ofreció. ¡Tu padre es un soplón!

Mientras la soldadesca comía a dos carrillos, una patrulla detenía a los campesinos que pasaban por el camino. A todos les preguntaban si conocían a Juan Bassay; si le habían visto últimamente; si sabían dónde estaba; si viajaba a menudo a la cordillera; si tenía gente en la montaña, y si lo habían visto con armas. Sin ninguna excepción, todos los campesinos interrogados dieron excelentes referencias de Juanito.

Después de engullirse la comida, los uniformados subieron a los vehículos y emprendieron el regreso a Riachuelo. Cuando la camioneta que iba a la cabeza se topaba con un caminante, la columna se detenía mientras el campesino era sagazmente interrogado por Colipán.

De aquella forma, el regreso iba lento y aburrido.

Frente a una modesta casa campesina, el convoy se detuvo. Baudilio Báez, el dueño de la vivienda, estaba en medio del camino agitando

los brazos. Quería invitar a los soldados a beber chicha de manzana. Sin pensarlo dos veces, el Mayor Ramírez ordenó el alto. Los uniformados entraron en tropel al patio de la casa, donde el pequeño agricultor tenía un barril de chicha a la sombra de un pino.

Los «prisioneros de guerra» quedaron al borde del camino, custodiados por una guardia de conscriptos que se relevaba continuamente para ir a beber chicha al pie del tonel. Un soldado regresó con un jarro con chicha y se lo ofreció a Juanito, pero éste no quiso beber. El conscripto se tomó el contenido del tiesto y entró al patio de la casa. Un momento después salió con el jarro lleno de chicha y se lo ofreció a Segundo. Solidarizando con Juanito, pese a estar muerto de sed, el muchacho no aceptó la bebida. Esta vez el saciado soldado derramó la chicha sobre las piedras del camino.

Agotado el contenido del barril, los uniformados salieron del patio de la vivienda y se desplegaron a orinar por ambas orillas del camino. Desde aquel punto, la columna de vehículos regresó directamente a Riachuelo, yéndose a detener frente al Retén de Carabineros.

## **Capítulo 14**

### **La Última Cena**

(Domingo 16 de septiembre)

Alrededor de cincuenta personas, la mayoría mujeres, se encontraban desde la mañana temprano frente al Retén de Riachuelo, paradas al otro lado del camino. Eran las madres, hermanas y novias de los jóvenes «prisioneros de guerra», que no se habían movido del lugar no obstante las amenazas de los Carabineros. De tiempo en tiempo, algunas de ellas cruzaban la calle para ir a preguntar por sus familiares detenidos.

Al comienzo, los policías respondían con burlas y evasivas a las consultas, acrecentando de aquel modo la desesperación de las reclamantes. Después comenzaron a decir que los presos que había en el cuartel serían llevados a Osorno por los militares y que los que habían viajado en la mañana a la cordillera, no iban a regresar. A medida que pasaban las horas crecía la angustia y también el grupo de personas apostadas frente al Retén de los Carabineros.

Cuando los vehículos que volvían de la cordillera se detuvieron frente al Retén, la pequeña multitud allí apostada se arremolineó inquieta, a la

espera de lo que iba a ocurrir. Manteniendo un espectador silencio, todos se empujaban estirando el cuello tratando de ver mejor.

Antes de bajarse de los camiones, los «prisioneros de guerra» recibieron la orden de cubrirse la cabeza con el paño de carpa que habían recibido en la madrugada. En el instante en que Juanito saltó a tierra, el trozo de carpa que llevaba sobre la cabeza se le cayó. El joven se agachó y sin ninguna prisa lo recogió, mirando a las personas paradas a pocos metros de distancia.

Todos pudieron ver el estado en que lo traían y del grupo se levantó un murmullo de indignación.

Colipán vio lo que Juanito estaba haciendo y le gritó que se cubriera con el paño de carpa, pero el joven no le hizo caso. Calmadamente dobló el género, se lo colocó debajo del brazo y enderezando todo lo que pudo su adolorido cuerpo, caminó con tranquilidad hasta la puerta del Retén.

En la Sala de Guardia, le alcanzó Colipán:

—¿Todavía vienes aniñado?

—No soy aniñado.

—¿Y por qué no te pusiste el paño de carpa?

—Para que la gente viera cómo vengo.

Colipán se desconcertó con la respuesta y, para salir del paso, le ordenó:

—¡Tienes que lavarte!

—Mientras no me traigan ropa limpia, no me lavaré.

Colipán le ordenó a un soldado que le llevara el pedido del «prisionero de guerra» a sus familiares que se encontraban en el grupo ubicado frente al Retén.

Media hora más tarde, las hermanas de Juanito le llevaron un paquete de ropa limpia y un canastillo con comida caliente. Juanito se lavó en un grifo y después se cambió la ropa sucia con excrementos y ensangrentada, por la que le habían llevado de su casa.

Para que se sirvieran la comida que les habían llevado sus familiares, los soldados condujeron a Juanito y sus compañeros al comedor del Retén. Los jóvenes preguntaron si podían compartir la comida con los demás campesinos que había en las celdas. Los soldados les respondieron:

—La comida es de ustedes, si quieren invitarlos, no es cosa de nosotros.

En vista de que Juanito y sus camaradas insistieron, los soldados sacaron de los calabozos a los campesinos, ninguno de los cuales había comido desde el día anterior. Juanito dividió los panes en trozos pequeños y en silencio los repartió entre todos. Luego hizo otro tanto con la comida, la leche y dos milagrosas botellas de vino tinto, que nadie pudo explicarse cómo aparecieron en el comedor del Retén policial.

Comieron en silencio sus magras raciones sentados alrededor de la mesa presidida por Juanito y al final bebieron un poco de vino. Los comensales, que ignoraban su destino, sintieron que aquella cena bien podría ser la última. Antes de ser llevados de vuelta a los calabozos, los campesinos le agradecieron a Juanito con sencillez y solemnidad.

A Juanito lo dejaron en el pasillo que daba a las celdas, solo y libre de amarras, frente a una puerta lateral por la que se salía al exterior del Retén.

Desaparecieron los soldados, se apagaron las luces y el Carabinero de guardia inició sus rondas alrededor del cuartel.

A través de la puerta, que permanecía entreabierta, Juanito vio que el guardián se demoraba alrededor de diez minutos en hacer el recorrido completo. Tuvo ganas de fugarse, pero deshechó aquella idea pensando que eso era lo que querían sus torturadores, para aplicarle la «Ley de Fuga».

Por último se sentó en el piso y apoyando la espalda en una pared, se dispuso a dormir.

## Capítulo 15

### Los «Guerrilleros» de Olegario

(Lunes 17 de septiembre)

A las tres de la madrugada sacaron a Juanito al patio del Retén. Allí había unos vehículos militares esperando. Junto al detenido, un contingente de soldados subió a un camión. Ningún otro prisionero les acompañaba.

La caravana que salió del Retén estaba compuesta por el jeep de los Oficiales, el camión con Juanito y los soldados y una camioneta con una ametralladora y radio de campaña. Los vehículos partieron hacia la cordillera Huelleshue. Durante una hora avanzaron por una ruta enripiada y después, dando tumbos en los baches, por un camino vecinal de tierra. Cuando finalmente la columna se detuvo, alguien dijo:

—Aquí tenemos que esperar al tractor. Demorará una hora en llegar.

Un Oficial se asomó al camión, diciendo:

—¡Pueden descansar!

Al unísono, todos los soldados que iban con Juanito se quedaron dormidos. Algunos comenzaron a roncar. Juanito, que no estaba amarrado, captó la intención de los militares por lo que acomodándose en su puesto

intentó dormir. Una hora más tarde, todos al mismo tiempo, los soldados se despertaron.

Fingiendo sorpresa al ver a Juanito a su lado, uno de ellos le dijo:

—¡Bah! ¿Y tú todavía estás aquí?

—¿Y dónde quiere que esté, si estoy detenido?

Un vecino le había informado a los militares que Olegario tenía gente en la cordillera. Éste le explicó al Fiscal Militar que se trataba de una familia de leñadores que cada primavera subía a la cordillera a hacer tejuelas de alerce durante el verano. Pero el Mayor Ramírez no le creyó y montó un Operativo para ir a detener a los guerrilleros de Olegario. Media hora después, arrastrando un acoplado llegó el tractor conducido por Olegario.

Los soldados bajaron del camión y se subieron al acoplado del tractor, colocando en medio de ellos a Juanito. El tractor partió seguido por el jeep de los Oficiales y la camioneta llena de soldados.

Junto con la claridad del día, la caravana llegó a las primeras estribaciones de la montaña. En el cielo había pocas nubes y una compacta neblina matinal se extendía sobre las zonas más bajas de las quebradas. Sumergiéndose en la niebla, los vehículos bajaron a una hondonada para cruzar un río cordillerano. Cuando emergieron de la neblina en la pendiente opuesta de la quebrada, en el cielo aparecieron las dos avionetas del día anterior. Por el radio de campaña les dieron instrucciones y desde los aviones comenzaron a bombardear una abrupta y boscosa ladera de la montaña.

Juanito no salía de su asombro al ver el desperdicio de granadas de mano, que caían en un sector donde era imposible que hubiese alguien o que desde allí se les pudiera tender una emboscada a los militares.

Agotadas las granadas, los aviones desaparecieron y los soldados dejaron sus puestos de combate. Algunos treparon al acoplado del tractor que, zigzagueando entre los árboles, comenzó a ascender por la ladera del cerro. En aquel punto dejaron la camioneta y el jeep, que no podían subir por aquella escarpada senda. El resto de los soldados se dividió en patrullas que se internaron a pie por los senderos de la montaña.

Los conductores se quedaron en resguardo de sus vehículos ante un probable ataque de los guerrilleros. Con ellos dejaron a Juanito y una docena de conscriptos que de inmediato se desplegaron tomando posiciones entre unos grandes bloques de granito, a cierta distancia de los automóviles. Transcurrido un tiempo, los choferes encendieron cigarrillos y comenzaron a charlar.

—Realmente, se están cometiendo muchos abusos.

—Sí. No son maneras de tratar a la gente.

—Oye, Juanito: ¿Tienes armas?

—¿Es cierto que tienes gente en la cordillera?

—He dicho tantas veces que no. ¿Por qué tendría que decirles a ustedes que sí?

—Nosotros somos distintos.

—Nosotros no somos verdugos.

—Sépanlo: ¡De todo hay en el Ejército!

Parecían sinceros. Incluso le permitieron al «prisionero de guerra» caminar por la orilla del río y lo dejaron ir solo a hacer sus necesidades detrás de unos arbustos. Sin embargo, el joven se mantuvo desconfiado en todo momento. Horas más tarde regresó el tractor con los soldados y descendieron de la montaña las patrullas militares.

—¡Negativo! —informaban.

Entonces volvieron los aviones. Después de volar en círculos durante unos minutos recibieron la orden de retirarse y se fueron.

Los Oficiales se veían contrariados por el fracaso del operativo. En desquite ordenaron allanar todas las viviendas del lugar. La única que se libró del desastre fue la de un tal Peña, el soplón cuyo informe había producido la visita de los militares.

La soldadesca aprovechó la ocasión para requisar las sopaipillas, los alfajores y la chicha de manzana que encontraron en las modestas casas campesinas. Después de la requisa fueron a la orilla del río a darse un banquete con el «botín de guerra».

Desde lejos, los famélicos niños campesinos y sus atribulados padres contemplaban a los soldados devorar las golosinas con las que ellos habían pensado celebrar el 18 de septiembre.

## Capítulo 16

### Las Armas de Juanito

(Lunes 17 de septiembre)

Después de comer y beber, a costa de los desamparados campesinos de la cordillera Huellélhue, los soldados del Regimiento «Arauco» regresaron a Riachuelo.

En el Retén de Carabineros, junto a una decena de campesinos recién detenidos estaba Arnaldo, un niño de doce años de edad.

Para hacer los interrogatorios, según el «Manual» de Panamá, los soldados llevaron un balde con agua a la caballeriza. Comenzaron con Arnaldo a quien, para ablandarlo, le sumergieron la cabeza en el agua,

dándole culatazos y patadas. En una ocasión, al sacarle la cabeza del balde, el muchachito recibió un culatazo en la nuca y quedó sin conocimiento. Al verlo en ese estado, los torturadores suspendieron el suplicio.

Mientras esperaban que Arnaldo se recuperara, sin hacerles ninguna pregunta metieron de cabeza en el balde, uno tras otro, a los restantes campesinos.

Cuando Arnaldo abrió los ojos, volvieron a meterle la cabeza en el balde y a darle culatazos. Finalmente, Colipán comenzó a interrogarlo.

—¿Tiene armas, Bassay?

—Sí —respondió Arnaldo, semiaturdido—. Recién iba pasando por ahí y llevaba armas.

—¿Tiene explosivos?

—¡No sé! ¡No sé!

—¿Y tiene bombas?

—Sí —dijo Arnaldo, e indicando hacia un extremo de la caballeriza, agrego—: Están debajo de la mesa, allí en el comedor.

Balbuceando incoherencias, el muchacho comenzó a rascarse el cuerpo, como si le hubiesen vaciado encima un balde lleno de pulgas.

Colipán ordenó traer a Juanito a su presencia y, no bien hubo llegado, ordenó que lo golpearan. Al tiempo que lo castigaban le hizo las mismas preguntas de la víspera, a las que el «prisionero de guerra» contestó tal como lo había hecho anteriormente.

Colipán se había aprendido de memoria todas las preguntas y no se salía del libreto. Sólo al final hizo dos preguntas nuevas:

—¿Dónde tienes los explosivos?

—No tengo explosivos.

—¿Dónde tienes las bombas?

—No tengo bombas.

Colipán dio por terminado el interrogatorio porque quería comprobar lo dicho por Arnaldo. Antes de partir le colocó una capucha negra a Juanito y lo sacó al patio del Retén. Allí lo subieron al jeep en el que a toda velocidad se dirigieron a la casa de la familia Bassay. Siguiendo al jeep salieron una camioneta y un camión, ambos llenos de soldados.

Bajaron a Juanito frente a la casa y con él entraron en la vivienda, donde los militares se metieron debajo de la mesa del comedor. Juanito y sus familiares, sin comprender el motivo de aquella búsqueda, dado que la casa ya había sido allanada con anterioridad, fueron impotentes testigos de las tropelías de los soldados.

Para revisar el aparador, donde la familia tenía la vajilla, tiraron al suelo la loza, rompiendo tazas, platos y vasos. También volcaron los sillones y les cortaron el tapiz con sus corvos. Con detectores de metales

recorrieron centímetro a centímetro toda la casa, sin dejar ningún rincón sin revisar. Pero nada encontraron.

Después salieron al patio, donde con sus detectores revisaron cada pulgada de terreno pisoteando las flores del jardín y las plantas de la huerta. Se metieron en el cobertizo de la leña donde volcaron los tambores de latón y rompieron los cajones, desparramaron las herramientas y los fierros viejos, sin hallar nada de su interés. Algunas arañas y grillos, que libraron de ser pisoteados, huyeron espantados en todas direcciones de aquel súbito cataclismo.

A pesar del exhaustivo allanamiento, los soldados no encontraron las armas ni los explosivos que andaban buscando.

De pronto, un Oficial exclamó:

—¡Cómo no se me había ocurrido antes!

A ambas orillas del camino público, a lo largo de todo el frente de la casa de los Bassay, había dos franjas de tierra removida por los obreros de Vialidad. El golpe militar había paralizado sus actividades, impidiéndoles dar término a aquellas zanjas para el escurrimiento del agua de lluvia.

—¡Vengan aquí! —ordenó el Oficial—. ¡Y traigan las palas!

Deseosos de figurar entre los descubridores de las armas de Juanito, varios soldados llegaron corriendo al lado del Oficial, quien ordenó:

—¡Cavar aquí!

Rápidamente los conscriptos sacaron de las zanjas cerca de medio metro de piedras y tierra suelta. Al ver que no aparecían las armas, el Oficial exclamó:

—¡Más abajo deben estar!

Al excavar, sin saberlo los militares dieron término al inconcluso trabajo de los obreros. Pero armas, no encontraron.

—¡Traigan a Bassay y pásenle una pala! —ordenó el Teniente.

Cuando Juanito tuvo la pala en sus manos, el Oficial le ordenó:

—¡Saca la tierra que está arriba de las armas!

Aguantando la risa, Juanito obedeció. Pero al sacar la primera palada de tierra, sintió un fuerte dolor en la espalda. Aunque los movimientos siguientes los hizo con mucho cuidado, el dolor aumentó. Pensando que la lentitud de Juanito se debía al hecho de que no quería dejar las armas a la vista, el Teniente lo hizo salir del canal y le ordenó a sus subordinados acometer con bríos aquella tarea.

—¡Más rápido! ¡Más rápido! —les apremiaba—. ¡Más abajo tienen que estar!

En menos de una hora, los soldados dejaron listos ambos canales. Pero las armas no aparecieron.

Mientras los conscriptos, maldiciendo por lo bajo al Oficial y secándose el sudor del rostro, iban a dejar las palas al camión, el Teniente

examinaba cuidadosamente todo lo que había quedado a la vista. Cuando llegó a la conclusión de que las piedras del camino no eran armas, las dejó abandonadas al borde de las zanjas y, con el fracaso y la frustración reflejados en el rostro, fue a beber agua.

En el «glorioso» Ejército de Chile, las órdenes se cumplen. Orgullosos de su «formación prusiana», los soldados chilenos habían sido adoctrinados en el estricto cumplimiento de las órdenes. Este era el fundamento de su «disciplina». Según los generales golpistas, esta rígida y acrítica «disciplina» era la base de la «grandeza» de las Fuerzas Armadas y de Orden.

El Fiscal Militar de Osorno había recibido de su Comandante la orden de encontrar las armas y los guerrilleros que, según las denuncias de los latifundistas y sus soplones, estaban a cargo de Juan Bassay. Al Mayor Ramírez sólo le cabía cumplir aquella orden, aunque para ello tuviese que remover piedra por piedra la cordillera de la Costa y torturar a todos los habitantes de la Provincia.

Luego de ser informado del resultado negativo del nuevo allanamiento realizado en la casa de la familia Bassay, el Fiscal Militar le ordenó a Colipán seguir torturando a Juanito.

Como entretención y adiestramiento, los militares estaban torturando a un grupo de campesinos, entre los cuales estaba Oscar, un sobrino de Juanito. En tanto éste apareció en el galpón, los torturadores dejaron de lado al campesino que tenía la cabeza metida en el balde con agua, para ocuparse del recién llegado.

Sin hacerle preguntas le sumergieron repetidamente la cabeza en el balde, acompañando las inmersiones de patadas y golpes con las culatas de sus fusiles. Debido al adiestramiento logrado con la sistemática repetición de aquellas torturas, el ablandamiento previo al interrogatorio lo hicieron sin compasión, con método y sadismo.

Cuando Juanito ya estaba pensando que la tortura no llegaría nunca a su fin, Colipán le gritó:

—¡Tú dijiste que tu sobrino sabía donde estaban las armas, las bombas y los explosivos!

Antes que Juanito respondiera, el Cabo le preguntó a Oscar:

—¿Dónde están los explosivos?

—No tengo conocimiento de que existan explosivos o armas.

¡Yo no sé nada!

Simulando estar muy enojado, Colipán le gritó a Juanito:

—¿No dijiste que tu sobrino sabía?

—¡Yo no he dicho eso! ¿Por qué miente?

Enfurecido por esta respuesta, Colipán se avalanzó sobre Juanito, dándole un puñetazo en la cara. El joven cayó al suelo fulminado.

“Puchas que estoy débil, pensó, ya no aguanto ni un puñete.”  
Dirigiéndose a Oscar, Colipán le preguntó:  
—¿Qué fuiste a hacer a Alemania Oriental? ¿Qué instrucciones te dieron allá?  
—Yo no fui a recibir instrucciones. Fui al Festival de la Juventud.  
—¿Qué festival?  
—De la Juventud. Los jóvenes de todo el mundo...  
—¿Qué festival, ni festival: ¡ustedes fueron a adoctrinarse en política!  
—Allá no se habló de política. Se confraternizó, se cantó...  
—¿Cómo que no se habló de política! ¡Si fueron puros comunistas!  
—Fuimos de todos los partidos políticos. Incluso fueron jóvenes demócrata cristianos.  
Al no poder continuar aquella discusión, Colipán atacó al muchacho. Sujetándolo del pelo lo comenzó a patear, al tiempo que con su mano libre le daba puñetazos. Entre todos los soldados derribaron al joven y en el suelo lo golpearon.  
Sintiendo mucha rabia e impotencia, Juanito miraba aquella escena sin poder intervenir, arrepintiéndose de haber seguido las instrucciones que el Partido le había dado.

## Capítulo 17

### En el Regimiento «Arauco»

(Lunes 17 y martes 18 de septiembre)

Después de escuchar el «parte de guerra» del Cabo Colipán, dando cuenta de que el careo entre Juanito y su sobrino había resultado negativo, el Mayor Ramírez ordenó traer a su presencia a Juan Bassay.

En la pieza del Retén donde estaba reunido el Estado Mayor del Operativo Militar, un Oficial le sacó el cordón a una plancha eléctrica. Antes de que entrara el «prisionero de guerra», el Teniente conectó el cable a la red domiciliaria y con los extremos desnudos del cordón eléctrico en la mano, quedó a la espera de la orden que le iba a dar el Mayor Ramírez. Regocijándose anticipadamente, los Oficiales aguardaban anhelantes. Al ver la cara de los presentes, Juanito tuvo un mal presentimiento.

—¡Mira! —le dijo Colipán, empujándolo hasta un punto de la habitación, donde Juanito quedó dándole la espalda al Oficial que sostenía el cordón de la plancha—. ¡Ésta es tu última oportunidad para cooperar con nosotros, porque vamos a regresar a Osorno!

Juanito lo miró sin decir palabra.

—Si nos cooperas —le dijo el Fiscal Militar—, te vamos a dejar de inmediato en libertad. Vamos a hacer publicaciones diciendo que fuiste detenido por motivos de «seguridad» y no por «extremista».

—Yo ya he dicho todo lo que tenía que decir. Estoy en vuestras manos. ¡Ustedes pueden hacer lo que quieran conmigo!

Mientras Juanito hablaba, el Oficial del cordón se le acercó por detrás y en el instante en que el prisionero terminó de hablar le aplicó los alambres con electricidad en la espalda. Juanito cayó fulminado.

Inmediatamente los Oficiales escondieron el cable eléctrico, mientras Colipán salía corriendo de la sala y regresaba con Renato.

Mostrándole al joven en el suelo, le dijo:

—Mira lo que le pasó a Bassay. Estaba conversando lo más bien, cuando de repente cayó al suelo con un ataque de nervios.

Renato se asustó al ver a Juanito con la boca llena de espuma. Se arrodilló a su lado para examinarlo y le limpió la boca con su pañuelo. Viendo que su camarada apenas respiraba, hizo un gesto de pena e impotencia y se levantó.

—¡Ahora sal de aquí y no le cuentes a nadie lo que has visto!  
—le dijo Colipán en tono amenazante.

Transcurrió cerca de media hora y Juanito seguía inconsciente. Los militares se comenzaron a preocupar porque aún no habían obtenido las informaciones que ellos pensaban que Juanito les ocultaba.

—¡Se nos pasó la mano! —dijo un Oficial.

—¡La embarramos!

—¡Tenemos que regresar a Osorno! —exclamó el Fiscal Militar—. ¡Rápido!

De prisa, los Oficiales salieron a dar órdenes.

Sacaron a Renato, Arnaldo y Elías, con capuchas negras en la cabeza, y los subieron a un camión militar. Después aculataron la camioneta de «SAESA» a una puerta lateral, por la cual sacaron a Juanito envuelto en una frazada y lo subieron al vehículo. Para que no se cayera, lo sentaron entre dos soldados.

Los familiares de los «prisioneros de guerra» de Riachuelo no se habían movido del sitio que ocupaban frente al Retén y se esforzaban por descubrir algún detalle que les permitiera identificar a las personas que estaban sacando del cuartel. Tratando de reconocer los zapatos, los pantalones o una camisa, intentaban descubrir si entre los trasladados iban sus seres

queridos. Algunas mujeres comenzaron a llamar por sus nombres a los detenidos, mientras las otras reclamaban. La forma imprevista en que se había comenzado a movilizar la tropa, llenaba de angustia a la gente. Al no obtener respuesta, los presentes terminaron protestando.

Los militares sacaron de los calabozos, al patio interior del Retén, a todos los detenidos. Antes de partir a Osorno, en tono amenazante, un Capitán se dirigió a ellos:

—“*¡Ustedes van a quedar libres! ¡Saldrán de aquí y a nadie contarán lo que ha pasado, ni lo que han visto! ¡El que sea sorprendido conversando sobre esto, será detenido y llevado inmediatamente a la Fiscalía Militar de Osorno! ¡En cualquier momento pueden ser citados a nuevas declaraciones, por lo que deben permanecer en Riachuelo! ¡Si alguien necesita salir del pueblo, debe pedir permiso en el Retén de Carabineros! ¡Entendido? ¡Pueden irse a sus casas!*”

La caravana de vehículos salió de Riachuelo por el camino hacia Río Negro. Durante el trayecto, en dos oportunidades el convoy se detuvo para examinar a Juanito, que seguía sin conocimiento.

Por medio de la radio, el Mayor Ramírez avisó a Río Negro que necesitaban los servicios de un médico. Frente a la Comisaría del pueblo, el Practicante de Carabineros subió a la camioneta. Después de examinar a Juanito, dijo:

—Sigue sin conocimiento, pero está reaccionando.

En Río Negro se quedaron los Carabineros y los militares siguieron hacia Osorno. Al llegar al cruce con la Carretera Panamericana, Juanito volvió en sí, pero simuló seguir inconsciente. Antes de salir a la Carretera, la caravana se detuvo y el Mayor Ramírez fue a examinarlo. Intentó tomarle el pulso en la muñeca, pero no pudo ubicar la arteria. Tampoco le sirvió de nada ponerle una mano en el pecho porque las vibraciones del motor le impidieron sentir los latidos del corazón. Como no pudo verificar nada, sin soltarle la muñeca al prisionero le ordenó a uno de los soldados:

—¡Escuche si está respirando!

El soldado apoyó un oído en el pecho de Juanito.

—¡No se siente! —dijo.

—Yo tampoco siento el pulso, pero parece que el corazón sigue latiendo. ¡Háganle respiración artificial, por turnos!

El Mayor regresó a la cabina de la camioneta y por intermedio de la radio, informó al Regimiento sobre el estado de salud del prisionero, ordenando que estuvieran preparados a su arribo.

A la entrada del puente sobre el río Rahue, la camioneta dio un salto en un hoyo que había en el pavimento. El golpe sorprendió a Juanito con los pulmones llenos de aire, que exhaló violentamente.

—Parece que murió —dijo el soldado que le estaba haciendo respiración artificial—. ¡Se fue cortado!

Juanito retuvo la respiración, mientras los soldados trataban en vano de escuchar los latidos de su corazón. Asustados, avisaron al chofer del vehículo y éste se detuvo. El Mayor Ramírez nuevamente intentó tomarle el pulso mientras un soldado le escuchaba los latidos del corazón.

—No ha muerto —dijo el soldado—. El corazón sigue latiendo. El Mayor, que tampoco aquella vez había podido encontrar la arteria, mintió:

—El pulso está casi normal.

Rugiendo los motores, la caravana comenzó a subir por la pendiente de la ribera norte del río Rahue y luego de unos minutos de marcha arribó a la ciudad de Osorno. Pocos instantes después, los vehículos entraron al Regimiento «Arauco».

En tanto la camioneta donde iba Juanito se detuvo, junto a ella llegaron cuatro soldados con una camilla con ruedas. En ella llevaron al prisionero a la Enfermería.

Con la ayuda de un conscripto, el Cabo Enfermero desnudó al joven y después de despedir al recluta comenzó a examinarlo. Le tomó la temperatura, el pulso, la presión y con un estetoscopio le auscultó el corazón y los pulmones.

—Pobre muchacho —murmuró—. ¡Cómo lo han dejado!

Comenzando por las piernas, le revisó las heridas, al tiempo que se las iba limpiando. Después de haberle desinfectado todas las magulladuras, cubrió su cuerpo con una sábana y una frazada. Luego le curó las quemaduras de las manos. Por último se ocupó de las quemaduras y de las heridas que Juanito tenía en la cara. Los labios estaban hinchados y rotos y grandes ampollas le habían crecido en los lugares donde el Oficial le había quemado la boca por dos veces.

Entonces entró el Mayor Ramírez, preguntando:

—¿Cómo está?

—Está reaccionando, mi Mayor, pero muy lento.

—**“¡Mire! ¡A este hombre hay que cuidarlo! ¡De ninguna manera se nos puede ir cortado! ¡Sabe mucho! Ha pedido tres veces que lo matemos. Pudimos haberlo hecho, pero más nos conviene tenerlo vivo. Si es necesario llamar al médico, ¡hágalo! Yo voy a estar en mi casa y usted tiene el número de mi teléfono. ¡Cualquier novedad, me la comunica de inmediato!”**

—¡A su orden, mi Mayor!

Después que el Oficial se hubo retirado, el Cabo Enfermero le inyectó un calmante a Juanito y con un algodón empapado en agua le refrescó los labios. Luego, pasándole una mano por la frente, musitó:

—Pobre muchacho.

Pasada la medianoche, el Oficial de Guardia, de ronda por las dependencias del Regimiento, entró a la enfermería. Al ver a Juanito en la camilla, preguntó:

—¿Qué le pasa a este hombre?

—Éstá en observación, mi Capitán.

—¿Quién es?

—Es un detenido que trajeron de Riachuelo.

—¡Apuesto a que es el Huevón de Bassay!

—Sí, mi Capitán, es de apellido Bassay.

—¡Así que cayó el huevoncito! ¡Llegó a nuestras manos! ¡Éste era el que nos interesaba!

A primera hora de la mañana, el Oficial de Guardia regresó a la Enfermería. Sinceramente preocupado por la salud del «prisionero de guerra», preguntó:

—¿Cómo está el Huevón de Bassay?

—Está mejor, mi Capitán. Ya recuperó el conocimiento.

—¿Se puede levantar?

—Sí, mi Capitán, se puede levantar.

—¡Bien! ¡Que se levante enseguida!

Ayudado por el Enfermero, Juanito se vistió. Fue un verdadero suplicio. Todos los músculos le dolían. Cuando se estaba amarrando los zapatos, cuatro soldados llegaron a buscarlo.

—¿Estás listo? —le preguntaron.

Juanito hizo un gesto afirmativo y la escolta lo sacó de la Enfermería. Cuando iban atravesando el patio del Regimiento, Juanito preguntó:

—¿Dónde están mis compañeros?

—¡Cómo que «compañeros», Huevón! —le dijo un concripto en forma amenazante.

—Los compañeros que vinieron anoche conmigo.

—¡Cómo que «compañeros»! ¡No sabís que está prohibido decir «compañero»?

—Bueno, ¡pero son mis compañeros!

Dando media vuelta, el concripto le dio una patada. Cuando iba a repetir el golpe, entre el agresor y Juanito se interpuso el recluta que iba al otro lado.

—¡Párale, compadre! —le dijo en tono enérgico—. ¡No estamos autorizados para ésto!

El agresor se contuvo y el grupo siguió hasta la Guardia. Allí introdujeron a Juanito en la pieza donde habían pasado la noche sus compañeros de Riachuelo. Los muchachos recibieron a su camarada con grandes muestras de alegría.

Dado que sus amigos ya habían desayunado, Juanito pensó que iba a seguir pasando hambre. Pero un rato después un conscripto se asomó a la puerta y les entregó, sin decir palabra, un paquete de frutas; otro les llevó panes, y un tercero les regaló una cajetilla de cigarrillos y una caja de fósforos. Después de comerse las frutas, los detenidos pasaron el resto del tiempo fumando.

Poco después del mediodía entró el nuevo Oficial de Guardia, diciendo:

—¡Señores: el rancho está listo! Tengan la bondad de pasar a comer.

Los jóvenes pensaron que el Oficial les estaba haciendo una broma de humor negro, pero una escolta de soldados les condujo a un comedor contiguo a la Sala de Guardia. Sobre la mesa había cubiertos para cuatro personas. En platos de aluminio les sirvieron porotos con longanizas y un buen pedazo de cerdo asado a cada uno. Según recordaba Juanito, aquella comida no tenía ni el más remoto parecido con el rancho que habitualmente servían en el Servicio Militar. Haciendo caso omiso a las náuseas que sentía, les aconsejó a sus compañeros:

—Traten de comer todo lo que puedan. A lo mejor más tarde vamos a pasar hambre.

## **Capítulo 18**

### **La Fiscalía Militar**

(Martes 18 de septiembre)

En tiempos normales «de paz interior», en aquella fecha los chilenos celebraban la «Independencia Nacional», a raíz de que en el año 1810 se había creado la Primera Junta de Gobierno, que inició el independentismo. Sin embargo en 1973, los uniformados, que jamás volverían a ser admirados y aplaudidos por todos los chilenos, con la finalidad de dedicarse por entero a la represión del pueblo, habían suprimido los festejos y desfiles militares tradicionales de aquellas fiestas.

Cerca de las dos de la tarde, una escolta de soldados fue a buscar a los «prisioneros de guerra» de Riachuelo y los llevó a la Guardia del Regimiento, donde los subieron a una camioneta con radio.

—Estamos listos para salir con los amontañados de Huellehue —transmitió el radiooperador.

Un delicado Oficial se asomó por la parte de atrás de la camioneta y, con afeminada voz, ordenó:

—¡Ante el menor movimiento sospechoso, disparen sobre estos in/di/vi/duos!

Después dio una graciosa media vuelta, abriendo delicadamente los brazos, y contoneándose fue hasta un jeep armado con una ametralladora. Antes de subir a la cabina se acomodó la boina mirándose en el espejo retrovisor. Luego entornó los ojos y lanzando un hondo suspiro, dio la orden de partir. La columna de vehículos salió del Regimiento.

El jeep del pretencioso Teniente avanzaba detrás de la camioneta con los jóvenes de Riachuelo. Cerrando la marcha iba una camioneta militar llena de soldados.

Entonces el recluta que había pateado a Juanito, les dijo:

—¡Los vamos a fusilar, huevoncitos!

Luego de un corto recorrido, la caravana salió hacia el sur por un camino de tierra. Un centenar de metros más adelante, los vehículos se detuvieron frente a un portón de madera. Allí, custodiado por soldados con subametralladoras, estaba el recién terminado edificio del nuevo Hospital de Osorno, que las defenestradas autoridades civiles de la Provincia no habían alcanzado a inaugurar. En aquel edificio habían instalado la Fiscalía Militar, a cargo del Mayor Antonio Ramírez y, bajo sus órdenes, el Servicio de Inteligencia Militar, «SIM», dirigido por el Capitán Arno Wenderoth.

Los vehículos se estacionaron en el patio del recinto y los prisioneros fueron conducidos a una sala donde había alrededor de treinta detenidos de pie, mirando contra las murallas. A los jóvenes de Riachuelo los dejaron de igual forma, advirtiéndoles que les estaba prohibido conversar entre ellos. Además los separaron, colocándolos de frente a cada una de las cuatro paredes de la sala, de modo que todos ellos quedaron dándose la espalda.

Cada cierto tiempo, los soldados sacaban detenidos de la sala. Al final todos los prisioneros se enteraron de que los que regresaban dentro de los treinta minutos siguientes, habían ido al fichaje, y los que volvían una hora después, habían sido llevados al interrogatorio.

En una pieza contigua a la sala de espera, habilitada con dos desvencijados escritorios de madera y un par de destempladas máquinas de escribir, les hacían fichas a los detenidos. Allí llevaron a Juanito.

—¿Tu nombre?

—Juan Bassay Alvear.  
Un Oficial hacía las preguntas mientras un Sargento aporreaba sin ningún entusiasmo una antigua máquina de escribir.

—¿En qué Partido militas?  
—Soy del Partido Socialista.  
—¿De cuál lado eres?  
—Del Partido Socialista —repitió, pensando que no le habían entendido.  
—¿Del lado de Aniceto o de Altamirano? —insistió el Oficial.  
—El Partido no tiene lados —mintió Juanito.  
—¿Qué cargo ocupas?  
—Soy Encargado de la Juventud Socialista de la Seccional Riachuelo.

—¿En qué año entraste al Partido?  
—No me acuerdo, hace muchos años.  
—¿Tienen Brigada de Choque?  
—No.  
El Oficial insistió:  
—¿Pertenece a la Brigada de Choque?  
—No. No tenemos Brigada de Choque.  
Mirando por encima del hombro del Sargento, el Oficial leyó lo que ya habían escrito en la ficha de Juanito. Finalmente, dictó:  
—¡Extremista!  
El Sargento de la máquina de escribir miró al joven con odiosidad y golpeando las teclas con fuerza escribió aquella palabra.  
A continuación le entintaron los dedos de las manos e imprimieron sus huellas dactilares en una cartulina. En la oficina del lado le hicieron una foto de frente y dos de perfil, una a cada lado de la cara.  
Fichas similares les hicieron a todos los jóvenes de Riachuelo.  
A las seis de la tarde en punto, los militares dejaron de trabajar. Cerraron con doble llave las puertas de las oficinas y sacaron al patio a todos los detenidos. “Se nota que no les están pagando sobretiempos”, pensó Juanito.  
Los riachuelinos fueron enviados a la Penitenciaría en calidad de estrictamente incomunicados. En la Guardia de la Cárcel les tomaron una vez más sus datos personales y les allanaron cuidadosamente. A esa altura, a Juanito se le había desaparecido el reloj pulsera y el dinero que llevaba al ser detenido.

La Cárcel estaba abarrotada de presos y no había ningún sitio apropiado donde dejarlos incomunicados. Por tal motivo, los Gendarmes tuvieron que hacer uso de su ingenio: Renato fue llevado al Teatro de la Prisión; Elías fue encerrado en la sala de clases; Arnaldo fue introducido en

una celda donde había un preso con sus facultades mentales perturbadas, y Juanito quedó en la Sala de Guardia.

A las seis de la mañana trasladaron a Juanito al excusado de la sección de incomunicados, un estrecho cuartucho de menos de un metro cuadrado de superficie, donde apenas cabía el inodoro sin tapa. El atascado WC se había rebalsado y el piso estaba cubierto de vómitos y excrementos. Ahogándose con la insoportable fetidez del recinto, Juanito tuvo que subirse a la taza y permanecer sobre ella de pie.

El preso demente despertó a las siete de la mañana y al ver a Arnaldo se puso frenético. Comenzó a gritar pidiendo que fueran a sacar a su acompañante. Como no le hicieron caso, le prendió fuego a su pallasa. La paja del colchón ardió rápidamente y todo el pasillo se llenó de humo. El incendio obligó al personal de la Cárcel a sacar a los dos presos de aquella celda.

Mientras apagaban el fuego los Gendarmes llevaron a Arnaldo al excusado que estaba frente a la celda de los presos políticos. Por su intermedio, éstos se enteraron de quiénes eran los nuevos detenidos que habían llegado incomunicados.

## Capítulo 19

### El Servicio de Inteligencia Militar

(Miércoles 19 de septiembre)

A media mañana del «Día de las Glorias del Ejército» llevaron a los jóvenes de Riachuelo al Servicio de Inteligencia Militar. El Capitán Wenderoth, Jefe del «SIM», era secundado con gran entusiasmo y sin ningún tipo de escrúpulos por los Oficiales del Ejército, algunos Detectives de la Policía Civil de Investigaciones y todos los terratenientes de la provincia que habían reconocido filas en las Fuerzas Armadas para “salvar a la Patria y restaurar el orden”.

El «médico» Horacio Tarico y el «dentista» Carlos Mena, dirigían las torturas «desde el punto de vista científico». Mientras el Capellán militar cumplía su misión reconfortando espiritualmente a los abnegados «Salvadores de la Patria», “porque lejos de Dios no había justicia, ni libertad, ni esperanza.”

Los Gendarmes dejaron a Juanito y sus compañeros en la sala de espera, parados en la misma forma que el día anterior, dado que seguían incomunicados. Al cabo de una hora, el Detective Villalobos, un sujeto de

mediana edad, rubio y semi calvo, que no dejaba de sonreír, se llevó a Arnaldo.

—Por aquí, por favor —le dijo cortésmente.

Cuarenta y cinco minutos después los soldados trajeron de regreso al muchacho, que llegó con el rostro congestionado y caminando con dificultad. Sólo alcanzó a mirar a sus compañeros antes de ser empujado con violencia contra la pared, donde quedó de pie dándoles la espalda.

El sonriente Villalobos regresó a la sala y se llevó a Elías, con toda amabilidad. Cincuenta minutos más tarde lo trajeron de regreso. Llegó congestionado, lloroso y caminando encogido. Cuando vio que sus compañeros le estaban mirando, les indicó con un gesto el enchufe de la luz que había en la pared al lado de la puerta y se llevó una mano a los genitales. Todos entendieron que le habían aplicado electricidad en los testículos.

—¡Sí, Huevón! —gritó un soldado que vio aquellas señas—.  
¡Díles que te pusieron la corriente! ¡Díles cómo es la cosa, Huevón!

El tercero que acompañó al sonriente cicerone del «SIM» fue Renato, quien también regresó visiblemente conmocionado. Estaba claro que había sido torturado en la misma forma que sus compañeros. Entonces le llegó el turno a Juanito. El sonriente Detective lo condujo hasta el fondo del corredor y luego al sótano. Durante el camino le fue haciendo amables observaciones, estudiando con sadismo a su víctima. En el pasillo del sótano del Hospital, que estaba a oscuras, el Detective, le dijo:

—Por favor, ¿me da sus anteojos?

Juanito se los entregó.

—¡Gracias! —le dijo Villalobos, y agregó—: Tenga la amabilidad de sacarse la parca.

Luego de recibir la prenda, le dijo:

—Por aquí, por favor.

Y tomándolo de un brazo, lo condujo hasta el fondo del oscuro pasillo. Allí le vendó los ojos, diciéndole:

—Bien, hombre. Aquí otra persona se va a hacer cargo de usted.

Pero fue él mismo quien lo tomó del pelo y con repentina violencia lo hizo correr por el pasillo, de un lado para otro, hasta desorientarlo completamente. Luego, tomando impulso, lo metió en una sala que hasta entonces había permanecido con la puerta cerrada. Juanito terminó su carrera cayendo atravesado sobre un catre metálico en el que tropezó. Varios pares de brazos lo pusieron diestramente de espaldas sobre una superficie de huinchas de acero. Estirándole sin miramientos las extremidades, se las amarraron a las cuatro patas del camastro. Luego le abrieron la camisa y le bajaron los pantalones. Sobre el vientre le colocaron un paño mojado y otro semejante sobre los genitales. Debajo de la venda que tenía en la cara le introdujeron unos alambres con pequeños discos de metal semejantes a monedas en sus

extremos, ajustándoselos sobre los ojos. Concluídos aquellos preparativos, le preguntaron:

—¿Cómo te llamas?

—Me llamo...

Interrumpiendo su respuesta, una descarga eléctrica lo hizo retorcerse violentamente sobre el camastro. Las amarras se le incrustaron dolorosamente en los tobillos y las muñecas. La intensidad de la corriente no fue tan potente como la que había recibido en la espalda en el Retén de Carabineros de Riachuelo, pero sus efectos fueron más dolorosos. Juanito, que había soportado las torturas tratando de no quejarse, en aquella ocasión se escuchó a sí mismo dando un horrible alarido.

—Sí —escuchó decir a un torturador—, sabemos que te llamas Juan Bassay. Ahora nos vas a decir dónde dejaste las armas que te entregó el Partido.

—El Partido...

Otra descarga le impidió terminar su respuesta.

—¿Dónde tienes los explosivos?

—No tengo...

Un nuevo golpe de electricidad cortó la respuesta.

Con las involuntarias contorsiones del cuerpo, las amarras se habían apretado y le estaban impidiendo la circulación de la sangre. El dolor se volvió insoportable. Sin hacerle más preguntas le estuvieron dando descargas eléctricas hasta que el joven comenzó a escuchar cada vez más alejado todo lo que sucedía a su alrededor.

—¿Te pegaron mucho los milicos? —le preguntó el Cabo Colipán.

Juanito escuchó aquella voz como en un sueño.

—Sí, más o menos.

Otra descarga eléctrica lo hundió un poco más en la oscuridad.

—¿Cuál es tu grado?

Juanito no escuchó claramente toda la pregunta, porque en aquel instante se desmayó.

Comenzó a recuperar el conocimiento cuando el «doctor» Tarico lo estaba examinando.

—Mi Capitán —dijo el «médico».

—¡Sssch! —lo hicieron callar—. ¡Nada de grados aquí, doctor!

—Hay que dejarlo para otra ocasión —dictaminó el «médico».

Lo desataron, le arreglaron un poco la camisa y le subieron los pantalones. Como Juanito no coordinaba sus movimientos y apenas se podía mover, ellos mismos le amarraron los zapatos, le pasaron un paño húmedo por la cara y lo sacaron en andas a la oscuridad del pasillo. Allí le ayudaron a ponerse la parca, le sacaron la venda de los ojos y le colocaron los lentes.

Juanito seguía sin poder coordinar sus movimientos, tenía la sensación de estar flotando en el aire y se le doblaban las piernas. Los soldados que lo llevaron en vilo por el pasillo, le iban gritando:

—¡Sin mirar pa'trás!

—¡Sin mirar pa'trás!

—¡Si mirái pa'trás, te vái cortao!

Lo que menos quería Juanito era mirar para atrás.

Al final del tenebroso pasillo, dos Gendarmes se hicieron cargo de él. Entre ambos le ayudaron a subir las escaleras, porque las piernas aún no le obedecían. Llevado casi en andas pasó delante de la sala de espera, que estaba llena de detenidos con los brazos en alto mirando hacia las paredes. Detrás de Juanito, los Gendarmes sacaron al patio a los demás jóvenes de Riachuelo y a todos los subieron a un furgón del Servicio de Prisiones.

En la Cárcel Juanito fue incomunicado en la celda número ocho, que tenía un camarote de hierro de dos pisos, como único mobiliario. Para que se abrigara durante la noche le entregaron una delgada y andrajosa frazada de algodón.

Con el fin de deslindar responsabilidades, debido al estado de salud en que se encontraba el detenido, durante la noche el Oficial de Guardia fue en varias ocasiones a preguntarle cómo se encontraba. Cuando Juanito no le respondía, entraba a examinarlo. El personal de la Prisión estaba preocupado por la vida del preso, a quien la tortura le había agotado su resistencia física.

Aquella noche Juanito no pudo conciliar el sueño. La raída frazada no fue suficiente para protegerle del frío reinante en la celda y sufrió dolorosos calambres en las piernas. De vez en cuando todo su cuerpo se retorció como si estuviera recibiendo descargas eléctricas. El amanecer lo sorprendió empalado de frío.

Creyó estar soñando cuando a las siete de la mañana un Gendarme entró a la celda con un jarro lleno de café, que saturó el ambiente del calabozo con su aroma, y un miserable pedazo de pan. Durante toda la mañana padeció dolor de cabeza y sufrió estremecimientos espasmódicos. Al mediodía le llevaron un plato de caldo con una resblandecida y solitaria papa y algunos extraviados granos de arroz. Dominando a duras penas las náuseas, se tragó el arroz mezclado con papa molida y algo de caldo.

A las tres de la tarde del 20 de septiembre sacaron a Juanito de su celda para llevarlo al «SIM». En la Guardia de la Cárcel lo encadenaron junto a Mario Sandoval, Regidor comunista de la Municipalidad de Río Negro. Durante el viaje en el furgón de Prisiones, Juanito le preguntó:

—¿A tí de qué te acusan, Mario?

—La firma «Calvo y Compañía» tenía unos sacos de pólvora en la bodega de Vialidad de Río Negro que yo, en mi calidad de Encargado de

Vialidad, tenía bajo mi responsabilidad. Alguien denunció a los Carabineros que yo tenía esa pólvora escondida y por eso éstos me detuvieron en mi domicilio. Esa es la acusación. Me han dicho que no me van a dar más de sesenta días de cárcel. ¿Y a tí, de qué te acusan?

—La verdad es que a mí, hasta ahora no me acusan de nada. Me han estado preguntando puras tonterías, que no caben ni en la cabeza de un niño. Bueno, si a tí te van a tirar dos meses de cárcel, a mí me tendrían que dejar libre.

—¡Claro, hombre! ¡No te pueden condenar si no tienen pruebas concretas!

En el Hospital nuevo los llevaron a la sala de espera donde, después de soltar las cadenas que les unían, los dejaron de pie frente a paredes opuestas. Media hora más tarde llevaron a Sandoval a la oficina del «SIM».

Allí el Regidor estuvo cerca de una hora. Cuando los soldados regresaron con Sandoval, Juanito pensó que le había llegado su turno, pero los Gendarmes les encadenaron juntos y los sacaron al patio bajo la lluvia. En el furgón los llevaron de regreso a la Penitenciaría.

A pesar del frío y los calambres, por primera vez desde su detención Juanito durmió durante toda la noche. A la mañana siguiente despertó descansado y estuvo pensando con detenimiento en los interrogatorios, en su brutalidad y en la tozudez de los militares. Todo un cúmulo de cosas que no podía comprender. Una vez más pensó que había sido un grave error entregarse en manos de aquellas personas tan irracionales, carentes de toda humanidad.

Después del mediodía nuevamente lo sacaron de su celda para llevarlo al «SIM». En la Guardia de la Cárcel le amarraron las manos a la espalda con una cadena. En la sala de espera del «SIM» había gran número de detenidos recién capturados. La mayoría era gente desconocida para Juanito. El Capitán Wenderoth lo paró frente al único muchacho del grupo que él conocía y le preguntó:

—¿Quién es éste?

—No sé. No lo conozco.

—Es de Purranque. ¡Tienes que conocerlo!

—No lo conozco.

—Mira: ¡Tienes que decirme quién es!

—¡Pero si no lo conozco!

Indignado, el Oficial empujó a Juanito fuera de la sala y en el pasillo se lo entregó a los Gendarmes, quienes lo llevaron de regreso a la Penitenciaría, donde estuvo dos días estrictamente incomunicado.

A media mañana del tercer día lo encadenaron y lo llevaron al «SIM». En el Hospital nuevo los soldados lo llevaron a la sala de espera y en ella lo dejaron de pie frente a una pared. Allí lo fue a buscar el siempre

sonriente y amable Villalobos, quien lo condujo escaleras abajo. En el pasillo del sótano, siempre a oscuras, el Detective, le dijo: “Por favor, ¿me dá sus anteojos? Y luego de repetir casi exactamente todo el procedimiento de la vez anterior, lo metió a la carrera en la pieza donde Juanito cayó sobre el fatídico catre metálico.

Mostrando una refinada pericia, los torturadores lo pusieron de espaldas sobre las huinchas de acero con las extremidades abiertas, tal como el dibujo de Leonardo Da Vinci, y lo amarraron a las patas del catre. Con presteza le bajaron los pantalones dejando al aire sus genitales y le abrieron la camisa. A continuación le colocaron paños mojados en diversas partes del cuerpo y alambres con monedas en sus extremos, sobre los ojos.

Interrumpiendo todas sus respuestas con descargas eléctricas, le preguntaron: “¿Cómo te llamas? ¿Dónde tienes las armas? ¿Dónde están los explosivos?” Al final, Juanito sólo escuchaba sus propios gritos. De aquella forma le estuvieron torturando, hasta que llegó una innovación:

—¿Dónde está Fernando?

Fernando era un dirigente del Partido Socialista y Juanito sabía su paradero.

—No lo veo desde la campaña electoral de marzo.

—¿Y dónde está Zapata?

Zapata era un dirigente comunista que había sido elegido Diputado por la lista de la Unidad Popular.

—A Zapata no lo he visto, nunca he conversado con él.

—¡Mira: nosotros sabemos que tú los fuiste a dejar a la cordillera!

—¡Eso es falso!

—¡Sabemos que pasaste por Rupanco en tu camión y que llevabas a estas dos personas!

—Ni a Zapata ni a Fernando los he visto desde hace mucho tiempo.

Continuaron los correntazos y golpes con objetos contundentes, mientras Tarico les indicaba los lugares en que debían golpear para causar el mayor dolor dejando el menor daño visible. Del entusiasmo de los torturadores se podía deducir que aún no habían sido excomulgados. Cuando Juanito había comenzando a creer que no iba a resistir más, perdió la conciencia.

—Mi Capitán: hay que suspender la sesión —dijo el «médico».

## Capítulo 20

### La Celda Número Ocho

Pasada la medianoche, Juanito recobró el conocimiento. Se encontraba en la Penitenciaría de Osorno, en la celda número ocho.

A partir de entonces, los interrogatorios en el «SIM» fueron diarios. Las preguntas nunca variaron, al igual que el tipo e intensidad de las torturas. El «doctor» Tarico estuvo siempre ahí, para detener el castigo justo en el límite. Juanito perdió la cuenta de los días transcurridos. Cierta mañana despertó deprimido. Con la idea de que ya no iba a resistir más, pensó en quitarse la vida.

La plana mayor del Partido Socialista osornino, con la sólo excepción de Fernando y de aquellos que ya habían sido asesinados, se encontraba detenida. Darío, uno de esos dirigentes, logró comunicarse con Juanito por intermedio de los presos de la celda vecina.

Detrás de las celdas, ubicadas en el segundo piso de la Cárcel, corría un balcón que daba a un patio interior. A ese balcón, que se encontraba clausurado, miraban las ventanas de los calabozos. La ventana de la celda número ocho tenía barrotes de hierro, pero en la ventana de la celda de Darío había un postigo de madera que los presos sacaban y ponían a voluntad. Por aquella ventana Darío salió al balcón, que tenía una balastrada de un metro y medio de altura, y fue a ver a Juanito.

Los camaradas se saludaron con emoción y Juanito lo puso al tanto de las preguntas que le estaban haciendo en el «SIM», lo que le sirvió a Darío para hacerse una idea de las cosas que querían averiguar los militares, dado que a él aún no lo habían interrogado. En un momento de la conversación, Juanito le dijo:

—Estoy totalmente molido y creo que ya no voy a resistir más las torturas. Temo que la próxima vez pueda delatar a alguien. ¡Antes de eso, prefiero matarme!

—¿Qué estás diciendo, Juanito?

Mostrándole a Darío unas viejas hojas de afeitar que había en el alfeizar de la ventana, Juanito afirmó:

—Aquí tengo los medios.

Prestamente Darío tomó las hojas y las lanzó lejos.

—No importa —le dijo Juanito— Tengo una piola y aquí hay donde colgarse.

Efectivamente, el camarote de hierro había sido reparado con un cordel y en la celda sobraban los puntos desde los cuales un suicida se podía colgar.

—Tú has soportado todo tipo de torturas, Juanito, y más que éstas ya no te van a hacer. Además, todo el mundo sabe lo que te están haciendo. Lo comentan los Gendarmes y hasta los propios milicos.

—Pero yo no saco nada aunque todo el mundo lo sepa, si en una sesión de tortura puedo delatar a alguien. ¡Y antes de delatar, prefiero matarme!

—¡Tú no vas a delatar a nadie! ¡Aunque te maten, nada te podrán sacar! ¡De eso estamos seguros todos los que te conocemos! ¡Además, un revolucionario no se elimina a sí mismo!

Juanito había comenzado a sentir que la confianza que Darío le estaba demostrando, le reconfortaba. Entonces Darío desapareció. Unos momentos después regresó con un paquete y una frazada.

—Toma, Juanito. Es un poco de comida.

Juanito recibió el paquete en silencio. Luego Darío introdujo la frazada entre los barrotes, diciéndole:

—Aquí tienes más abrigo.

—Pero ésta es tu frazada...

—Tú eres el camarada que más la necesita.

—Pero la voy a ensuciar...

—Tu vida es más importante que una frazada —le dijo Darío y volvió a desaparecer.

Juanito se quedó de pie frente al hueco vacío de la ventana, con aquellas cosas en sus manos. Después se tendió en el camastro y se abrigó con las frazadas. La que le había traído Darío estaba nueva y era de lana fina. Intentó comer un pedazo de pan, pero las migas se le atragantaron. Las palabras y el gesto de su camarada lo habían emocionado. Aquella mañana, silenciosamente, lloró como nunca lo había hecho. Acabado el llanto, se encontró reconfortado y con nuevos ánimos para seguir luchando.

Después de la conversación con Darío, Juanito comenzó a prepararse para responder las preguntas en los interrogatorios. Todos los días ensayaba. Él mismo se hacía las preguntas en voz alta y luego, marchando rítmicamente en el espacio de cincuenta centímetros por dos metros que dejaba libre el camastro en la celda, las contestaba: ¿Cómo te llamas? Dos pasos hacia la ventana. Juan Bassay. Media vuelta. ¿Dónde dejaste las armas del Partido? Dos pasos hacia la puerta. No. Armas no hay. Media vuelta. ¿Dónde tienes los explosivos? Dos pasos hacia la ventana. Explosivos no hay. Media vuelta. ¿Dónde está Fernando? Dos pasos hacia la puerta. No lo veo desde la campaña. Llegó un momento en que su cerebro estuvo completamente automatizado.

Los viajes diarios al Hospital nuevo se reanudaron, al igual que los interrogatorios y las infaltables torturas. Las respuestas de Juanito siempre

fueron las mismas. Cierta día, al volver en sí de un desmayo, escuchó al Capitán Wenderoth decir con desesperación:

—Mira: ¡A éstos los preparan tan bien que aunque tú les saques la mierda, no te van a decir nada más de lo que te dijeron la primera vez! ¡Están tan bien preparados que prefieren que los maten, antes de decir lo que saben! ¡Hay que buscar otros métodos para sacarles declaraciones!

—¡Hay que hacerlo como lo hacía Batista en Cuba!

—¿Cómo?

—¡Hay que sacarles un ojo, cortarles una oreja, o caparlos!

—No. Así menos les sacas declaraciones. ¡Está muy bien preparada esta gente! ¡Todas las veces repiten las mismas cosas! ¡Parece que tuvieran una grabadora en la cabeza!

Los Oficiales hablaban enfurecidos, aunque su tono era de desesperación, de derrota. Las torturas que Juanito recibió a continuación, sin mediar pregunta alguna, cesaron después que el joven perdió la conciencia. Varias horas después, cuando volvió en sí, se encontraba en la celda número ocho.

—Está volviendo —dijo un Gendarme.

—¡Bueno el hombre aguantador!

—No hay que darle agua. ¡El doctor nos advirtió que si le dábamos agua, se nos podía morir!

Juanito suspiró aliviado porque supo que en aquella desigual batalla, había vencido.

## Capítulo 21

### El Estadio Español

Una mañana los Gendarmes sacaron a Juanito de la celda y junto con otros detenidos lo llevaron a la Guardia del Penal. A todos ellos les devolvieron sus documentos y los objetos de valor que les habían retenido a su ingreso a la Penitenciaría. Juanito buscó entre los presentes a sus compañeros de Riachuelo y, al no encontrarlos, preguntó por ellos. Un Gendarme le dijo que ya se habían ido. Juanito se alegró, pensando que los habían dejado en libertad.

Formados de dos en dos sacaron a los detenidos a la calle. Frente a la Cárcel había dos camiones tolva del Ejército esperando a los «prisioneros de guerra» para llevarlos a otro sitio. Los militares habían montado un gran

operativo para proteger aquel traslado. En la calle había varios Oficiales y muchos soldados fuertemente armados; dos camiones, y dos camionetas con ametralladoras sobre el techo de la cabina. Los «prisioneros de guerra» treparon de prisa a las plataformas de los camiones tolva, alentados por los insultos, las patadas y los culatazos que les propinaban los soldados.

Una vez arriba, surgieron los comentarios:

—¿Para dónde nos llevan?

—Mira, huachito, no sé.

—Dicen que vamos a Pisagua.

—No. Nos llevan a Trumao.

—No. Vamos al sur, a una isla.

—Nos llevan a Puerto Montt, a hacer caminos.

—¡A callar todos, mierdas! —ordenó un Oficial, quien a continuación agregó—: ¡Soldados! ¡Todos los fusiles con bala pasada!

Se escucharon los cerrojos pasando bala.

—¡Al primer movimiento sospechoso, bala de inmediato con ellos!

A la cabeza de la columna partió un camión militar repleto de soldados. Le seguían un camión tolva con «prisioneros de guerra», una camioneta artillada, un segundo camión tolva con prisioneros, un camión con soldados, una camioneta y el jeep de los Oficiales. En la calle Arturo Prat la columna dobló hacia el norte, contra el tránsito. Antes de llegar al río Damas los vehículos giraron a la derecha y se detuvieron frente al Estadio Español.

Retrocediendo, los camiones tolva con «prisioneros de guerra» traspusieron la reja del frontis del Estadio. Los vehículos con ametralladoras tomaron posiciones en ambos extremos de la calle y los soldados rodearon los camiones con prisioneros. En tanto el cerco de seguridad estuvo montado, un Oficial dio una orden y los camiones volcaron su tolva, dejando caer al pavimento su preciosa carga. En el suelo se formaron dos informes montones que a culatazos fueron transformados en personas a las que hicieron entrar a la carrera al recinto deportivo.

El Estadio Español era un edificio techado que contenía una cancha de básquetbol, camarines para los deportistas y graderías y servicios higiénicos para el público. Debido al lluvioso clima de Osorno, aquel local también era utilizado para realizar reuniones políticas. Prácticamente todos los «prisioneros de guerra» habían estado allí en alguna ocasión.

Dentro del recinto, vigilados por los soldados, los detenidos permanecieron de pie en el centro de la cancha hasta que en una de las graderías apareció un Teniente con cara de idiota. Con voz chillona, tratando de imitar el tono militar, dijo:

—“*¡Señores: la cosa ha dado un giro en trescientos sesenta grados (SIC) y ahora ustedes son «prisioneros de guerra»! Desde este*

*momento quedan bajo la custodia de las Fuerzas Armadas. Cualquiera de ustedes que intente escapar, será fusilado de inmediato. El que desobedezca las órdenes, correrá la misma suerte. No podrán conversar en grupos. No podrán ir al excusado más de cinco personas a la vez. No podrán permanecer de pie después de las ocho y media de la noche. No podrán cantar, ni leer, ni escuchar la radio, porque no está permitido. Si alguien se enferma durante la noche, el que esté más cerca se pondrá de pie y hará una seña al guardia que esté a cargo, quien autorizará lo que corresponda hacer. No podrán subir a las graderías, porque se considerará intento de fuga. Por lo tanto, ahora deberán acomodarse de la mejor manera posible. ¡Pueden retirarse y empezar a acomodarse!»*

—¿Quién es ese Teniente colipato? —preguntó en voz baja uno de los detenidos.

—Es el guatón Vera, un estudiante universitario de «Patria y Libertad», que se puso uniforme militar —le informaron.

Mientras casi todos los prisioneros andaban por la cancha de básquetbol como sonámbulos, Juanito extendió su frazada en un rincón y sentándose sobre ella se posesionó del lugar.

Una hora después llegaron otras dos camionadas de prisioneros, entre los cuales arribaron los restantes jóvenes de Riachuelo. Después de saludarse con abrazos, todos se sentaron en la frazada a relatarse las peripecias vividas mientras estuvieron separados. Después se repartieron entre ellos la escasa comida que tenían.

—Muchachos! —les dijo Juanito—. Lo principal es que estamos todos vivos. ¡Ahora tenemos que mantener el ánimo en alto!

A partir de aquel día, los militares comenzaron a concentrar en el Estadio Español de Osorno, en calidad de «prisioneros de guerra», a todos los partidarios de la Unidad Popular que capturaron en la Provincia. En aquellas redadas también detuvieron a muchos dirigentes sindicales del Partido Demócrata Cristiano.

Sin ninguna excepción, todos los prisioneros fueron sometidos a interrogatorios acompañados de torturas y malos tratos. En aquellas duras y difíciles circunstancias, los trabajadores osorninos aprendieron en carne propia lo ficticio de las barreras ideológicas levantadas entre ellos.

Un día apareció en el Estadio Español el «doctor» Tarico. Fue a atender a las víctimas de las sesiones de tortura en las que él mismo participaba. Quería dar la impresión de estar al margen del siniestro sistema implantado por la Fiscalía Militar de Osorno.

Algunos recién llegados, que aún no habían sido interrogados, le pidieron al «doctor» que examinara a Juanito quien, por ser de Riachuelo, jamás había visto a ese médico.

Haciéndose el inocente, Tarico le preguntó:

—¿Qué te pasó?

—Me detuvieron y fui golpeado.

—¿Qué clase de castigo?

—Me han pegado con las culatas de los fusiles en el pecho y en la espalda; me han pateado todo el cuerpo; me colgaron del cuello y de los brazos; me quemaron la boca y las manos, y en el Hospital nuevo me han estado poniendo electricidad y golpeando todos los días.

—Abre la boca.

Juanito obedeció y el «médico» le examinó. Con un estetoscopio le auscultó el pecho y la espalda y le inyectó un calmante. Terminó extendiéndole una receta para que alguien le comprara medicinas.

En forma muy superficial, durante cerca de una hora Tarico estuvo examinando a las demás víctimas de sus torturas y escribiendo recetas.

Después de aquella visita, a todos los prisioneros que ya habían sido torturados en la Fiscalía no les quedó ninguna duda de que él era el misterioso «doctor» que en las mazmorras del Hospital nuevo daba instrucciones a los torturadores.

Al día siguiente, los militares autorizaron a los familiares para que visitaran a los detenidos. El hecho produjo gran conmoción entre los prisioneros, quienes pronto pudieron comprobar que aquella decisión castrense obedecía más a una razón económica que a una consideración de tipo humanitario.

El primer día de visitas, desde muy temprano, todos los «prisioneros de guerra» hicieron cola frente a los excusados para lavarse y recibir a sus parientes con el mejor aspecto posible. Ninguno tenía la certeza de que iba a recibir visitas, pero nadie deshechó de antemano aquella esperanza.

A las diez de la mañana comenzaron a llamar a los prisioneros en pequeños grupos. Los nombrados eran conducidos hasta un mostrador ubicado frente a una de las puertas interiores del Estadio. Al otro lado del mueble esperaban anhelantes los visitantes, que tuvieron tres escasos minutos para conversar en voz alta con sus deudos, en presencia de todos.

A Juanito lo visitaron su madre y una hermana, las que se tuvieron que conformar con verle y tocarle las manos. El joven les aseguró que se encontraba bien, pese a su deplorable aspecto. Aquella breve entrevista sólo le alcanzó para enviarle saludos a su padre.

A partir de ese día, las familias de los «prisioneros de guerra» se hicieron cargo de su alimentación. De tal forma que el principal propósito de los militares al autorizar aquellas visitas, fue alcanzado con pleno éxito.

Como también se autorizó la entrada de objetos de uso personal, el Estadio Español se llenó de todo tipo de cachivaches: tazas, platos, cucharas, toallas, sábanas, frazadas, colchones, catres, sillas y cajones vacíos.

Un Regidor Socialista dormía en un catre con perillas de bronce, colchón de lana, sábanas limpias y plumón de pluma de ganso. Al lado de la cama tenía un velador con un inútil reloj despertador y una pequeña alfombra de piel de oveja, sobre la que dejaba sus zapatillas de casa. Por las mañanas hacía cola ante los sucios excusados del Estadio enfundado en su bata de seda, con una toalla al hombro, una jabonera en una mano y el cepillo de dientes en la otra. Toda una lección diaria de dignidad para sus captores.

Cada día, algunos detenidos eran liberados, pero el flujo de llegada de nuevos «prisioneros de guerra» jamás se interrumpía. En uno de aquellos grupos llegó Rosario, el campesino demócrata cristiano que había estado detenido junto con los jóvenes socialistas en el Retén de Riachuelo. Rosario le informó a Juanito que en el Cuartel de Investigaciones estaba detenido su padre.

Aquella misma tarde, don Luis Bassay llegó al Estadio Español. El anciano entró al recinto en medio de un grupo de jóvenes detenidos, animoso y con la frente en alto. Todos los prisioneros que lo conocían fueron a saludarlo. En torno del viejo luchador se formó una pequeña aglomeración de compañeros, entre los cuales Juanito tuvo que abrirse paso para llegar a su lado. Cuando don Luis lo descubrió frente a él, lo abrazó emocionado.

—¡He venido a hacerte compañía, hijo! ¡Ánimo!

Juanito, que no abrazaba muy a menudo a su padre, le estrechó aún más fuertemente.

El viejo dirigente se transformó en el regalón de los detenidos, que veían en él a un hombre consecuente. Alguien le facilitó su catre de campaña, otro le proporcionó una frazada, un tercero le entregó su manta. Todos querían testimoniarle su afecto y hacerle lo más llevadero posible su injusto encierro. En pocos minutos don Luis estuvo acomodado en la mejor forma que lo permitieron aquellas duras circunstancias.

El día siete de octubre por la mañana llevaron a la Fiscalía Militar a Mario Sandoval el Regidor de Río Negro. Una hora después, el joven regresó radiante de felicidad.

—El Fiscal me va a dejar libre —dijo.

Por la tarde lo llevaron nuevamente a la Fiscalía a firmar los papeles que le concedían la libertad. Pero en aquella ocasión Sandoval regresó muy nervioso.

—¿Qué sucede? —le preguntó Juanito—. ¿Ya no te vas en libertad?

—Sí. El Fiscal me ha dejado libre.

—Y entonces, ¿por qué estás tan nervioso?

—Afuera están los Carabineros de Río Negro y cuando pasé junto a ellos, me dijeron: “¡Te estamos esperando para darte el bajo!”

—A lo mejor lo dijeron para asustarte.

—No creo que el Capitán Schernberger, el Teniente Godoy y los Carabineros Pedro Soto y Raúl Alarcón, sean bromistas.

—Entonces, será mejor que no salgas.

—Tienes razón, voy a conversar con los milicos.

Pero los militares no hicieron caso de los temores de Sandoval y le obligaron a salir del Estadio Español. Afuera los Carabineros lo apresaron delante de todo el mundo y a viva fuerza lo subieron a una camioneta. A partir de entonces, Mario Sandoval desapareció para siempre.

Cierto día, un Gendarme tenía encendida su radio a pilas y todos estaban escuchando. El Gobierno militar había ordenado a las radioemisoras del país formar una «Red Nacional» para transmitir el discurso del Ministro de Relaciones Exteriores chileno ante la Asamblea General de las Naciones Unidas.

En tanto le cedieron la palabra al Contraalmirante Ismael Huerta, el enviado especial de la Junta Militar, la Asamblea General se llenó de silbidos de rechazo, entre los que destacaban los gritos: “¡Asesinos! ¡Asesinos!” El incidente se prolongó durante largos minutos y muchos Embajadores de países democráticos hicieron abandono de la sala en señal de repudio.

Como el Gendarme no apagó la radio, los detenidos del Estadio Español pudieron escuchar completo todo el incidente. Al rechazo de la Asamblea se sumaron los abucheos de los «prisioneros de guerra» del Estadio Español de Osorno. Ese mismo día el Gendarme fue dado de baja de su Institución y a la mañana siguiente llegó al Estadio Español en calidad de detenido.

Ante aquella circunstancia, los dirigentes detenidos le expresaron al ex Gendarme su solidaridad.

## **Capítulo 22**

### **El Obispo Valdés Subercaseaux**

Una tarde, rodeado de una fuerte escolta militar entró al Estadio Español Francisco Valdés Subercaseaux, el Obispo de Osorno. Adelantándose a los

soldados que le acompañaban, pidió a los detenidos que se congregaran frente a él, en un extremo de la cancha de básquetbol.

Luego de persignarse haciendo la señal de la cruz, con voz autoritaria y tono de reconvención se dirigió a los «prisioneros de guerra»:

—***“Nuestro Señor Jesucristo amó al mundo y murió por nosotros. Su sacrificio no fue en vano. Él predicó el amor entre los hombres. Él nunca enseñó a matar. ¡Ustedes, los marxistas, que están aquí adentro de este Estadio y los muchos que aún están afuera, son malos! ¡Profesan una ideología perversa! ¡Ustedes pensaban asesinar a los militares y esclavizar al pueblo de Chile! ¡Los militares, simplemente, les han ganado la mano! Ustedes están ahora derrotados, y deben resignarse. ¡Ustedes deben arrepentirse!”***

Aquella inesperada y dura admonición tomó a los detenidos de sorpresa, aunque algunos dieron muestras de malestar ante el tono y las palabras del sacerdote.

Sin ser interrumpido, el Obispo prosiguió:

—***“Ustedes deben tener en cuenta que los militares se han portado bien en todos los casos. No han asesinado a nadie, como ustedes pretendían hacerlo, porque ellos respetan a las personas. Actúan piadosamente, a nadie maltratan. Están procediendo correctamente, no aplican castigos crueles. Actúan con humanidad, a nadie torturan. ¡Los militares actúan guiados por ideales superiores! ¡Ellos han cumplido con su deber, de Patriotas y Cristianos, de salvar a la Patria! ¡Ellos han salvado a los chilenos de la tiranía marxista! ¡Ustedes deben creer y confiar en las Nuevas Autoridades! ¡Deben esperar tranquilos lo que ellas decidan, que ellas harán Justicia! ¡Amén!”***

Durante la admonición del Obispo algunos de los «prisioneros de guerra» se habían alejado en silencio, pero la mayoría permaneció de pie frente a él, sin saber qué hacer.

Mientras el sacerdote hablaba, Darío fue a buscar a Juanito, que estaba alejado del grupo y, casi en vilo, lo llevó delante del cura.

Al verlos adelantarse, separándose del grupo, el Obispo retrocedió hasta chocar con los soldados parados a sus espaldas.

Darío puso a Juanito delante del Obispo y tomando las llagadas manos de su compañero las acercó al rostro del prelado al tiempo que, sin poder controlar su indignación, le gritaba:

—¿Y ésto qué es, señor Obispo? ¡Mírele las manos! ¡Mírele la boca quemada y reventada!

El Obispo se demudó. Pálido y temblando miraba las llagas de Juanito. El sacerdote estaba impresionado pero, aunque veía, no podía creer lo

que estaba viendo porque aquello echaba por tierra todo lo que él pensaba acerca del Golpe Militar y de las Fuerzas Armadas.

Viendo que el sacerdote no reaccionaba, Darío hizo saltar de un tirón todos los botones de la camisa de Juanito, dejando a la vista los moretones que el joven tenía en el pecho.

—Y ésto, ¿qué es, señor Obispo? ¿Es tortura o qué es?

Hizo dar media vuelta a Juanito y levantándole la camisa le mostró al Obispo los hematomas que el joven tenía en la espalda.

—Y ésto, señor Obispo: ¿Qué es? ¡No dice usted que los militares no torturan a nadie, que son buenos cristianos! ¡Entonces, ésto quiere decir que Jesucristo murió por las puras!

—¡No me hable así! —protestó el Obispo.

—¡Éste es el peor, pero no es el único caso! ¡Todos los que estamos aquí estamos siendo torturados!

Por fin sacó la voz el Obispo, para decir:

—¡Estas cosas no las saben en la Fiscalía Militar! ¡Yo voy a dar cuenta, pues las autoridades no saben que ésto está pasando!

—¡Cómo no lo va a saber el Fiscal Militar, si es él quien ordena las torturas y él mismo también participa!

—¡No puede ser! ¡Éso es una calumnia!

—¡A usted lo tienen engañado! ¡Lo están haciendo lesa, señor Obispo!

Indignado, el Obispo exclamó:

—¡No me hable así! ¡No me hable así! ¡Yo tengo grado! ¡Soy Capellán del Ejército y tengo el grado de Mayor!

—¡Entonces, lléveme a torturar, mi Mayor —le gritó Darío.

Lanzando agudos silbidos y gritos de protesta, los detenidos comenzaron a manifestar su disconformidad con el Obispo.

Sintiéndose incapaz de controlar aquella situación creada por él mismo, Monseñor Valdés dio media vuelta y, protegido por la guardia especial de soldados que le acompañaba, abandonó el Estadio Español en medio de una gran silbatina.

Aquel día, la mayoría de los «prisioneros de guerra» del Estadio Español ignoraba, o había olvidado, que el Obispo de Osorno le había enviado una carta de protesta al Presidente Salvador Allende, a fines de julio de 1971, en la que en sus partes medulares, le decía:

—*“Por la presente, haciendo uso de los derechos ciudadanos de un país libre, y asumiendo la responsabilidad de Jefe Espiritual de los Cristianos Católicos de Osorno, con el mayor respeto, presento a usted una enérgica protesta por actuaciones antirreligiosas de parte de su Gobierno. Usted ha manifestado en diversas oportunidades que su Gobierno tendrá suma deferencia ante los valores religiosos, que son patrimonio*

*fundamental del pueblo chileno desde su nacimiento a la vida ciudadana, más aún, estos valores espirituales son el único fundamento válido para su estabilidad institucional. (...)Sin embargo, usted está al corriente de los ataques que se están llevando a cabo solapadamente en contra de la Religión de nuestros padres, que es la del noventa y cinco por ciento del pueblo chileno. Esta persecución se verifica en el campo ideológico, planificando una educación que pretende metódicamente excluir de la mentalidad de nuestro pueblo toda noción del Ser Supremo, Jesucristo Salvador; (...)pretende poner a los chilenos en contradicción con sus creencias más arraigadas, sembrando en ellos la duda, la desconfianza y la desesperación interior. Cuando un pueblo pierde la Fe en Dios, ningún gobernante que respeta la libertad será capaz de gobernarlo. Sólo la tiranía sobrevendrá inexorablemente a oprimir la persona, la familia y toda institución.”*

Además, la mayoría de los detenidos del Estadio Español ignoraba que el día once de septiembre el Obispo había escrito la Homilía «**Oración del Chile Nuevo**», que había sido publicada por el diario «La Prensa» de Osorno. En los párrafos medulares de este Sermón, Monseñor Francisco Valdés había escrito:

—“*Señor, ¿dónde estabas?. La noche cargada de sombra me mantenía sumido en la pesadilla de un callejón cerrado. Más me parecía Chile al infierno que a una «copia feliz del Edén». Hoy ha despuntado el Nuevo Día. (...)Y ¿cómo agradecer que me hayas librado de las peores garras de la mentira y la maldad que a través de su historia hayan atrapado a la pobre humanidad? Mil gracias, Señor. Soy Chile que agradece. (...)Junto con agradecerte quisiera poner en tí mi esperanza del mañana, como lo hicieran los Padres de la Patria. Porque comienza el Chile Nuevo, del cual esperas con razón que haya aprendido a base de la amarga experiencia a serte fiel. (...)Porque en este momento urge valorizar el primero en la jerarquía absoluta de valores: el espíritu de fe, de esperanza y de amor. Con ello hay Patria que avanza en libertad y en orden. (...)Y podré gritar para el mundo y advertir a muchos hermanos de cerca o de lejos: la Patria no se vende. Lejos de Dios no hay justicia, ni esperanza, ni libertad. Por Él y con Él hemos logrado superar el gran embuste de este siglo. Te escuchamos a tí, Señor, y la VERDAD NOS HIZO LIBRES. Gracias, Señor. Quédate con nosotros, y no nos volveremos a extraviar. Amén.”*

Al día siguiente de la visita del Obispo al Estadio Español, llevaron a Juanito a la Fiscalía Militar. El Capellán Mayor Francisco Valdés le había preguntado al Fiscal Militar por las torturas que se estaban aplicando a

los «prisioneros de guerra», por lo cual, en tanto Juanito entró a la oficina del Fiscal, le hicieron desvestirse.

En compañía de algunos Oficiales entró el Capitán Wenderoth quien, mirándolo de arriba abajo, le dijo:

—¡Todavía es poco lo que te hemos hecho! ¡Tú no tienes que andar contando lo que te pasa! ¡No tienes por qué hacerlo!

—Yo no le he contado a nadie.

—¿No? ¡Tú contaste y has hecho público ésto! ¡Has gritado por todas partes lo que te pasa, ensuciando el «honor de las Fuerzas Armadas»! ¡Si tú sigues así, te voy a traer aquí y te voy a volar la cabeza de un balazo!

Los Oficiales salieron del cuarto, dejándolo solo. “Ahora me llevarán de regreso al Estadio”, pensó Juanito. Pero se equivocaba.

Lo fueron a buscar dos soldados que le vendaron la vista y con su ropa bajo el brazo lo llevaron al sótano del Hospital. En la sala de torturas lo amarraron al catre de hierro, en la forma habitual, y durante un largo rato lo estuvieron torturando con descargas eléctricas y golpes con laques de goma.

Cuando el joven estaba exhausto, le preguntaron:

—¿Dónde dejaste el armamento que sacaste de la casa de Nicolás?

Nicolás era un dirigente del Partido, cuyos padres vivían en Riachuelo.

—Yo no he sacado nada de la casa de Nicolás —respondió Juanito, esforzándose por recordar en qué ocasiones había ido allí—. Y menos ningún tipo de armas.

—¿Cómo que no? ¡Una parte de las armas las llevaste a la casa de su padre en Riachuelo! ¡Tenemos testigos!

—Eso es falso —respondió Juanito, recordando de pronto el hecho al cual se referían los militares—. Lo que llevé en una ocasión a la casa del padre de Nicolás fue alimento concentrado para aves.

—¡Alimento concentrado, Huevón!

Interrumpiendo el interrogatorio, una lluvia de golpes le cayó encima.

—¡Pueden averiguarlo en el negocio donde Nicolás compró el alimento! —gritó Juanito, intentando detener la golpiza.

Pero la dura lluvia de gomazos, no amainó.

—¡Yo llevé los alimentos directamente del negocio! —volvió a exclamar Juanito, sin lograr que la tormenta de golpes cesara. Cuando recordó aquel detalle, dijo:

—De la casa de Nicolás llevé sólo dos bolsas de alimentos. ¡No eran armas!

Los verdugos le siguieron golpeando, al tiempo que gritaban:

—¿Dónde dejaste las armas?

—¿Dónde están los explosivos, desgraciado?

Juanito fue golpeado hasta que perdió la conciencia. De aquella forma los Oficiales del Ejército le estaban mostrando, como lo había proclamado su guía espiritual, que “*en Chile había despuntado un Nuevo Día.*”

Juanito recobró la conciencia en el Estadio Español, rodeado de sus compañeros que lo atendían solícitos.

Cerca de la medianoche Juanito despertó con una puntada en el pecho. “Me duele el corazón”, le alcanzó a decir a su vecino, antes de desmayarse.

Los detenidos que eran médicos ya no estaban en el Estadio. Un compañero se ocupó de hacerle masajes en el pecho, a la altura del corazón, mientras otro le rogaba al guardia que pidiera un médico con urgencia.

Desde el Regimiento respondieron que el «doctor» Tarico andaba «patrullando» junto al Teniente Cossio y que le avisarían por radio para que a su regreso pasara por el Estadio Español a ver qué sucedía. Agregaron que estaba terminantemente prohibido llevar a Juanito al Hospital.

Cerca de las tres de la madrugada, gracias a los masajes, Juanito volvió en sí.

Dos horas más tarde llegó el Teniente Cossio a la cabeza de una patrulla de soldados fuertemente armados. Con ellos andaba el «doctor» Tarico. Regresaban de una cacería nocturna de campesinos por los caminos rurales de la provincia. Primero recorrieron las graderías del Estadio con arrogancia, jactándose de su armamento.

Finalmente, el Teniente preguntó:

—¿Cuál es el enfermo?

—Aquel —señaló un guardia.

—¡Ah! ¡Es Bassay, todavía! —exclamó el Teniente en tono de burla—. ¡Ése no muere: tiene las vidas de un gato! Ahí está su padre. El viejo es curandero. ¡Qué lo atienda él!

Sin decir nada más, el Teniente Cossio abandonó el recinto, contándose chistes con el «doctor» Tarico.

## Capítulo 23

### «COOPRESUR»

Mientras los militares concentraban a los «prisioneros» en el Estadio Español, para interrogarlos en el Hospital nuevo, los Carabineros se hacían cargo de la

eliminación física de los partidarios de la Unidad Popular. En esta macabra tarea destacaron las dotaciones de la Tercera Comisaría de Rahue y de los Retenes Rurales bajo el mando del Capitán Adrián Fernández.

Cuando todos los lugares de detención se hicieron estrechos, las «Nuevas Autoridades» habilitaron como anexo de la Cárcel el local en el que había funcionado la Cooperativa de Consumidores del Sur, «COOPRESUR», cedido para estos efectos por su propietario.

También los militares trasladaron en secreto a Puerto Montt algunos «prisioneros de guerra», cuyos nombres pasaron a figurar en la lista de los detenidos desaparecidos de Osorno, y desde allí los llevaron a trabajar en la construcción de la Carretera Austral, antes de fusilarlos.

Un día sacaron a Juanito del Estadio Español, junto a un grupo de compañeros y todas sus pertenencias. Los subieron a un camión del Ejército que partió con rumbo desconocido. Los detenidos no alcanzaron a comentar el probable destino de aquel viaje, cuando el camión se detuvo frente al local de «COOPRESUR». Allí fueron encerrados en la bodega, que usaban como calabozo colectivo.

El depósito, de murallas de ladrillo y sin ventanas, era alumbrado permanentemente con lámparas de tubos fluorescentes. El cielo raso se encontraba a dos metros y medio de altura y la superficie del local medía alrededor de quince metros de ancho por diez de fondo. El aire estaba siempre viciado, casi irrespirable. Era evidente que el sistema de ventilación, pequeños huecos en lo alto de las murallas, no había sido pensado para albergar al centenar de personas allí encerradas.

Al lado de la puerta, debajo del único e insuficiente extractor eléctrico de aire, había una mesita con una cocinilla. Sobre un mesón reposaba una gran cantidad de alimentos que los detenidos no habían tenido ánimo para comer. Se veían varios pollos asados, enteros y trozados; huevos duros; bandejas con carne; fuentes con ensaladas; trozos de queso de diversos tipos y tamaños, y restos de tortas, panes y quesos.

Los precios de los alimentos aún no se habían ido a las nubes, por lo que los familiares de los «prisioneros de guerra» todavía podían adquirir comida para sus parientes detenidos. Aquella mesa parecía sacada de «Las Mil y Una Noches».

Recostado en un camastro frente a los alimentos, estaba Ramón comiendo a dos carrillos. Cuando vio a Juanito saltó de la cama, lo abrazó y, sin soltar la pierna de pollo que tenía en la mano, le dijo:

—Hay que comer harto, Juanito. Sobre todo tú, que en cualquier momento te llevan a la tortura y así, débil como estás, te puedes ir cortado.

Ramón hizo un alto en su discurso de bienvenida para lanzar el hueso de pollo al cajón de la basura y tomar otra presa del mesón. Luego, prosiguió:

—Además, si nos llevan a otro lugar, nadie sabe cuánto tiempo nos pueden tener sin comer. Hay que comer todo lo que uno pueda, hombre. ¡Aún contra tu voluntad, tienes que comer nomás!

Juanito, divertido al ver tanta coherencia entre la prédica y la práctica, le preguntó:

—Y a tí, ¿de qué te acusan?

—Yo no sé de qué me acusan. Me han preguntado de todo, pero aún no me acusan de nada.

—¿Dónde te detuvieron?

—En Río Negro. Estaba esperando la micro para venir a Osorno, cuando pasó una camioneta con pacos. El Cabo Soto me reconoció y me detuvo. Él sabía que yo me arreglaba los bigotes con su mujer y por eso creo yo que me detuvo. Aquel día había muchas casas en Río Negro que tenían la bandera puesta a media asta. Incluso muchos la tenían con crespones negros, porque ya se sabía que al Presidente Allende lo habían asesinado. Los pacos tenían la idea de que había que celebrar la «Segunda Independencia» con la bandera al tope y andaban controlando que todo el mundo tuviera la bandera como ellos querían. Poco después de detenerme, el capitán Schernberger, ordenó: “¡Bájense y díganle a esos rotos desgraciados que aquí el desorden se paró, que ahora somos nosotros los que mandamos! ¡Que suban la bandera al tope y no a media asta! ¿Qué se han imaginado estos rotos de mierda?” Yo iba sentado en la parte de atrás de la camioneta, muerto de susto. Al detenerme me habían obligado a sacarme los zapatos y me andaban paseando por el pueblo. Cada vez que se detenía la camioneta, dejaban la puerta trasera abierta. Tal vez para que todos los que me vieran creyesen que yo andaba delatando a la gente de izquierda o, quizás, para que tratara de arrancar, dándoles a ellos un motivo para dispararme por la espalda. Pero yo no les di en el gusto, ni leso. Al llegar a la Comisaría me dijeron que me pusiera los zapatos y me mandaron adelante. “¡Entra a la Sala de Guardia!”, me ordenaron. Cuando el Sargento de Guardia me vio entrar, vestido de terno y corbata, anteojos para el sol y portadocumentos, me dijo: “¿Qué se le ofrece, señor?” Yo, que había entrado solo porque los pacos venían atrás, le respondí: “No se me ofrece nada. Me traen detenido.” Enseguida cambió el trato, un cambio total, un giro en ciento ochenta grados. “¡Hay que allanarlo!”, ordenó el Sargento, y el Cabo Soto, que venía entrando en ese momento, asintió: “¡Allánenlo, nomás!” Dos pacos me arrebataron el portadocumentos y vaciaron su contenido sobre el mesón. Allí también fueron a parar mi reloj, mis anteojos, mi carnet de identidad, mi dinero y todo lo que me sacaron de los bolsillos. Mientras me desvalijaban, dos pacos me tenían apuntado con sus fusiles. Terminado el registro, el Sargento me dijo: “¡Cuenta su dinero!” Yo estaba contando mi platita, nerviosamente, cuando entró el Capitán gritando: “¡A éste métenlo al calabozo!”. Del susto casi se me cayó la plata de las

manos. No me llevaron al sótano, sino a una pieza frente al casino donde se encontraba el Teniente Godoy tomándose una taza de café, con su aspecto sobrador. Desde el otro lado del pasillo, me dijo: “Así que tú eres ferroviario.” “No, le respondí, ese es mi hermano.” “Entonces, ¿qué eres tú?” “Soy profesor”, le dije. “¡Así que profesor! ¡Todos los profesores son comunistas!”, exclamó el Teniente. Luego, me ordenó: “A ver, siéntate ahí en el piso, en esa esquina. No, ¡así no! Siéntate sobre tus muñecas y no estires los pies. ¡Encógelos! ¡Y sin afirmar la espalda en la pared!” Cuando el Teniente se marchó dejé de guardia a un paco joven. “Saque las manos y estire las piernas”, me dijo éste. “Le voy a avisar si viene alguno al que yo no le tenga confianza. ¿Es usted profesor? Yo fui alumno de don Raúl. Muy buen profesor.” “¿Qué piensan ustedes de todo esto?”, le pregunté. “No sé, estamos esperando cualquier cosa”, me respondió. “No estamos muy conformes con los jefes.” Después el paco no me preguntó ninguna otra cosa y allí estuve hasta las dos de la tarde. Entonces me llevaron al sótano. En un calabozo me dejaron hasta que al anochecer el Teniente Godoy me mandó a buscar. En la Sala de Guardia, él mismo me vendó la vista con un trapo negro, que me colocó bien apretado. Luego comenzó a darme vueltas y a llevarme de un lado para otro hasta que me desorienté completamente. “¡Agáchate!”, me ordenó. “¡Más agachado, Huevón, que vas a entrar por una puerta chiquita!” Me hizo andar agachado, hasta que me sacó al patio, donde sentí olor a humedad. Allí me sentó en un banco. Como no me habían amarrado las manos, pude tocar hacia los lados y darme cuenta que era como uno de esos bancos que ponen en los parques, bajo los árboles. “Ayer te vieron en un grupo que iba hacia la cordillera”, dijo el Teniente. “Eran seis y todos llevaban mochilas.” “Mienten”, le respondí. “Ayer estaba en Osorno y tengo testigos.” “¿Dónde están las armas?”, me preguntó. “No tengo idea de armas”, le dije, “ni de quién pueda tener armas”. “Tienes que firmar un papel diciendo que fuiste a la cordillera, y te vamos a dejar libre”, me dijo. “Yo no firmo”, le respondí con firmeza. “¿Por qué voy a firmar si yo no hice eso?” Entonces el Teniente disparó un tiro. No supe si fue con un revolver o con una carabina, pero lo escuché muy fuerte. El arma me la había puesto al lado de la oreja. Me quedaron zumbando los oídos y casi me oriné del susto. Después me llevaron de regreso al calabozo. En la Comisaría de Río Negro, los calabozos estaban ubicados en el sótano, debajo de la Sala de Guardia, y todo lo que allí se decía, se escuchaba en las celdas. Desde el calabozo oí cuando llegó mi colega Herrera a colgarse de los pacos. Al rato el Teniente Godoy entró a la pieza donde tenían la radio y se comunicó con la Prefectura de Carabineros de Osorno. “¡Aló, aló!”, gritó por el micrófono, “¿Primera Comisaría de Osorno? ¿Estará mi Mayor? ¡Buenas noches, mi Mayor! Habla el Teniente Godoy de Río Negro. ¡Tengo un buen candidato para la Dirección Departamental de Educación, de acá de Río Negro! ¡Sí, sí! ¡Se llama Omar Farid Herrera! ¡Sí,

sí! ¡Pertenece al Partido Demócrata Cristiano! ¡Sí, sí! ¡Entonces mañana a primera hora le envió el oficio! ¡Inmediatamente le hago el oficio al señor Herrera y mañana mismo lo coloco en el puesto! ¡Sí, sí! ¡Hasta mañana temprano, mi Mayor!” Y luego, bajando la voz, agregó: “Ningún problema, señor Herrera, váyase tranquilo y mañana hágase cargo de la Dirección Departamental. ¡A Santos Vargas, ese viejo comunista conchas de su madre, lo vamos a echar enseguida!” A continuación la cosa estuvo más o menos tranquila, hasta que llegó la Julia Pinto, la Directora de la Escuela Número Dos, a denunciar a un colega. “¡Este señor Vargas anda diciendo que a mi cuñado le hicieron un allanamiento!”, acusó la mujer con voz adolorida. Al rato trajeron detenido a Enrique Vargas y lo carearon con la mujer. “Pero señora”, dijo Enrique. “¿Cómo se le ocurre que yo voy a andar diciendo esas cosas cuando los allanamientos son secretos? Yo no sé quién le ha dicho a usted que yo andaba diciendo que a su cuñado lo allanaron y le encontraron un revólver.” “No sólo eso”, lo interrumpió la mujer. “Además usted pertenece al Partido Comunista y todas las veces que yo lo reprendía, usted me echaba encima al Partido y entonces yo no tenía autoridad sobre usted. Y, además, usted es un mal profesor que se lo pasaba en reuniones políticas.” Con estas palabras, la mujer hundió a mi colega. A punta de patadas los Carabineros lo bajaron al sótano y lo metieron en mi calabozo. “¡Chutas que está fea la cosa!”, me dijo Enrique. “¿Será cierto que nos van a matar?” “Yo no sé tu caso”, le respondí, agregando en broma: “Lo que es a mí, me van a fusilar mañana.” Mi colega creyó que yo hablaba en serio y se puso a llorar. “¿Qué va a ser de mis cuatro hijos?”, sollozaba angustiado. “No es cierto”, le dije. “No te preocupes, yo creo que a tí te van a dejar libre.” Una hora después, el Teniente Godoy nos hizo llevar a su presencia. “A tí, a lo mejor te voy a soltar”, me dijo. Era la esperanza que yo tenía, que me soltaran, porque dos veces no me iban a agarrar tan chanchito. Si me soltaban pensaba mandarme a cambiar a Santiago, o lo más lejos posible. “O a lo mejor te mando donde los milicos”, me siguió diciendo el Teniente. “Allá te vas a tener que arreglar con ellos, Huevón. Nosotros no te vamos a hacer nada, pero si mañana me encuentro de buena, a lo mejor te suelto.” “Y a vos”, le dijo a mi colega, “¡ésto te pasa por andar hablando huevadas!” “No, mi Teniente”, le replicó Enrique, “si yo no he hablado nada. Es que la señora Julia está medio enferma.” “Nosotros tenemos antecedentes de que tú eres del Partido Comunista”, le dijo el Teniente, “pero tú eres un hombre tranquilo.” “¡No como este otro Huevón”, agregó, “que tiene hasta la cara de extremista! ¡Ojalá vinieran estos extremistas a asaltar la Comisaría, porque yo me jugaría por entero! ¡Ahí sí que me sentiría realizado! ¡Los haría mierda a balazos!” Después de la perorata del Teniente nos llevaron de nuevo al calabozo. Al día siguiente me trajeron a la Primera Comisaría de Osorno y de ahí me llevaron al Hospital nuevo donde me tuvieron varias horas de pie contra la pared,

porque había cualquier cantidad de gente detenida. Uno a uno nos llevaron a la oficina del Fiscal, donde nos hicieron una ficha con los datos personales. Yo les dije que era simpatizante de la Unidad Popular, que no sabía nada de partidos políticos, ni conocía personalmente a ningún dirigente. Después me llevaron a la oficina del Teniente Cossio donde me bajaron los pantalones, me sentaron en una silla, me amarraron de pies y manos y me vendaron la vista. Detrás de la silla yo había alcanzado a ver un magneto de esos que funcionan con manivela. Me hicieron las mismas preguntas que ya había contestado. Y cada vez que iba a responder, ¡zas!, me mandaban un correntazo en las bolas. Así, hasta completar todo el cuestionario. ¡Al final me llegaban a salir chispas por los ojos! Después me pasaron a otra oficina donde un milico viejo escribió mi declaración a máquina. Luego, sin darme tiempo para leerla, me obligaron a firmarla. Enseguida me sacaron al patio del Hospital donde estaban los detenidos que ya habían sido interrogados. Yo apenas podía caminar, porque tenía los testículos hinchados y me dolían. Cuando se juntó un grupo de «prisioneros de guerra», ninguno de los cuales podía caminar derecho, nos llevaron al Cuartel de Investigaciones. Días después, el dieciocho de septiembre, para demostrarle a los tiras que aún teníamos ánimos, decidimos celebrar las Fiestas Patrias. El gordo Bastidas tocó la guitarra y bailamos unas cuecas en el patio del cuartel, un poco patiabiertas y no muy zapateadas, porque aún teníamos las bolas adoloridas con los correntazos. Después me trajeron a «COOPRESUR» y desde aquí me llevan tres veces a la semana a la Fiscalía Militar, donde me cargan las pilas dándome golpes de corriente en los cocos.

—Sí —dijo Juanito—. Eso yo lo conozco.

—¡Claro que sí! Si todos sabemos que tú eres el compañero más torturado de la Provincia. Incluso los propios milicos lo comentan. Por eso te digo, Juanito: ¡Debes ponerte a comer al tiro!

Cierta noche, a las dos de la madrugada llegó un grupo de militares fuertemente armados hasta el local de «COOPRESUR». Entre ellos estaban los latifundistas de Osorno que unos días antes del Golpe habían reconocido cuartel como Oficiales de Reserva. Llamaron a la puerta con prepotencia.

Ante lo inusitado de aquella visita, los Gendarmes de Guardia no les abrieron y llamaron al Encargado, un Sargento de Prisiones, con gran personalidad.

Cuando el Sargento abrió la puerta, un Oficial le entregó una lista con los nombres de las veinte personas que iban a buscar. Todos ellos eran dirigentes destacados de la Unidad Popular y de los sindicatos de la Provincia.

—¿Dónde está la orden del Fiscal? —les preguntó el Sargento.

—¡Entrégume todos los detenidos que están en esa lista! —le ordenó el Oficial—. Y no me haga perder el tiempo.

—Sin una orden del Fiscal Militar, yo no entrego ninguno de los detenidos que están a mi cargo —replicó el Sargento.

—Los vamos a sacar, de todos modos.

—De aquí no saldrá ningún detenido sin una orden escrita del Fiscal.

—No le basta con ésto —dijo amenazadoramente el Oficial, apuntando al Sargento con su fusil automático.

Indicando hacia las ventanas sobre la puerta, le replicó el Sargento:

—¿Y a usted, no le basta con éstos?

Por las ventanas asomaban los cañones de las armas de los Gendarmes que el Sargento había apostado antes de abrir la puerta. Al ver que le apuntaban con las armas preparadas, el Oficial de Ejército se acobardó. Refunfuñando malas palabras le ordenó a sus hombres subir a los vehículos y se retiraron.

## Capítulo 24

### Jean Martabid

Jean Martabid era un sirio libanés nacionalizado chileno, conocido por todos como «El Turco», que se encontraba detenido en «COOPRESUR». Fue detenido por el sólo hecho de haber sido amigo de un ex Ministro de Allende.

En las torturas a las que fue sometido en la Fiscalía Militar, ingrediente de todos los interrogatorios, Jean Martabid jamás negó la amistad que lo había ligado al ex Ministro, sin mencionar para nada que hacía tiempo que no se hablaban. El punto central de los interrogatorios era el paradero de su ex amigo, quien se había asilado en la Embajada de México, pocos días después del golpe militar.

Tantas veces le habían aplicado la corriente en los testículos, que al oír «electricidad» Jean Martabid sufría convulsiones.

No obstante el duro castigo recibido, Martabid era un foco de optimismo en la Prisión. Sus interminables series de chistes y los chascarros que improvisaba a raíz de cualquier incidente, eran una impagable distracción que a sus compañeros les ayudaba a soportar la difícil situación que estaban viviendo.

Martabid había pasado por todos los lugares de detención de la provincia de Osorno y en todas partes había dejado decenas de nuevos amigos. Su concepto y práctica de la amistad lo impulsaba a compartir con sus ocasionales compañeros su frazada, la comida y los cigarrillos que le llevaba su hermana.

Un día viernes llevaron a Jean a la Fiscalía Militar. Después de tenerlo toda la mañana parado vuelto contra la pared, junto a los detenidos que esperaban su ración diaria de tortura, fue conducido a la oficina del Fiscal. En aquel tiempo el Mayor Rosales ya había reemplazado al Mayor Ramírez, quien fue ascendido y trasladado.

Engolando la voz, el Fiscal le dijo:

—¡Hoy queda usted en libertad, «libre de cargos»!

—¿Y me tengo que ir hoy de «COOPRESUR»?

—Sí. ¡Usted quedará en libertad esta misma tarde!

Entonces Jean Matabid hizo una petición increíble. Sobre todo si se tienen en cuenta los acontecimientos que estaban ocurriendo en aquellos días en todo el país.

—Le solicito, señor Fiscal, que me deje detenido hasta el lunes.

—¡Eso es imposible!

—¡Es que yo no me puedo ir así de improviso, sin despedirme de mis amigos!

—¡Usted tiene que irse hoy mismo!

—¡Pero yo no le puedo hacer eso a mis amigos! ¡Hemos pasado juntos momentos tan duros! ¡Comprenda usted, señor Fiscal!

—¡En ese caso, yo no me podría hacer responsable de su seguridad!

—¡Me quedo bajo mi responsabilidad, señor Fiscal!

Después de meditar aquella sorprendente solicitud, el Fiscal le dijo:

—¡Muy bien! ¡Puede quedarse hasta el lunes, pero bajo su propia responsabilidad!

—¡No sabe cuánto se lo agradezco, señor Fiscal! —exclamó Jean, sinceramente emocionado.

Cuando una hora después Jean Martabid regresó a «COOPRESUR», en calidad de prisionero de guerra «voluntario», en la Guardia no querían dejarlo entrar.

—¡Este papel dice que usted está en libertad «libre de cargos»!

—¡Sí, pero el Fiscal me autorizó a quedarme hasta el lunes!

—¡Aquí no dice nada de eso!

—¡Llámelo por teléfono, por favor! ¡Él le dirá que no miento!

Ante la insistencia de Jean, el Jefe de la Guardia llamó a la Fiscalía, donde le confirmaron la versión de Martabid.

Los prisioneros de guerra «no voluntarios» que se encontraban reclusos en «COOPRESUR», al comienzo tampoco le creyeron que el Fiscal lo había dejado en libertad «libre de cargos». Aclaradas las cosas, Jean Martabid se las arregló para que al día siguiente su hermana le llevara bebidas, cigarrillos y gran cantidad de comida.

Aquel fue un fin de semana inolvidable para los prisioneros de «COOPRESUR».

Aprovechando que la Fiscalía Militar no torturaba a los prisioneros de «COOPRESUR» los sábados ni los domingos, se improvisó una despedida que se prolongó desde el sábado hasta el lunes al amanecer. Hubo canciones, chistes, chascarros y otros tipos de diversiones en las que todos participaron.

El lunes por la mañana, cuando Jean fue obligado a abandonar «COOPRESUR», nadie pudo decir quién estaba más triste. Si Martabid, que salía en libertad «libre de cargos», o sus compañeros de infortunios que se quedaban para enfrentar un incierto destino.

## Capítulo 25

### La Cruz Roja Internacional

Los «prisioneros de guerra» se enteraron de que una Comisión de la Cruz Roja Internacional iría a Osorno. Adelantándose a su llegada, el Fiscal Militar decidió visitar personalmente todos los recintos de detención. En compañía de los Oficiales con los cuales torturaba a los detenidos, apareció en «COOPRESUR». Dándole a su voz aquella particular entonación que los militares utilizan cuando quieren parecer solemnes o autoritarios, el Mayor Rosales se dirigió a los detenidos:

—“**Señores: ¡Ustedes son prisioneros de guerra y no delincuentes comunes! Van a venir funcionarios de la Cruz Roja Internacional a ver las condiciones en que ustedes se encuentran. Desde luego, ellos van a poder conversar con ustedes. Ustedes, señores, por el bien de Chile, deben tratar de decir lo menos posible que pueda perjudicar a la Patria. No deben olvidar que cualquier cosa que digan en contra de Chile, es un daño para todos. Por eso, yo les recomiendo mucha discreción. ¡No hay que olvidar que todos somos chilenos!**”

Los «prisioneros de guerra» escuchaban aquella perorata con estupor. Los «argumentos» del Fiscal les eran incomprensibles.

—“*Entonces* —siguió diciendo el Fiscal—, *para recibir a los funcionarios de la Cruz Roja hay que limpiar este local y tener las camas ordenadas. ¡Si hay algún problema de salud, debe ser comunicado de inmediato. ¡Esto es todo, señores!*”

—El problema más grave de salud que tenemos aquí —dijo un médico «prisionero de guerra»— es el de Juan Bassay.

—¡Se atenderá de inmediato! —prometió el Fiscal.

Media hora más tarde llegó el «doctor» Tarico a examinar a Juanito, comprobando que aún no le habían sanado las heridas de las manos, ni las llagas de la boca. Tampoco habían desaparecido de su cuerpo los azulados hematomas. Todas aquellas huellas mostraban en forma clara las torturas recibidas por el joven. Estimando que aquellas evidencias iban a perjudicar a la Patria, Tarico pensó que lo mejor sería ocultar a Juanito de los representantes de la Cruz Roja, debido a eso, le dijo:

—Si usted quiere, podría irse por algunos días a la Enfermería del Regimiento.

—¡No, gracias! ¡Estoy bien aquí!

—Usted debería irse a la Enfermería, señor Bassay. Allá recibirá mejores cuidados.

—¡No quiero irme! ¡Aquí hay mejores médicos y yo me siento bien aquí!

En vista de que su idea no dio resultado, Tarico le comunicó al Fiscal Militar su opinión de que a Juanito no debería verlo la Comisión de la Cruz Roja. El Fiscal estuvo de acuerdo con él.

El día diez de noviembre llegaron a Osorno los representantes de la Cruz Roja Internacional e inmediatamente se dirigieron a la Penitenciaría donde entrevistaron a los «prisioneros de guerra». Éstos denunciaron las torturas recibidas y todos ellos, sin excepción, se refirieron a Juan Bassay pidiendo que lo ubicaran y le salvaran la vida. Los miembros de la Cruz Roja se interesaron en su caso, revisando sin hallarlo en la lista de detenidos en la Cárcel Pública. Dado que Juanito no se encontraba en la Penitenciaría, lo fueron a buscar a «COOPRESUR».

Mientras los funcionarios de la Cruz Roja iban en camino, los militares sacaron subrepticamente a Juanito en un jeep y lo llevaron al Servicio de Investigaciones.

En «COOPRESUR» los delegados de la Cruz Roja se entrevistaron con los detenidos y éstos les informaron que a Juan Bassay lo habían trasladado al Cuartel de Investigaciones. Cuando los representantes de

la Cruz Roja salieron rumbo a Investigaciones, los militares sacaron a Juanito de este recinto y lo llevaron a la Cárcel, que quedaba a corta distancia.

No bien los funcionarios de la Cruz Roja entraron en el Cuartel de Investigaciones, los militares sacaron a Bassay de la Cárcel y lo llevaron a «COOPRESUR». Los miembros de la Cruz Roja, que ya se habían dado cuenta del juego de los militares, llegaron muy molestos a la Cárcel, exigiendo ver de nuevo a todos los «prisioneros de guerra».

Después de un tira y afloja, el Alcaide les permitió que inspeccionaran todas las celdas, incluyendo las de los presos incomunicados, y entrevistar por segunda vez a los «prisioneros de guerra». Estaban en eso, cuando un Gendarme le informó en secreto a un dirigente detenido que Juanito estaba en «COOPRESUR». Un representante de la Cruz Roja, sin que los militares se percataran, se trasladó por su cuenta a «COOPRESUR» y pudo ubicar a Juan Bassay.

A pesar de las amenazas recibidas de parte de los Oficiales que lo anduvieron trayendo de un lado para otro y de las recomendaciones «patrióticas» del Fiscal, a los enviados de la Cruz Roja Juanito les entregó una detallada descripción de las torturas recibidas, así como los nombres de todos sus torturadores.

Por su parte, los funcionarios le dijeron que ellos informarían inmediatamente de su caso a las más altas autoridades de la Cruz Roja Internacional, a fin de que éstas intervinieran.

Al explicarles Juanito la situación de salud en que estaba su anciano padre, que le hacía temer por su vida, ellos le informaron que don Luis Bassay había sido dejado en libertad el día anterior.

Dos días después, los Gendarmes llevaron a Juanito al Cuartel de Investigaciones, a donde se había trasladado el Servicio de Inteligencia Militar. Allí, en un pasillo había una camilla con un bulto que parecía ser un cadáver, cubierto con una lona. Sobre el bulto había un letrero que decía: «¡FUSILADO!» Todos los detenidos temblaban de pánico al ver aquello.

A Juanito lo llevaron directamente ante el Jefe del «SIM». La puerta de la oficina daba a una sala donde había una veintena de detenidos puestos en fila.

—¡Párese en la puerta y mire disimuladamente a los detenidos —le ordenó el Capitán Wenderoth—. Después me va a decir a quién de ellos conoce ¿De acuerdo?

—¡De acuerdo!

Juanito se paró en la puerta y miró a los detenidos. Luego salió a la sala y lentamente pasó frente a los campesinos, que le miraban de reojo. Aquel trayecto lo hizo sin dejar de mover la cabeza en forma negativa y cuando el Capitán se asomó a la puerta de su oficina, en voz alta le dijo:

—¡No conozco a ninguno!

El Capitán salió a la carrera y a empujones lo metió a su oficina, cerrando la puerta tras de sí.

—¡Huevón! —le dijo, enojado—. ¡Eso me lo tenías que decir a mí, para callado! ¡Que ellos no lo sepan! ¿No conoces a ninguno?

Juanito había reconocido a varios campesinos, pero le respondió:

—¡A ninguno!

A partir de aquella vez, diariamente lo llevaron al «SIM» a reconocer «prisioneros de guerra». Pero él no reconoció a ninguno. Finalmente, el Capitán lo mandó a buscar sus cosas a «COOPRESUR».

—¡Este va incomunicado —le dijo el Capitán a los Gendarmes—, no puede hablar con nadie!

Sin embargo, a los compañeros que le entregaron sus cosas en la Guardia de «COOPRESUR», Juanito les alcanzó a decir que iba incomunicado al Cuartel de Investigaciones.

Aquel mediodía Juanito desapareció. A partir del día siguiente sus familiares lo buscaron en todos los lugares de detención de Osorno, sin encontrarlo. Durante aquel tiempo el joven estuvo en el Cuartel de Investigaciones, donde fue sometido a las torturas que Wenderoth y Tarico estaban experimentando en él.

El día en que llegó, poco antes de la medianoche, desnudo, amordazado y con una venda en los ojos, lo sacaron de su celda y lo metieron de pie en un tambor de doscientos litros lleno de agua, que constantemente se renovaba por medio de una manguera de plástico.

La noche estaba helada hasta el punto de que sus guardianes, pese a la ropa de invierno y sus mantas de abrigo, tiritaban de frío. Rápidamente, el hielo le penetró hasta los huesos. Transcurridos unos minutos, dejó de sentir los pies y las manos. Un par de horas más tarde, cuando lo sacaron del tambor, no podía moverse.

Los soldados que lo sacaron del tambor lo arrastraron hasta una pieza donde había un desnudo catre metálico sobre el cual lo pusieron de espaldas. Luego, sin sacarle la venda de los ojos, lo amarraron de pies y manos.

Como ya era habitual, el interrogatorio a que fue sometido estuvo acompañado de descargas eléctricas y golpes con laques.

Mientras el «doctor» Tarico daba instrucciones a los torturadores, éstos interrogaban a Juanito acerca de las armas, de los explosivos, de los guerrilleros y del paradero de Fernando, preguntas a las que ni siquiera se dio el trabajo de contestar. En aquella ocasión, apenas sintió las descargas eléctricas. Su cuerpo estaba insensible y, aparte del frío, no sintió dolor y tampoco supo en qué momento se desmayó.

Al día siguiente, varias horas después del mediodía, despertó en su celda de incomunicado, tirado en un sucio jergón.

Aquel tratamiento nocturno con agua helada lo comenzó a recibir noche por medio, aunque todas las mañanas lo llevaban puntualmente a la tortura de rutina. Había varios grupos de torturadores, que se alternaban.

El Capitán Wenderoth estaba fuera de sí y parecía dispuesto a todo con el fin de hacerlo confesar dónde había escondido las inexistentes armas del Partido y dónde se encontraban los cinco mil guerrilleros. Él mismo lo torturó personalmente, sin resultado.

Juanito llevaba dos semanas desaparecido en los calabozos del «SIM», cuando un pelotón de Gendarmes llegó a buscarlo. Lo subieron a un furgón y lo llevaron a «COOPRESUR».

El súbito término de su «desaparición» se debió a que los representantes de la Cruz Roja habían regresado a Osorno y querían entrevistarlo. En aquella oportunidad, Juanito le describió a los asombrados funcionarios los nuevos métodos de tortura inventados por la dupla Wenderoth-Tarico.

## Capítulo 26

### Los Hermanos Barría

Un tiempo después de la visita de los representantes de la Cruz Roja Internacional, los militares enviaron a Juanito a la Cárcel de Osorno. El joven fue en «libre plática». En la Penitenciaría lo ubicaron en la celda de los «prisioneros de guerra», a quienes ya todos llamaban «presos políticos». Allí estaban los dirigentes, que hasta ese momento habían escapado con vida, a la espera de ser sometidos a un «Consejo de Guerra».

Entre ellos estaba Avendaño quien a causa de las torturas se había quebrado, entregando los nombres de los dirigentes del Partido. Los militares lo habían tenido durante unas semanas de «señuelo» en su casa, para detener a los compañeros que fueron a pedirle instrucciones. En la Cárcel Avendaño quiso suicidarse, pero aquella trágica noche tuvo la fortuna de compartir la celda con un dirigente que logró disuadirlo y darle ánimos.

Juanito pensaba que la tortura había llegado a su fin, pero se equivocaba. Pocos días después de su llegada a la Penitenciaría, lo comenzaron a llevar al «SIM» para interrogarlo. Un día, casi al término de la sesión de tortura, a las preguntas tradicionales agregaron otras nuevas:

—¿Quién dirigió la toma del fundo «Porvenir»?

—No sé. Yo no trabajaba en ese fundo.

—¡Pero tú fuiste allí con tu camión lleno de gente!  
—Yo siempre llevaba a la gente que encontraba en los caminos.  
—¿Quién dirigió la toma del fundo «Río Blanco»?  
—No sé.  
—¿Cómo que no sabes, si por allá andabas con tu camión!  
—Sí. Yo fletaba madera desde ese fundo y les llevaba abonos y

mercaderías.

—¿Y qué andabas haciendo en Puerto Octay en tal fecha?  
—No recuerdo haber andado por allá.  
—¿Y qué fuiste a hacer a Purranque, tal día?  
—Yo trabajaba haciendo fletes en toda la provincia. Iba donde

me pedían que fuera.

—Pero, ¿por qué fuiste con el camión lleno de campesinos?  
—Creo que en aquella ocasión se fundó un Sindicato

Campesino. Los campesinos arrendaban mi camión y yo los llevaba. Otras veces llevaba gente a torneos de fútbol. Ese era mi trabajo. Tenía que pagar el camión. Yo arrendaba mi camión a todo aquel que lo necesitaba. Tenía el camión para trabajar y con él iba a dónde tenía que ir.

—Vamos a cerrar este proceso —dijo el Fiscal—, y a usted lo vamos a pasar al «Consejo de Guerra».

Mientras Juanito estaba esperando ser conducido de regreso a la Penitenciaría, se le acercó el Teniente Cossio, que era Secretario del Fiscal, para decirle:

—¡Mira, tú vas a correr la misma suerte que los hermanos Barría!

—¿Dónde están mis sobrinos? ¿Qué les ocurrió?  
—Hace mucho tiempo que están bajo tres metros de tierra. ¡Y tú vas a llegar ahí mismo!

—¡Conque los mataron!  
—¡Si hubiera podido, yo te habría dado a tí la misma medicina!

Héctor y Guido Barría Bassay fueron detenidos en el aserradero del fundo «Los Riscos», en presencia de su padre y de otros testigos, por Carabineros al mando del Teniente Godoy, que llegaron allí en la camioneta de Raúl Guzmán, un comerciante de Riachuelo. Los hermanos fueron golpeados con salvajismo por sus aprehensores, quienes se los llevaron al Retén de Riachuelo y, después, a la Comisaría de Río Negro, desde donde desaparecieron. Su madre recorrió todos los lugares de detención de la Provincia, sin encontrarlos.

Ambos hermanos fueron enviados secretamente a Palena, donde el Ejército había iniciado la construcción de uno de los tramos de la Carretera Austral «General Pinochet», inaugurada posteriormente por un Ministro de Obras Públicas, de filiación socialista. Hasta el año 1976, los militares

utilizaron en esos trabajos a decenas de detenidos que desaparecieron sin dejar rastros.

Cierto día, un joven llegó hasta la casa de la familia Barría en Riachuelo y a una de las hijas le entregó una nota manuscrita, informándole que venía de Palena. El mensaje decía: **“Mami: estamos vivos. Tito tiene visita. Yo no. Guido.”**

La madre reconoció la letra de su hijo, por lo que un tío de los jóvenes se trasladó a la localidad de Palena, ubicada en Chiloé continental, en busca de sus sobrinos. En Chaitén, puerto de ingreso a aquella zona, se enteró de que el camino a Palena estaba cortado por orden militar. Sin embargo, él se internó a escondidas en las montañas hasta llegar a un punto desde el cual pudo observar un campamento donde los soldados vigilaban a unos trabajadores con las cabezas rapadas, vestidos con ropa militar. Aquellas personas estaban laborando en la construcción de un camino en plena selva.

Los hermanos Barría jamás fueron encontrados y sus nombres pasaron a engrosar la larga lista de los detenidos desaparecidos en Chile, como consecuencia de la represión militar.

## Capítulo 27

### El «Consejo de Guerra»

Los «Consejos de Guerra» realizados en Osorno, antes del que iba a juzgar a Juanito, mostraron que por parte de los militares no existía la menor intención de aplicar la ley ni de ajustarse a los procedimientos procesales estipulados por el Código de Justicia Militar. Sin acreditar pruebas, las que los miembros de los «Consejos de Guerra» apreciaban «en conciencia», se dictaron sentencias desproporcionadas en relación a los delitos falsamente imputados. Con el agravante de que todos los hechos traídos a colación por el Fiscal habían ocurrido antes del Golpe Militar, cuando era legal actuar en política, perteneciendo o no a un Partido.

Además, casi todos los Oficiales, Miembros del «Tribunal en Tiempo de Guerra», habían participado en las torturas a las cuales fueron sometidos los procesados con el fin de obtener sus «confesiones».

Esta experiencia había puesto en guardia a los camaradas de Juanito, quienes tenían motivos para temer lo peor. Sin comunicárselo a él, en previsión de lo que podía ocurrir, enviaron al extranjero las informaciones obtenidas confidencialmente.

El veinte de marzo de 1974, al mediodía, un Oficial de Ejército notificó a Juan Bassay y a sus compañeros de Riachuelo, de que dos días después comparecerían ante un «Consejo de Guerra». Juanito escuchó tranquilamente la notificación pues, no obstante las conjeturas que había escuchado acerca de la probable gravedad de su condena, él sólo esperaba recibir algunos años de cárcel.

Por la tarde de aquel mismo día, a la Penitenciaría llegó el Abogado Alberto Aranda, designado por sorteo como Defensor de los jóvenes de Riachuelo. El Letrado había ido a conocer a sus defendidos. Al primero que llamó a su presencia fue a Juanito. En tanto el joven tomó asiento, el Abogado le preguntó:

—¿Sabe la pena que el Fiscal pide para usted?

—No.

—¡Pide pena de muerte!

Juanito sintió un escalofrío. Él había preparado su ánimo para otra cosa, de manera que la revelación del Abogado lo tomó de sorpresa. Al instante su mente se llenó de imágenes confusas y sentimientos encontrados. Durante unos momentos no pudo prestar atención a las palabras de su Defensor.

—...¡pero si usted era tan malo! —escuchó Juanito decir al Abogado, cuando pudo serenarse—. ¡Los cargos dicen que usted tenía contactos con cinco mil guerrilleros; que usted trajo camionadas de armas a la Provincia de Osorno; que usted envenenó con política a las juventudes; que usted participó en todas las tomas de fundos; que usted formó un sindicato de dueños de camiones paralelo; que usted trabajó durante el «Paro de Octubre»; que usted daba instrucciones paramilitares, y que usted es militante del Partido Socialista de Chile.

Perplejo, Juanito escuchaba a su Abogado Defensor. Cuando pudo reaccionar, le dijo:

—Pero, ¿cuál de aquellos supuestos delitos se me ha comprobado? Trabajé durante el Paro de Octubre, es cierto, pero no veo que trabajar sea un delito. Soy militante del Partido Socialista, eso nunca lo he negado. ¡Ése es mi único delito!

El Abogado se quedó unos momentos meditando.

—¡Sí! —dijo finalmente—. ¡Ése es su delito!

Luego se enfrascó en la lectura de los papeles que había traído. Cuando hubo terminado de revisarlos, en tono de advertencia, le dijo a su defendido:

—Esta defensa es muy difícil. ¡Creo que estará de más hacerla!

Después, sólo por cumplir algunas formalidades, le preguntó algunos datos. Juanito, molesto por el giro que había tomado la situación, le dijo:

—¡Mire, señor Abogado, la verdad es que yo no necesito su defensa! Como usted mismo dice que va a ser muy difícil y que no será necesaria, ¡yo no veo para qué quiere todos estos datos!

El Abogado lo miró sorprendido y se arrepintió de haber tomado el caso de un seguro condenado a muerte tan a la ligera. Desde antes de entrevistarse con Juanito había estado echando pestes por la mala suerte de haber salido sorteado como su Abogado Defensor. Lo último que él hubiese querido era implicarse en aquel «Consejo de Guerra». Sin embargo, la digna reacción de Juanito rechazando de plano su actitud irresponsable, tuvo la virtud de conmoverlo, porque en el fondo él no era partidario de que se cometieran injusticias. Dándose cuenta de que como Abogado Defensor no podía partir creyendo y aceptando sin mayor análisis las acusaciones del Fiscal Militar, a su defendido le dijo:

—No tome esa actitud, señor Bassay. Los datos que le estoy pidiendo también les van a servir a sus compañeros de proceso.

El Abogado Defensor dio en el clavo: Juanito no podía negarse a ayudar a sus camaradas de Riachuelo.

—Bueno —dijo—. Si es así, voy a dárselos.

—¡Gracias! Dígame: ¿Es cierto que tenía cinco mil guerrilleros a su cargo?

—Señor Abogado, ¿se imagina usted que yo iba a tener cinco mil hombres bajo mi responsabilidad, que los iba a poder mantener escondidos, que los iba a poder alimentar? ¿Cree usted que si realmente había cinco mil hombres armados en la Provincia de Osorno no habría habido alguna resistencia y que se habría dejado cometer impunemente tantas barbaridades a pequeñas patrullas de Carabineros y de Militares? ¿Cree usted que si yo hubiera tenido bajo mi mando toda esa gente armada me habría dejado apresar sin oponer resistencia?

El Abogado lo escuchaba en silencio. Una lucecilla de comprensión se le había encendido en el fondo del cerebro.

—¿Y qué hay de las armas? ¿Es efectivo que usted transportó camionadas de armas?

—¿Cree usted, señor Abogado, que con todos los controles policiales que había en las carreteras antes del golpe, habría sido fácil traer tan solo una camionada de armas? ¿Cree usted que habría sido fácil esconderlas? ¿Han encontrado los militares siquiera una sola de las armas que dicen que yo habría traído a Osorno?

De pronto, la lucecita del fondo del cerebro del Abogado se transformó en un sol que lo iluminó todo. El hombre terminó por comprender y se puso muy activo.

—¡Esto es urgente! —dijo, poniéndose de pie—. Mañana a primera hora me tiene que hacer llegar un certificado de honorabilidad; un

certificado de su buena conducta anterior firmado por dos testigos, y cualquier otro antecedente que me pueda servir. Que me los lleven a mi oficina. Tome, aquí tiene mi dirección.

En tanto Juanito salió de la oficina entró Renato y tomó asiento.

El Abogado le preguntó:

—¿Sabe la pena que el Fiscal pide para usted?

—No.

—¡Pide pena de muerte!

Renato casi se cayó de la silla.

—Pero no hay que desesperarse —dijo el Abogado, al ver la cara que puso Renato—. Vamos a preparar la defensa lo mejor posible. Tenemos poco tiempo, pero la acusación tiene vacíos y los vamos a utilizar.

Juanito fue al teatro de la Penitenciaría, donde los presos recibían a sus visitantes. Era hora de visitas y por casualidad el joven encontró que allí estaban su madre y dos de sus hermanas, una de las cuales era Elvecia, la madre de los hermanos Barría. A ellas, les dijo:

—El Abogado me acaba de informar que el Fiscal Militar está pidiendo la pena de muerte para mí.

Las mujeres se pusieron a llorar.

—No lloren. No es para tanto —les dijo Juanito y, con la esperanza de calmarlas, agregó—: ¡Total, en un fusilamiento no se sufre!

Pero lo único que logró fue hacerlas llorar aún más desconsoladamente.

—Ya, vamos, dejen de llorar. Hay que conseguir unos papeles y llevárselos al Abogado mañana a primera hora a su oficina. Si siguen llorando, no van a salir nunca de aquí.

La necesidad de ponerse de inmediato en acción, cortó el llanto de las mujeres. Tomaron nota de lo que el Abogado le había pedido a Juanito y salieron presurosas a conseguir aquellos papeles.

El Directorio de los Bomberos Voluntarios de Riachuelo le otorgó un «Certificado de Honorabilidad», donde se dejó constancia de que Juanito había cumplido quince años de servicios voluntarios. La Municipalidad de Río Negro le entregó un «Certificado de Buena Conducta» destacando su irreprochable comportamiento anterior.

Cometiendo otra gravísima irregularidad, el Fiscal Militar adelantó el «Consejo de Guerra» en veinticuatro horas, a pesar de lo que se establecía en la notificación escrita entregada a los acusados. El imprevisto adelanto dejó al Abogado Defensor sin tiempo para preparar a fondo su defensa.

Antes de salir hacia el Regimiento «Arauco», donde se iba a efectuar el «Consejo de Guerra», los jóvenes de Riachuelo arreglaron lo mejor que pudieron sus pobres vestimentas, para presentarse ante sus «jueces». La

moral de los acusados era muy alta, porque tenían clara la razón principal de aquella farsa de juicio. Ellos sabían que eran las víctimas propiciatorias que los militares les ofrendaban a los latifundistas y estaban convencidos, además, de que habían luchado por una causa justa al lado de los campesinos, y no se arrepentían de ello.

Al mismo tiempo estaban orgullosos de sus ideas, de su Partido y de su propia conducta. Esto lo habían conversado muchas veces con sus camaradas y se habían hecho el propósito de no flaquear, cualquiera que fuesen las circunstancias futuras. Los jóvenes acusados sabían que en aquel juicio estaban representando a todos los campesinos osorninos.

A las dos de la tarde, los Gendarmes sacaron de su celda a los riachuelinos. En la Guardia Armada los encadenaron de dos en dos y los subieron a un furgón del Servicio de Prisiones. Cerca de las puertas de la Cárcel había un grupo de personas esperando la hora de visitas para entrar. Cuando reconocieron a los jóvenes los saludaron con gritos de simpatía y aliento. Entre los presentes había algunos familiares de los prisioneros, quienes sólo en aquel momento se enteraron, con sorpresa y angustia, de que el «Consejo de Guerra» había sido adelantado.

En el Regimiento dejaron a los jóvenes en la misma sala, junto a la Guardia, donde habían estado el día que llegaron detenidos desde Riachuelo. Se estaba cerrando un círculo siniestro.

El espectáculo que los militares habían preparado para los terratenientes y los comerciantes ricos de la Provincia, mostraba una singular semejanza con los actos de fin de curso que se realizaban todos los años en las Escuelas Primarias de Chile. En uno de los extremos de la sala, sobre una tarima de madera, había una larga mesa detrás de la cual tomaron asiento los miembros del «Tribunal en Tiempo de Guerra».

El «Consejo de Guerra» estaba presidido por la Jueza del Segundo Juzgado de Letras de Osorno y por un abogado civil que actuaba como Secretario. Los demás integrantes eran seis Oficiales: cuatro del Ejército y dos del Cuerpo de Carabineros. De éstos, cinco habían torturado personalmente a los acusados para arrancarles confesiones.

Ocupando el centro de la sala, frente al «Tribunal», había gran cantidad de sillas, además de unas bancas de madera adosadas a las murallas. Los asientos estaban ocupados por un público cuidadosamente seleccionado entre las familias más conspicuas e influyentes de la Provincia.

Las «Nuevas Autoridades» de Osorno ocupaban los asientos más destacados de la audiencia. Junto a ellas estaban el Obispo, Ejecutivos de la «SAGO», la Sociedad Agrícola y Ganadera de Osorno, y Dirigentes de los Partidos Nacional, Democracia Radical, Izquierda Radical y Demócrata Cristiano. Además se encontraban presentes Matones de las Brigadas «Rolando Matus» y «Pérez Zujovic»; Terroristas de «Patria y Libertad»;

Latifundistas expropiados por la Reforma Agraria y Ganaderos y Comerciantes ricos de la Provincia.

En el público destacaban unas anhelantes y rubias mujeres, altas, bellas, esbeltas. Maquilladas como para una fiesta y recién salidas de la peluquería.

El «show» iba a ser en dos actos, con un intermedio para que las empingorotadas y excitadas damas pudieran ir al WC y los señores alcanzaran a servirse un trago de piscosour en el Casino de Oficiales. En la primera parte se iba a ventilar el caso de un Periodista acusado de extremista y en la segunda se presentaría a los «guerrilleros» de Riachuelo, para dos de los cuales, como todos estaban informados, el Fiscal Militar pediría la «Pena de Muerte».

Compareció el Periodista y el Fiscal Militar, en un tono que quiso ser solemne, dio lectura a su acusación. El libelo no pasó de ser una mala composición escolar contra el extremismo, en el cual el Fiscal había copiado a la letra partes de los Bandos de la Junta Militar de Gobierno, mezclados con frases de la propaganda oficial contra el marxismo y citas pirateadas de los discursos de los generales que se habían apoderado del poder por la fuerza. Además, en el escrito estaban todas las sandeces que al Fiscal le parecieron que venían al caso.

El Fiscal Militar concluyó la lectura de su libelo con un gesto teatral, que quiso ser dramático, pidiendo para el acusado la «Pena de Diez Años de Cárcel».

Mientras el Fiscal leyó su acusación, el Abogado Defensor tomó algunas notas, pues el ilegal adelanto del «Consejo de Guerra» no le había permitido escribir su defensa. Cuando le dieron la palabra, el Abogado se puso de pie e improvisó su intervención.

En menos de cinco minutos, citando de memoria párrafos completos del Código de Justicia Militar y haciendo minuciosa mención de los Principios del Derecho que estaban siendo vulnerados en aquel «Consejo de Guerra», pulverizó la acusación que el Fiscal Militar, con la colaboración de los Oficiales torturadores, había preparado en meses de trabajo. En el ambiente quedó la impresión de que al Periodista lo tenían que dejar de inmediato en libertad. Con aquel zarandeo jurídico a que fue sometido el Fiscal Militar, terminó el primer acto.

Atropellándose desordenadamente, las encopetadas y emperifolladas damas salieron taconeando en dirección a los servicios higiénicos a vaciar sus vejigas para aliviar la tensión nerviosa.

Algunos fascistas, que no eran tarados, se retiraron lamentando en voz baja el triste papelón que había hecho el Fiscal Militar.

También hizo abandono de la sala del «Tribunal» Monseñor Francisco Valdés, Capellán Militar y Obispo de Osorno. Con apresurados

pasos, modo de andar muy inusual en él, se dirigió a su automóvil. Despidiéndose del Oficial que lo acompañaba subió al vehículo y sin dar ninguna explicación abandonó el Regimiento. Su extraña actitud llenó de asombro a las «patriotas y cristianas» autoridades y a los creyentes miembros del «Tribunal».

Faltando aún algunos minutos para el término del intermedio, todo el ansioso y expectante público ya había regresado a la sala a presenciar el segundo acto.

Las acicaladas damas, presas de la morbosidad y el nerviosismo reinantes, estremeciéndose de anticipado placer, daban grititos de excitación conversando entre ellas alzando el volumen de sus chillonas voces. Las más exitadas se agitaban en sus asientos, pellizcándole los brazos a sus sorprendidos vecinos. Los señores, por su parte, gesticulaban entre ellos como diciendo: “¡Ahora viene lo bueno!”

De pronto se hizo el silencio.

Por una puerta lateral entraron seis soldados boinas negras, «made in Chile», armados de subametralladoras. Encabezaban la guardia que conducía a los acusados. A continuación, escoltados por una doble fila de Gendarmes armados con metralletas, aparecieron los jóvenes «guerrilleros» de Riachuelo. Detrás de ellos entró una docena de soldados boinas negras con sus armas cinematográficamente cruzadas sobre el pecho, listas para ser usadas. Durante aquellos tensos segundos, en la sala del «Tribunal» sólo se escuchó el taconeo de las botas militares. El público, sobrecogido de emoción, retenía el aliento.

Encabezados por Juan Bassay y Renato Invernizze, los jóvenes entraron con la cabeza bien en alto. Cuando Juanito vio a los Oficiales que constituían el «Tribunal», sonrió con desprecio.

La teatral escolta dejó a los cinco «prisioneros de guerra» frente a los «jueces». A la izquierda de los acusados se sentaron el Fiscal Militar y el Teniente Cossio, su Ayudante. A la derecha de Juanito, entre él y sus compañeros, se sentó el Abogado Defensor del grupo.

Era notorio que el Mayor Rosales había planchado y cepillado su uniforme especialmente para la ocasión y que se había acicalado casi tanto como su Comandante, el Coronel Abarca Maggi, famoso por su afición a las rosas y los perfumes, costumbres muy poco frecuentes entre los militares.

Aunque estaba nervioso, el Fiscal tenía la esperanza de que en el segundo acto no iba a repetir el ridículo de la primera parte, por algo había adelantado en un día el «Consejo de Guerra». La acusación la había preparado cuidadosamente durante meses y su lectura la había ensayado durante una semana delante del espejo. No por nada el Teniente Cossio, su admirador y fiel Ayudante, había estallado en aplausos al escucharle leer aquel libelo.

Sin embargo, cuando el Fiscal Militar se puso de pie para leer sus papeles, comenzó a temblar. Sin motivo aparente se atragantó y las primeras palabras le salieron con voz aflautada.

—***“Al Honorable Consejo de Guerra —dijo con voz chillona y, luego de carraspear para aclarar la voz, prosiguió—: “respetuosamente, digo: Vengo a presentar esta Acusación en contra de estos cinco individuos peligrosos para la sociedad.”***

El Fiscal detuvo teatralmente su lectura, alzó los ojos de los papeles, tal como lo había ensayado ante el espejo, y miró a los acusados. Esperaba ver a un grupo de asustados campesinos con la cabeza gacha mirando el piso, pero se encontró con la mirada desafiante de todos ellos. Entonces se descontroló y perdió todo su aplomo. Intentó continuar leyendo, pero el temblor de sus manos le impedía encontrar el renglón donde había suspendido la lectura. Carraspeó hasta calmar su nerviosismo.

Cuando encontró el punto donde había quedado, con voz temblorosa continuó leyendo:

—***“Acuso a Juan Bassay de ser un elemento peligroso para la sociedad, que ha transportado armamento desde Santiago hasta el sur, repartiéndolo entre los campesinos y los guerrilleros que operan en la zona.***

—***“Le acuso de tener contactos con grupos armados que operan entre Bahía Mansa y Huelleshue, a los cuales mantiene. Estos grupos suman alrededor de cinco mil guerrilleros.***

—***“Le acuso de tener contacto con guerrilleros que estarían en el lado de Argentina.***

—***“Le acuso de tener panfletos llamando a la resistencia armada contra las Fuerzas Armadas y de Orden.***

—***“Le acuso de tener doce detonadores en su poder, en el momento de ser aprehendido, y de que en ese instante se estaba preparando para asaltar el Retén de Carabineros de Riachuelo.***

—***“Le acuso de haber instigado a los campesinos a tomarse los fundos del Departamento de Río Negro.***

—***“Además le acuso de haber concientizado políticamente a la juventud y de pertenecer a la «Brigada Elmo Catalán», que es un grupo de combate paramilitar.”***

A medida que el Fiscal Militar daba lectura a su acusación, aumentaba su nerviosismo. La segunda vez que pudo levantar la cabeza de sus papeles y dirigir su mirada a los acusados, se encontró con cinco pares de ojos retadores. El nerviosismo del Fiscal terminó propagándose a la audiencia y a los miembros del «Tribunal», que se removían incómodos en sus asientos.

A continuación, sacando a relucir sus últimas fuerzas, el Fiscal leyó los cargos que hacía a cada uno de los jóvenes, mientras los papeles temblaban notoriamente en sus manos. Alzando la voz, leyó:

—***“Por tanto, ruego al «Honorable Consejo de Guerra» aplicar a los acusados las siguientes condenas:***  
—***Juan Bassay: ¡Pena de muerte!;***  
—***Renato Invernizze: ¡Pena de muerte!;***  
—***Egon Kemp: ¡Veinte años de cárcel!;***  
—***Salvador Caro: ¡Veinte años de cárcel!;***  
—***Héctor Ulloa: ¡Quince años de cárcel!, y***  
—***¡Héctor y Guido Barría Bassay quedan absueltos por no ser habidos!”***

Al escuchar la última frase leída por el Fiscal Militar, Juanito sintió un escalofrío. ¿Confirmaba aquella inesperada «absolución» que sus sobrinos ya habían sido asesinados, que jamás «serían habidos»? ¿Qué hechos ocultaba el Fiscal? ¿En qué basaba aquella resolución?

Ajeno a los pensamientos de Juanito y visiblemente agotado por el esfuerzo desplegado ante el «Tribunal», el Mayor Rosales terminó la lectura de su presentación con las palabras siguientes:

—***“Una vez más ruego al Honorable Consejo de Guerra tomar en consideración las acusaciones que he hecho a estos individuos y aplicarles las condenas que solicito. ¡Es Gracia!”***

Suspirando aliviado, el Fiscal Militar tomó asiento.

En la sala se oyó un nervioso cuchicheo y algunas sordas exclamaciones, que cesaron al levantarse de su asiento el Abogado Defensor para tomar la palabra.

Alberto Aranda estaba cercano a los cincuenta años de edad, semicalvo y canoso. Al ponerse de pie había tomado en sus manos un legajo de papeles entre los que estaba la defensa que había escrito a toda prisa. Los demás papeles contenían notas manuscritas que había tomado a medida que el Fiscal Militar daba lectura a su acusación. En tono profesional y sin leer su defensa, como lo prescribía el Reglamento de los verdaderos Consejos de Guerra, el Defensor dijo:

—***“Al Honorable Consejo de Guerra, con todo respeto, digo: vengo como Abogado Designado por este Honorable Tribunal a hacer la defensa de mis defendidos. Son ellos Juan Bassay, Renato Invernizze, Egon Kemp, Salvador Caro y Héctor Ulloa. Con el mayor respeto a ustedes, hago esta defensa.”***

Haciendo una pausa avanzó hasta el borde de la mesa, detrás de la cual se refugiaban los torturadores, transformados en jueces. Desde allí alzó repentinamente la voz para decir:

—“*Señores Miembros del Consejo de Guerra, señor Fiscal:*

—*¿Cómo es posible! ¿En qué cabeza cabe que un ciudadano de escasos recursos, como el señor Bassay, pueda disponer de medios para mantener a cinco mil guerrilleros, como acusa aquí el señor Fiscal?*

—“*¿Cómo una persona como él pudo transportar camionadas de armas al sur y repartirlas entre los campesinos, cuando desde hace mucho tiempo atrás todas las carreteras estaban copadas por patrullas de Militares y de Carabineros haciendo allanamientos hasta a los autos y, con mucha más razón, a los camiones?*

—“*¿Cómo pudo tener panfletos llamando a la resistencia armada? ¿Dónde los ha podido imprimir?*

—“*Señor Fiscal: ruego a usted exponerme hechos concretos:*

—“*Necesito, en primer lugar, que usted me presente alguna de las armas que, según usted, fueron transportadas por mi defendido hasta esta zona. Siquiera una sola.*

—“*En segundo lugar, necesito que me presente alguno de los guerrilleros que estaban a su cargo.*

—“*En tercer lugar, que me muestre alguno de los panfletos que llamaban a la resistencia armada.*

—“*Señor Fiscal, usted tiene mejor información que yo, pero yo creo que aquí en Osorno se ha detenido e interrogado a más de tres mil campesinos y ninguno ha entregado un arma de las distribuidas, según usted, por el señor Bassay.*

—“*El pertenecer a un Partido marxista, que hoy está fuera de la ley, no era delito hasta la fecha en que fue detenido mi defendido.*

—“*El trabajar durante el Paro de Octubre de 1972 y haber formado un Sindicato paralelo al Sindicato de Dueños de Camiones que ya existía, tampoco son delitos.*

—“*Haber instigado a la toma de fundos, como usted dice señor Fiscal, no es un hecho que esté debidamente comprobado. Si lo hubiera hecho, deberían estar, antes que nadie, las personas instigadas por él y, si éstos hubieran sido menores de edad, correspondería que la pena caiga sobre el señor Bassay.*

—“*Señor Fiscal: deseo también que me presente los detonadores que fueron encontrados en poder del señor Bassay, según su acusación.*

—“*La Brigada Elmo Catalán no era una organización paramilitar, sino que estaba encargada de realizar los rayados murales y la propaganda partidaria.*

—“Además, en parte de su acusación usted dice que mis defendidos habrían sido detenidos en los momentos en que se preparaban para asaltar el Retén de Carabineros de Riachuelo, cuando la verdad es que fueron detenidos cada uno en su respectivo domicilio.

—“Por lo tanto, yo no quiero tener responsabilidad en este crimen que se va a cometer; de estas vidas jóvenes que se troncharán y que el mundo entero va a conocer.

—“Honorable Consejo de Guerra: ¡Nunca en la historia de la humanidad se ha condenado por presuntos delitos y mucho menos a la pena máxima! ¡Sólo se ha llegado a esos extremos en ausencia de todo derecho y de toda justicia!”

El Abogado Defensor hizo una pausa durante la cual regresó a la mesa donde había dejado algunos de sus papeles y su portadocumentos. Tomando un libro, dijo:

—“¡Aquí tengo el Código de Justicia Militar para Tiempo de Guerra! ¡Creo que sería muy conveniente que ustedes, y sobre todo el señor Fiscal, lo estudien, lo analicen y lo apliquen! ¡Se los voy a prestar!”

El Abogado avanzó hasta la mesa del «Honorable Tribunal» y sobre ella dejó el Código de Justicia Militar. Después, continuó:

—“Recapacite, señor Fiscal y pida las penas que realmente correspondan.

—“Ruego a este Honorable Consejo de Guerra corregir los errores y ver que un error es capaz de segar vidas, y que malas interpretaciones de la ley pueden ser causales de hechos lamentables que, creo yo, se pueden evitar.

—“Digo una vez más a este Honorable Consejo de Guerra que para mis defendidos no pueden ir condenas más altas que las que yo voy a exponer, conforme a la ciencia del derecho.

—“Para Juan Bassay, una pena de sesenta y un días a quinientos cuarenta y un días de cárcel, castigándole por el delito de haber instigado a la toma de fundos, que es el único delito que se podría, tal vez, comprobar. Señor Fiscal: ¡Tome en cuenta ésto!

—“Para los otros pido la pena máxima de treinta a sesenta y un días de cárcel.

—“Honorable Consejo de Guerra, ruego aplicar las condenas de acuerdo a la ley.

—“Además, las acusaciones que se les hace a mis defendidos son hechos de «Tiempo de Paz» y no de «Tiempo de Guerra», como lo expone el señor Fiscal, puesto que el país fue declarado en «Estado de Guerra», después que ellos estaban detenidos. ¡Es Gracia!”

En medio del profundo silencio que siguió a sus palabras, el Abogado Defensor regresó a su puesto, mientras el Fiscal Militar y los miembros del «Consejo de Guerra» se removían en sus asientos. Allí tomó copias de su defensa escrita, que sólo había leído en parte al final de su intervención, y se las hizo firmar a sus defendidos quienes, dándole apretones de mano, le agradecieron su comportamiento ante el «Tribunal».

Terminado este trámite, los cinco jóvenes fueron encaminados, dentro de una doble fila de Gendarmes y soldados «boinas negras», a la puerta de salida ubicada al costado de la sala donde había tenido lugar el «Consejo de Guerra». Para llegar a la salida, los jóvenes tuvieron que avanzar de frente al público.

Todos los latifundistas y sus mujeres miraban a los campesinos con hostilidad, juzgándolos responsables de sus pasados temores y haciéndolos objeto del odio que habían acumulado durante los tres últimos años.

Los muchachos avanzaron enfrentando con gesto altivo las miradas asesinas que les dirigían los fascistas de la Provincia.

La sala permaneció en absoluto silencio hasta que una mujer, rubia, alta y maciza, histericamente, gritó:

—¡Qué los maten! ¡Qué los maten!

Aquel grito desbordó el odio contenido, abriendo las compuertas del resentimiento.

La sala se llenó de exclamaciones:

—¡Qué los maten! ¡Qué los maten!

—¡Iban a matar a los militares!

—¡Qué los maten! ¡Qué los maten!

—¡Querían expropiarnos los fundos!

—¡Qué los maten! ¡Qué los maten!

—¡Nos iban a intervenir los negocios!

—¡Qué los maten! ¡Qué los maten!

—¿Querían jugar con fusiles?

—¡Qué los maten! ¡Qué los maten!

—¡Ahora van ver, infelices!

—¡Qué los maten! ¡Qué los maten!

—¡No saldrán vivos, desgraciados!

—¡Qué los maten! ¡Qué los maten!

Los campesinos salieron al patio del Regimiento, dejando en la sala del «Tribunal» a los latifundistas con sus gritos. Afuera soplaba el viento norte. El tibio aire de la tarde le dio a los jóvenes en el rostro y de aquel modo Juanito se enteró que aquella noche iba a llover.

## Capítulo 28

### La «Sentencia»

En la Penitenciaría, el Alcaide recibió en su oficina a los dos jóvenes para los cuales el Fiscal Militar había pedido la «Pena de Muerte» y les dijo:

*—“He tomado conocimiento que el señor Fiscal ha pedido para ustedes dos la pena máxima. Comprendo cómo se sienten ustedes en este momento. Yo les recomiendo que tengan calma, que no intenten quitarse la vida, ya que muchas veces estas condenas no se cumplen. Además, en el caso de ustedes, no hay cargos concretos en su contra. Hay que tener paciencia y no desesperarse. No pierdan la calma. Yo les voy a enviar al mismo dormitorio que ocupan ahora. Allí van a estar con sus compañeros. Junto a ellos, ustedes no van a estar desanimados. Si necesitan algún calmante o cualquier medicina, a la hora que sea, va a haber un funcionario que va a estar a cargo de ustedes en forma permanente y a su disposición. Además, desde este momento y para su tranquilidad, ustedes van a tener visitas especiales. Cualquier problema que tengan lo hablan ustedes con sus compañeros, con alguno de los funcionarios o me lo comunican de inmediato. Sin necesidad de pedir audiencia pueden venir a hablar conmigo. Señores: una vez más les pido que estén tranquilos. ¡Pueden retirarse a su dormitorio!”*

Informados de las penas que había pedido el Fiscal Militar para Juanito y Renato, a su llegada a la celda colectiva los presos políticos los recibieron con grandes muestras de afecto y de optimismo.

Dos presos políticos, que eran abogados, les explicaron los pasos del proceso que restaba por cumplir y las posibilidades legales de lograr un cambio de las condenas, en el caso de que el «Consejo de Guerra» acogiera las penas propuestas por el Fiscal. Pero entre los dirigentes primaba la opinión de que sólo la condena internacional a estos crímenes podría cambiar la suerte de los jóvenes de Riachuelo.

Aquella misma noche, en el programa «Escucha Chile» de Radio Moscú, que los presos políticos oían en forma clandestina, Volodia Teitelboim hizo un llamado a “salvar la vida de los jóvenes patriotas de Osorno que los fascistas quieren asesinar.” Las denuncias enviadas por los camaradas de Juanito habían llegado a su destino. La sorpresa fue general y la alegría, indescriptible.

Volodia dio detalles acerca de los cargos que les hacía el Fiscal Militar, mencionando incluso el de los panfletos llamando a la resistencia armada, enfatizando que todos ellos eran infundados. Dio los nombres de los cinco acusados y recalcó la urgencia de movilizar la Solidaridad Internacional en su favor.

Juanito y sus compañeros sintieron junto a ellos la presencia de la Solidaridad Internacional. En la moral colectiva de todos los presos políticos se reflejó de inmediato la fuerza de sentirse respaldados por millones de personas de todo el mundo.

Al día siguiente, cuando los presos se encontraban en el patio de la Prisión, un Gendarme llamó a un lado a Juanito, para decirle:

—Juanito: anoche dijeron en Radio Moscú lo del «Consejo de Guerra» de aquí de Osorno. Yo creo que les va a salir el tiro por la culata a los milicos y no van a poder hacer nada en contra de ustedes. ¡Estén tranquilos, muchachos!

Juanito le agradeció la información, sin hacer comentarios, para no delatar la existencia de la radio clandestina en la celda de los presos políticos.

Aquel mismo día, con un gran titular en su primera página, el diario demócrata cristiano «La Prensa» de Osorno, informó:

—**“CONDENA A MUERTE PARA DOS EXTREMISTAS  
PIDIÓ LA FISCALÍA**

*La pena de muerte para dos ex dirigentes de la «Brigada Elmo Catalán» y militantes del Partido Socialista de Riachuelo solicitó la Fiscalía del Ejército al Consejo de Guerra en su primera sesión para conocer las acusaciones contra los presuntos implicados en actos terroristas y activismo político en la provincia.*

*“El Tribunal, integrado por Oficiales Militares y de Carabineros, escuchó a partir de las 15 horas de ayer, en una de las salas del Regimiento «Arauco», la causa presentada por el Fiscal Militar del Ejército, mayor Sergio Rosales, contra Juan Bassay y Renato Invernizze, para quienes solicitó la pena máxima por infracción a la Ley de Control de Armas.”*

Días después, el «Tribunal» entregó su veredicto. Sin tomar en cuenta los argumentos legales del Abogado Defensor, ni la absoluta carencia de pruebas, cuatro Vocales votaron por aplicarle la pena de muerte a Juan Bassay y veinte años de cárcel a Renato Invernizze. Dos Vocales fueron partidarios de aplicarle la pena de presidio perpetuo a Juanito y quince años de cárcel a Renato. La Presidenta del «Tribunal», la Jueza del Segundo Juzgado de Letras de Osorno, fue partidaria de aplicarle la pena de diez años de cárcel a Juanito y cinco años de cárcel a Renato.

Kemp y Caro fueron condenados a veinte años de cárcel, por cuatro Vocales; a quince años de cárcel, por dos Vocales, y a cinco años de cárcel, por la Presidenta.

El niño Héctor Ulloa, que recién había cumplido trece años de edad, fue condenado unánimemente a tres años y un día de prisión.

Pocos días más tarde por Radio Moscú, después de detallar la acusación del Fiscal Militar ante el «Consejo de Guerra», Volodia hizo un llamado a intensificar los esfuerzos para salvar la vida de Juan Bassay y solicitó a las organizaciones de solidaridad con el pueblo chileno que enviaran comunicaciones de protesta al Ministro del Interior y al Juez Militar de Valdivia, quien tendría que pronunciar la sentencia definitiva.

A partir de aquel día, los escritorios de aquellos dos personajes se comenzaron a llenar de telegramas y cartas de protesta llegados de todo el mundo. En contra del asesinato de Juanito, dentro de Chile se movilizaron diversas organizaciones y personas. Los evangélicos de Riachuelo organizaron rogativas diarias y todos los habitantes del pueblo se congregaban a rezar por su vida.

Los Pastores Luteranos de Osorno y Cautín le pidieron al Obispo Helmuth Frenz que hiciera una gestión personal ante el Ministro de Defensa Nacional, en favor del condenado. Al Obispo, el Ministro le dijo:

—*“No va a haber ninguna muerte más. Toda la gente que había que matar ya ha sido muerta. Todos han muerto en enfrentamientos. No habrá más fusilados en Chile, así que váyase tranquilo.”*

Poco tiempo después, mientras se encontraba en Europa, el Obispo Frenz fue declarado «persona non grata» por la Junta Militar y no pudo regresar a Chile.

Juanito mantenía en todo momento alta su moral. A todos les expresaba su confianza de que libraría con vida pero en su fuero interno se preparaba para lo peor. Él creía que iba a ser muy difícil escapar del odio de los fascistas. Lo que más le preocupaba, sin embargo, era enfrentar la muerte dando muestras de cobardía.

A principios del mes de junio de 1974 lo llevaron a la Fiscalía Militar. Allí lo recibió un Oficial desconocido para él quien, en el momento en que lo hacía pasar a su despacho, le dijo:

—¡Le tengo una muy buena noticia!

Una vez dentro de la oficina, se presentó:

—Yo soy el nuevo Fiscal Militar. Me llamo Jaime Bächler.

Tome asiento. La noticia que le tengo, es la siguiente: ***¡El Cuarto Juzgado Militar de Valdivia ha decidido conmutarle la Pena de Muerte por Presidio Perpetuo!***”

Luego, tomando unos papeles, leyó:

—“*Valdivia, treinta y uno de mayo, etc, etc, etc. Resuelvo: Que al reo Juan Bassay Alvear se le conmuta la pena de muerte por la pena de presidio perpetuo, etc, etc. Que a los reos Invernizze y Kemp se les condena a cinco años y un día de prisión. Que a los reos Caro y Ulloa se les condena a tres años y un día de prisión.*” Firma mi General González.

Levantando la vista de los papeles, se dirigió a Juanito:

—Y ahora, ¿cómo se siente usted?

—Mire: me da lo mismo una cosa o la otra. Total, yo estaba preparado para recibir la pena de muerte, y presidio perpetuo viene a ser la misma cosa.

—¡No, hombre! ¡Mientras hay vida, hay esperanza! ¡Ahora su futuro está solamente en usted!

—¿En mí?

—¡Sí, en usted! Total usted ya está condenado y de aquí para adelante las penas no solamente no van a subir, sino que van a ir bajando. Pero usted tiene que decirnos la firme ahora y la pena se le podrá rebajar. Porque la verdad, por último, es que no somos nosotros los que lo tenemos preso.

—¿Y quiénes me tienen preso, entonces?

—Hombre, ¡a usted lo tiene preso la sociedad!

Juanito estuvo a punto de ponerse a reír.

El nuevo Fiscal Militar era un hombre delgado, de regular edad y, mirándolo de lejos, no parecía tonto. De cerca tenía aquel aire inconfundible de aquellos Oficiales sin vocación que por circunstancias del destino habían entrado al Ejército.

—¡Mientras hay vida, hay esperanza! —repitió filosóficamente—. Nosotros sabemos que usted es un buen muchacho. Si coopera con nosotros, diciéndonos dónde están las armas, dónde están los explosivos y dónde están los guerrilleros, la pena se la vamos a ir rebajando. ¡Porque guerrilleros hay y ustedes, sea como sea, se van a seguir preparando! ¡Eso lo sabemos! ¡Ustedes son políticos! Los que están fuera del país, éstos se están preparando, y ustedes acá adentro, estarán en las mismas. Si nos dice dónde están las armas, le podemos rebajar la condena. Mire usted: ¡se la podríamos rebajar a cinco años!

Juanito miraba sonriendo socarronamente al Fiscal Militar. Tal vez aquel Oficial no estaba enterado de todas las torturas que le habían aplicado sus antecesores en el cargo para hacerle confesar exactamente lo mismo que él quería sonsacarle ofreciéndole caramelos. Interpretando equivocadamente la actitud del joven, el Fiscal le siguió tentando:

—¡Por último, hay una Ley que todos conocen, que le va a dar la posibilidad de salir del país a doscientas personas, sea a Venezuela o a México. Y si nos coopera, ¡entre ellos se va usted también! Pero tiene que dejarnos dicho primero dónde están esas cosas. Nosotros sabemos que esa otra gente que está adentro de la Cárcel, los dirigentes que se condenaron primero, esos son los verdaderos responsables, pero desgraciadamente fueron condenados demasiado rápidamente y no se les investigó como debió haber sido. Usted no tiene por qué...

—¡Mire, señor Fiscal —le interrumpió Juanito, cansado de la cháchara del Oficial—: ¡Yo ya he dicho todo lo que sé! He dicho muchísimas veces que no hay armas, que no hay explosivos y que no hay guerrilleros, ¡y nada más voy a decir!

Ante la firmeza del joven, el Fiscal Militar optó por enviarlo de regreso a la Penitenciaría. En la Cárcel sus compañeros lo estaban esperando preocupados, ansiosos por conocer la sentencia final. El cambio de la «Pena de Muerte» por «Cadena Perpetua», aunque continuaba siendo una grosera injusticia, produjo una explosión de júbilo. A todos les pareció un triunfo de la Solidaridad Internacional. Los familiares de Juanito recibieron la noticia con alegría.

Nadie creía que el joven iba pasar toda su vida en la Prisión, porque pensaban de que al cambiar la realidad del país, cambiaría también la situación de Juanito. Sólo que nadie se atrevía a predecir cuándo ocurriría aquello.

Un día, su novia le dijo:

—¡Cuando salgas de la Cárcel, nos casaremos! ¡Estoy segura de que será muy pronto!

Juanito sonrió pensando que el optimismo de la muchacha se debía a su juventud.

## **Capítulo 29**

### **La Verdad**

En el mes de septiembre de 1974, con el propósito de dar la impresión de normalidad en el país, se reinició la visita semestral de cárceles. A la Cárcel de Osorno fue Bruno Siebert, el nuevo Intendente provincial quien, como era tradicional en aquellas visitas inspectivas, les dirigió la palabra a los presos. Al finalizar su alocución, expresó que se estaban estudiando algunas garantías

para los presos, como la libertad condicional y las salidas dominicales. Uno de los reclusos, le preguntó:

—Señor Intendente: los presos políticos, ¿también vamos a gozar de esas garantías?

Sorprendido, el Intendente le preguntó al Alcaide:

—¿Hay presos políticos aquí?

—Sí, señor Intendente, hay sesenta.

—Pero..., ¿Son políticos?

—Sí. Hay sesenta presos políticos.

En voz baja, el Intendente le hizo otras preguntas al Alcaide, que éste le respondió de igual forma. Acabado el cuchicheo, el Intendente tosió un par de veces y luego, en tono admonitorio, se dirigió a los presos políticos:

—***“¡Todo irá en el comportamiento de ustedes! Porque nosotros sabemos que dentro de las cárceles se están gestionando todos los desordenes que se producen afuera. Todas esas pantomimas y cuestiones raras que están apareciendo, sabemos que son gestionadas dentro de las cárceles. Por eso, si ustedes se portan bien, tendrán las garantías que se están estudiando. ¡Pero mientras ustedes se porten mal, van a seguir así nomás!”***

Los presos políticos se miraron sonriendo. Ninguno dijo nada.

Cuando el Intendente hizo ademán de retirarse, un reo común gritó:

—¡Señor Intendente: nosotros necesitamos que se arregle la comida, porque la comida que nos sirven no se puede comer!

Molesto, el Intendente se volvió a mirar al reo, que continuaba reclamando:

—¡Nosotros estamos tan débiles que andamos a puros porrazos! ¡Nos andamos cayendo de debilidad! ¡Tenemos el cuerpo lleno de granos y hasta tuberculosos nos estamos poniendo con la mala alimentación que nos dan aquí en la Cárcel!

Cuando el reo terminó su queja, el Intendente le preguntó al Enfermero de la Prisión:

—¿Es mala la comida?

—Señor Intendente: la dieta es muy «rígida». Es cierto que la gente se está enfermando porque la dieta es muy «rígida».

Para salir del paso, el Intendente prometió:

—¡La comida va a mejorar! ¡Además voy a enviar unos fardos de paja para que cambien la que tienen en las pallasas!

Un mes después llegaron unos fardos de paja para los jergones donde dormían los presos, pero la comida se fue poniendo cada día más «rígida».

La Iglesia Católica de Osorno, la verdad sea dicha, no dejó completamente abandonadas a su suerte a las víctimas de la represión desatada en la Provincia. En los primeros tiempos, su principal labor consistió en integrar, en conjunto con la Iglesia Luterana, el «Comité de Cooperación Para la Paz» de Osorno en el que participaron el sacerdote católico Bernardo Werth y los pastores luteranos Wolfram Roth y James Savolainen. Este Comité investigó las denuncias sobre personas que habiendo sido detenidas por Carabineros, se encontraban desaparecidas. Decenas de cadáveres fueron encontrados en el río Pilmaiquén.

Los fieles osorninos de la Iglesia Luterana, que en su mayoría eran terratenientes y comerciantes ricos descendientes de los colonos alemanes, reaccionaron en contra de sus pastores y los hicieron expulsar de la Provincia, al mismo tiempo que le exigían al gobierno militar que expulsara del país al Obispo luterano Helmuth Frenz.

Todas las Navidades, el Obispo católico Francisco Valdés Subercaseaux iba a la Penitenciaría de Osorno a decir una Misa. A la Misa efectuada en las Navidades de 1974, muy pocos presos políticos asistieron. En aquella ocasión, el Obispo dedicó el acto a la «reconciliación de los espíritus» y llamó a los marxistas, «que vivían en el error», al arrepentimiento.

Por su parte, el cura que le ayudaba a decir la Misa hizo un llamado al arrepentimiento “a todos aquellos que habían abusado del poder y de su riqueza”, afirmando que “la verdadera paz debía fundarse en la verdadera justicia.”

En las Navidades de 1975, el Obispo de Osorno fue nuevamente a la Cárcel a celebrar una Misa. En aquella ocasión asistió un mayor número de presos políticos, aunque siempre una minoría de ellos.

En su sermón, el Obispo expresó que aquella Misa «era por la paz y la armonía entre los chilenos». Que por esta reconciliación se estaba rogando a lo largo de todo Chile y también, por intermedio de la Iglesia en todo el mundo, se estaba rogando:

—***“Para que volviera nuevamente la paz a Chile, consiguieran la libertad todos aquellos inocentes que se encontraban en las Cárceles y en los Campos de Concentración y pudieran regresar al país los Exiliados que habían perdido su Patria sin haber cometido jamás un delito.”***

Al término de aquella Misa, el Obispo anunció que regresaría el primero de enero a decir una Misa especial para los presos políticos. Atraídos por el último sermón, casi todos los presos políticos asistieron a la Misa. También estuvieron presentes los jóvenes de Riachuelo. Al término del acto religioso, algunos presos políticos se acercaron a conversar con el Obispo. Juanito le dijo:

—Señor Obispo: ¿Recuerda usted que en 1973, en los primeros días de la represión, llegó usted al Estadio Español a defender a la Junta Militar, negando las torturas y los asesinatos que se estaban cometiendo? ¿Se acuerda usted que en aquella ocasión un compañero me puso delante suyo como ejemplo y le mostró las huellas de las torturas que yo había recibido y que entonces eran bastante notorias?

—“¡Sí, sí! —le respondió el Obispo—. *¡Todo eso está tomado en cuenta! Y no sólo en Osorno por nosotros, sino que también lo sabe Monseñor Silva Enríquez, el Cardenal; lo sabe el Nuncio de la Santa Sede, y también el Vaticano en Roma. Que todo está en contacto. Se sabe muy bien lo que pasó aquí en Chile. También se conoce el caso de los hermanos Barría Bassay, que eran familiares suyos y que fueron muertos sin juicio ninguno. Se sabe, en fin, lo sucedido aquí y allá, en todas partes. Así como estaban equivocados muchos militares y muchas personas, también en la Iglesia habíamos sacerdotes y Obispos que estábamos equivocados. Bueno, para conocer la verdad, sólo había que vivir y esperar. Por eso, ahora que se ha comprobado la verdad, es que para nosotros han cambiado las cosas.*”

## Capítulo 30

### La Libertad

Para disminuir el gasto que les demandaba mantener en prisión a miles de presos políticos, los militares dictaron el Decreto 504, que permitió a los detenidos solicitar el cambio de sus penas de cárcel por la expulsión del país.

La mayoría prefirió la libertad en el exilio a la prisión en su propia Patria.

El país había dejado de ser «*la copia feliz del Edén*». La dictadura militar lo había transformado en una gran Cárcel donde no se respetaban los Derechos Humanos y las personas seguían desapareciendo sin dejar rastros. La cesantía causaba estragos en las familias, y la corrupción corroía a las Fuerzas Armadas y de Orden y a la Nación toda.

Al principio Juanito no quiso presentar su solicitud para salir al «exilio voluntario», pero sus compañeros le convencieron de que era mejor salir cuanto antes de la Cárcel y de Chile, donde cualquier cosa podía suceder.

Finalmente, Juanito presentó una solicitud para acogerse al Decreto 504. Tiempo después lo llevaron a la oficina del Alcaide de la Cárcel,

quien le notificó que había llegado el Decreto del Ministerio del Interior que lo expulsaba del país.

Un par de días después, lo llevaron encadenado a la Fiscalía Militar. Allí lo recibió Roberto Foller, el nuevo Fiscal. Era un individuo con el rostro congestionado de los alcohólicos quien, sin ningún preámbulo, le dijo:

—¡Hemos abierto un nuevo proceso caratulado «Fernando y otros»!

Juanito lo miró en silencio.

—¡Ya todos los otros se han ido y el único que queda es usted!  
¡Por lo tanto, usted va a tener que asumir la responsabilidad en este proceso!

—¡Pero yo no tengo nada que ver con Fernando!

—¡Los «Vivos» se fueron y los «Huevones» se quedaron!

—repitió filosóficamente el Fiscal.

Juanito no sabía qué decir.

—Usted tiene listo el Decreto 504, pero con este nuevo proceso se lo vamos a anular y usted tendrá que quedarse acá!

—¡Bien! —le replicó Juanito, molesto—. ¡Si tengo que quedarme aquí, aquí me quedo!

En su fuero interno el joven estaba desilusionado, puesto que ya se había hecho el ánimo de que iba a salir del país, rumbo a la libertad.

—¡Mire! ¡Va a tener que decirnos si Fernando está metido en el grupo de guerrilleros que está en Argentina y que quiere entrar a Chile!

—¡Yo no tengo idea! Usted sabe que estoy detenido desde septiembre de 1973 y que no tengo contactos con nadie de afuera, ¡ni menos con Fernando!

—¡No, no y no! —chilló el Fiscal—. ¡Ustedes están todos en contacto, adentro, afuera, en todas partes! ¡De adentro de las cárceles siguen dirigiendo la cosa afuera! ¡Yo no sé cómo lo hacen! ¡Mientras no estén muertos, siempre estarán tramando algo!

Al término de su desesperada perorata comenzó a rascarse la cabeza con ambas manos, como si un regimiento de piojos le estuviera atacando.

“Ahora va a empezar a ver elefantes azules”, pensó Juanito.

Después de ganar, transitoriamente, la batalla a sus piojos psicológicos, el Fiscal dijo:

—¡Bueno, nosotros ya no podemos hacer nada más!

Juanito siguió en silencio.

Mirando al joven con sus ojos incrustados en los repliegues de su fofa cara de beodo, el Fiscal agregó:

—¡Cómo usted no quiere cooperar con nosotros, lo vamos a meter en este proceso, nomás! ¡Díganos si Fernando tiene contactos con los guerrilleros argentinos o si está en ese grupo; dónde están las armas, y cuántas

armas son! ¡Es lo único! ¡No me interesa que usted diga quién las tiene, solamente el lugar, más o menos, dónde están y nosotros las buscaremos!

—He dicho tantas veces que no hay armas ni grupos armados. ¿Por qué diablos insisten tanto en ésto?

El Fiscal Militar lo miraba con sus vidriosos ojillos llenos de lágrimas. Le temblaban las manos y parecía a punto de echarse a llorar. Juanito pensó que lo que el pobre hombre necesitaba era un buen trago de aguardiente.

—¡Cualquier día de éstos lo voy a llamar para que haga una nueva declaración! ¡Ahora voy a comunicar al Ministerio del Interior que se le tiene que anular el Decreto 504!

Juanito regresó a la Penitenciaría pensando que se le había esfumado la posibilidad de salir de la Prisión y del país Cárcel. A sus familiares les informó de lo que le había dicho el Fiscal y a todos les invadió la tristeza.

Los días siguientes transcurrieron con monotonía.

La carta que Juanito recibió de la Embajada de Holanda, comunicándole que el Gobierno de aquel país le había concedido una visa para vivir allí, no logró despejar las dudas que había sembrado en su mente el Fiscal Militar. Tampoco lo logró el telegrama del «CIME», informándole de las gestiones que se estaban realizando para trasladarlo a Santiago.

Juanito les mostró aquellos papeles a sus familiares, participándoles de su temor de que a raíz del nuevo proceso abierto por el Fiscal Militar, anulasen el decreto de expulsión del país.

Inesperadamente, el primero de abril de 1976, a las once de la mañana, le notificaron de la llegada de un funcionario del Servicio de Prisiones de Santiago que tenía la misión de trasladarlo a la capital aquel mismo día, en el tren nocturno que partía a las seis de la tarde.

Juanito pidió que le facilitaran el teléfono para avisar a Riachuelo de su inminente partida, pero se lo negaron.

Solicitó permiso para ir al paradero del bus que hacía el recorrido entre Osorno y Riachuelo, para enviar un mensaje con el chofer, pero también se lo negaron.

Juanito estaba desesperado.

Al ver cómo lo estaban tratando, un Gendarme se ofreció secretamente para llevarle un papel al chofer del bus y se lo entregó en el mismo instante en que salía hacia Riachuelo.

Dos horas más tarde, gracias a la intermediación del funcionario de Prisiones de Santiago, le permitieron comunicarse telefónicamente con unos parientes que vivían en la ciudad de Los Lagos. Éstos le prometieron que iban a avisar de su partida a los familiares de Temuco y de Santiago.

A las cinco de la tarde, en el mismo bus que les había llevado la noticia llegaron a Osorno su madre y dos de sus hermanas. Su anciano padre no pudo viajar porque estaba enfermo, pero le envió una breve nota:

—**“Juan, adios. Pronto nos veremos. Yo no puedo ir a despedirte, pero tu mamá me representa. Tu padre, Luis Bassay.”**

Juanito no lo vió nunca más.

Cerca de la hora de la partida se despidió de sus camaradas de Riachuelo y de los demás presos políticos. Luego de abrazarlos a todos, desde la puerta de la celda colectiva y con el puño en alto, emocionado les gritó:

—¡Hasta siempre, compañeros!

—¡Hasta siempre, Juanito! —le respondieron.

A la Estación de Ferrocarriles lo fueron a despedir su madre, sus hermanas, un cuñado, varios sobrinos y dos campesinas de Riachuelo que andaban de compras en Osorno. Los abrazos y las lágrimas, hicieron inútiles las palabras.

Asomado por la ventanilla del vagón, Juanito se estuvo despidiendo con el puño en alto hasta que sus parientes y sus pañuelos desaparecieron a la distancia.

Sin que nadie hablara, pronto los pasajeros del tren se enteraron de que el joven era un preso político que trasladaban a Santiago para expulsarlo del país.

Un desconocido se acercó a ofrecerles, a Juanito y su custodio, unas botellas de cerveza. Después de pagar las bebidas, el viajero les deseó suerte y regresó a su asiento.

En la Estación de Los Lagos, por la ventanilla del vagón Juanito saludó a sus parientes allí congregados. Éstos le dijeron que habían avisado a Temuco de su viaje y de que en Santiago lo irían a esperar a la Estación. Además le informaron que su hermano el Regidor, que estaba en la Cárcel de Valdivia cumpliendo una condena a varios años de cárcel, se encontraba delicado de salud a consecuencia de las torturas recibidas. Juanito tampoco volvería a ver a este hermano, que falleció años después al poco tiempo de salir de la Prisión.

Recién había salido el tren de la ciudad de Los Lagos, cuando unos amigos que habían subido en aquella Estación descubrieron a Juanito. Éste les informó que viajaba al exilio, aunque temía una posible anulación del Decreto que le conmutaba el «Presidio Perpetuo» por «Veinte Años de Extrañamiento». Por las dudas, los amigos aprovecharon la ocasión para improvisarle una despedida. Sin que ellos notaran el paso del tiempo, el tren llegó a Temuco con dos horas de retraso.

En aquella Estación, sobre la que caía un aguacero fenomenal, que nada tenía que envidiarle al que produjo el diluvio universal, Juanito

departió por última vez con los familiares que pudieron ir a despedirlo. Algunos de los cuales no volvería a ver nunca más.

Al día siguiente, con un atraso de varias horas, el «Tren Rápido» procedente de Puerto Montt arribó a Santiago. Una prima estaba esperando a Juanito en la Estación Central. En un taxi, que ella canceló de su bolsillo, viajaron los tres hasta el Anexo Capuchinos de la Cárcel Pública, lugar donde estaban los presos políticos acogidos al Decreto 504, esperando su turno para salir del país.

El 29 de abril, a las seis de la mañana y sin previo aviso, sacaron a Juanito de su celda y, junto a sus escasas pertenencias lo llevaron a la Guardia del Penal. Luego de cumplir los trámites de rigor lo subieron a un furgón de Carabineros, donde ya se encontraba un compañero que viajaba a Rumania.

Cuando el vehículo policial iba por las desiertas calles de Santiago rumbo al Aeropuerto de Pudahuel, su conductor se percató de que un automóvil les seguía a corta distancia. El chófer disminuyó la velocidad y le dio la pasada, pero el misterioso automóvil se mantuvo detrás, conservando la distancia.

De aquella forma, ambos vehículos llegaron hasta el Aeropuerto.

Después de detenerse frente a la entrada para los pasajeros de vuelos internacionales, los policías fueron a amonestar al conductor del automóvil que les había seguido durante todo el camino. Entonces descubrieron que se trataba del Embajador de Holanda.

Una vez dentro del Aeropuerto, a solas con Juanito, el Embajador le explicó:

—Tengo instrucciones de acompañar a las personas que tienen condenas altas.

Primero subieron a bordo de la aeronave todos los pasajeros regulares. Después, en un bus especial llevaron hasta el avión a los dos presos políticos que expulsaban del país: al joven que viajaba a Rumania y a Juanito.

En la escalinata de acceso al avión el Embajador, que en ningún momento se separó de Juanito, se despidió cortésmente del joven deseándole buen viaje y una vida feliz en Holanda, agregando:

—Ahora me voy de inmediato a la Embajada, a comunicar su partida.

Por la ventanilla del avión Juanito vio que en la terraza del Aeropuerto había un grupo de desconocidos agitando sus pañuelos. Aunque él sabía que no podían verlo, se despidió simbólicamente de ellos con el puño en alto.

Estremeciendo los edificios circundantes con el rugido de sus motores, el avión corrió por la losa hasta elevarse en un pronunciado ángulo.

Cuando la aeronave recobró la posición horizontal, luego de describir un amplio semicírculo, se encontraba volando sobre las nevadas cumbres de la cordillera de los Andes.

Algunos minutos después, por los altavoces del avión anunciaron que estaban cruzando el límite entre Chile y Argentina.

Entonces Juanito sintió una extraña emoción.

“¡Volveré!”, se dijo.

## **DOCUMENTOS, GLOSARIO DE SIGLAS Y EL AUTOR Y SUS OBRAS**

### **Documento 1:**

#### **SENTENCIA**

#### **DEL CONSEJO DE GUERRA DE OSORNO**

(Fuente: Cuarto Juzgado Militar de Valdivia)

OSORNO, veintiuno de marzo de mil novecientos setenta y cuatro.

CAUSA 1666-73 por infracción al artículo 8° Ley 17.798

c/ JOSE HILARIO BASSAY A. y Otros. (1)

#### **VISTOS:**

Que se ordenó instruir este proceso en contra de Hilario Bassay Alvear, Renato Invernizze Antipa, Salvador Heriberto Cano Pino, Héctor Leonardo Ulloa Mardones y Egon Kemp Patau, ya indivisualizados en autos, por el delito señalado en el artículo 8° de la Ley 17.798 sobre control de armas.

El señor Fiscal de la causa en su dictamen de fojas 49 pide la pena de muerte para Hilario Bassay Alvear y Renato Invernizze por ser los dirigentes de brigada armada y custodia de los explosivos al primero de los mencionados y la pena de veinte años de Presidio Mayor en su grado máximo para Salvador Heriberto Cano Pino, Héctor Leonardo Ulloa Mardones y Egon Alejandro Kemp Patau, miembros de este grupo armado.

La defensa de los reos, contestando el dictamen del Señor fiscal, pide para el caso que el Honorable Consejo estime que sus defendidos Bassay, Invernizze, Cano, Ulloa y Kemp, han cometido el delito sancionado en el artículo 8° de la Ley 17.798, de que les acusa el señor Fiscal, se les aplique la pena correspondiente al delito en Tiempo de Paz, en atención al principio de la irretroactividad de la Ley Penal, por cuanto, la actuación de los enjuiciados fue anterior al 22 de Septiembre de 1973, fecha de la publicación del D.L. N° 5 de fecha 22 de septiembre de 1973. D.L. que modifica las penas para los casos de los referidos delitos se cometieron en tiempo de guerra. Esatableciendo dicho D.L. N° 5 nuevas normas legales, no puede considerarse como ley interpretativa y para los efectos de su vigencia debe estarse a la fecha de su publicación en el diario oficial como lo establece el art. 7° del Código Civil y en conformidad a lo establecido en el Art.11 de la Constitución y 18 del Código Penal. Pide la defensa por las razones expuestas se le aplique al acusado Hilario Bassay 541 días de presidio menor en su grado medio y a los acusados Invernizze, Ulloa, Cano y Kemp la pena de 61 días de presidio menor en su grado máximo.

1° Que a juicio de este Honorable Consejo de Guerra, con el mérito de los requerimientos que rolan a fojas 1 y 27, de los informes del Servicio de Inteligencia Militar de fojas 6, 25 y 34 y de los informes de investigaciones de fojas 11, 22, 36, 37 y de fojas 40 a 44, antecedentes que constituyen elementos probatorios que apreciados en conciencia por los miembros del Consejo permiten establecer que los enjuiciados José Hilario Bassay Alvear, Renato Invernizze Antipa, Salvador Heriberto Cano Pino, Héctor Leonardo Ulloa Mardones y Egon Alejandro Kemp Patau, pertenecían a la Brigada de Choque Elmo Catalán, los cuales se organizaron como grupo de combate o partida paramilitar en la instrucción, uso y manejo de bombas explosivas en forma teórica y práctica, uso de garrotes como arma de ataque y de defensa, configurando el delito descrito y sancionado en el artículo 8° de la Ley 17.798 de Control de Armas.

2° La participación que como autores del delito antes mencionado le ha correspondido a los encausados Hilario Bassay, Salvador Cano, Héctor Ulloa, Renato Invernizze y Egon Kemp ha quedado acreditada con sus propias declaraciones prestadas a fojas 4, 7, 8, 19 y 31 al reconocer todos ellos que en el mes de febrero de 1973 efectuaron práctica con elementos explosivos en una pampa del fundo Porvenir, habiéndose concertado previamente para dicha práctica e instrucción en la utilización de los efectos explosivos, haciéndose explotar en dicha ocasión una de las bombas de las cuatro que llevaban preparadas. Reconociendo además el reo Heriberto Cano Pino en su

declaración de fojas 7 haber recibido instrucción de ataque y defensa con estacones de parte de un tal Garrido.

3° Que a juicio de este Honorable Consejo de Guerra, los hechos investigados y descritos anteriormente y por los cuales se procesa a los encausados Bassay, Invernizze, Cano, Ulloa y Kemp para los efectos de la penalidad, se cometieron en tiempo de guerra; consta en autos que el reo Bassay al ser detenido el 17 de septiembre de 1973 obraba en su poder doce detonadores y que éste como ya se ha dicho formaba parte con los demás enjuiciados de un grupo paramilitar que se instruyó e hizo uso de los elementos explosivos que se encuentran indicados en el artículo 3° de la Ley 17.798 sobre control de armas ya indicada, todo ello en conformidad a lo establecido en el artículo 418 del Código de Justicia Militar y artículos 1° del D.L. N° 5 de 22 de Septiembre de 1973 que al interpretar el artículo 418 del Código de Justicia Militar expresa “que el Estado de Sitio decretado por conmoción interna, en las circunstancias que vive el país, debe entenderse “estado o tiempo de guerra” para los efectos de la aplicación de la penalidad de este tiempo que establece el Código de Justicia Militar y demás leyes penales y, en general para todos los demás efectos de dicha legislación”. Que siendo el referido D.L.N° 5 una norma interpretativa, la fecha de su aplicación es a contar del 11 de septiembre de 1973 fecha en la cual se decretó el Estado de Sitio por conmoción interna por el D.L. N° 3, lo cual no significa hacer una aplicación retroactiva del D.L. N° 5.

4° Que la pena aplicable al delito contemplado en el inciso primero del artículo 8° de la Ley 17.798 es el de presidio mayor en su grado mínimo a muerte indicado en el inciso 5° del mismo artículo de la Ley mencionada en tiempo de guerra.

5° Que teniendo presente, lo señalado en los artículos 87 y 180 del Código de Justicia Militar, artículos 3° y 8° de la Ley 17.798 sobre Control de Armas y D.L. N° 3° y 5° de 11 y 22 de septiembre de 1973, disposiciones pertinentes del Código Penal y Procedimiento Penal; el Honorable Consejo de Guerra resuelve:

Condenar a los reos Juan Hilario Bassay Alvear, Renato Invernizze Antipa, Heriberto Cano Pino, Héctor Leonardo Ulloa Mardones y Alejandro Kemp Patau en calidad de autores del delito contemplado en el inciso primero del artículo 8° de la Ley 17.798 sobre Control de Armas. Votando los vocales señores Héctor Orrego Vidal, Hans Schernberger Valdivia, Rolando Ríos García y Pedro Fernández, se le aplique al reo Juan Hilario Bassay Alvear la pena de muerte por ser éste el dirigente del grupo, tenedor de los explosivos y

haber adoctrinado a menores como lo eran sus co-reos a la época de adoctrinamiento del grupo. Para los reos Salvador Heriberto Cano Pino, Renato Invernizze Antipa y Egon Alejandro Kemp Patau la pena de veinte años de presidio mayor en su grado máximo. Para el reo Héctor Leonardo Ulloa Mardones, atendiendo su menor edad no obstante haberse declarado por el Tribunal competente que obró con discernimiento, la pena de tres años y un día de presidio menor en su grado máximo.

Los vocales señores Arno Wenderoth Pozo y José Manuel Labra Rojas, fueron de parecer de aplicar al reo Bassay la pena de presidio perpetuo, a los reos Invernizze, Cano y Kemp la pena de quince años y un día de presidio mayor en su grado máximo, y al reo Ulloa la de tres años y un día de presidio menor en su grado máximo. Con el voto en contra de la auditora Berta Rodríguez Monarde, quien fue de parecer, que no teniendo los reos agravantes que les perjudique y favoreciéndoles la atenuante de su anterior conducta exenta de reproches, acreditada con la prueba testimonial rendida en el probatorio, corresponde aplicarle la pena señalada al delito en su mínimo; esto es, para el reo Bassay la pena de diez años de presidio mayor en su grado mínimo. A los reos Invernizze, Cano y Kemp, la pena de cinco años y un día de presidio mayor en su grado mínimo y a Ulloa, atendida su menor edad, la pena de tres años y un día de presidio menor en su grado mínimo.

A los reos Bassay, Invernizze, Kemp y Cano se les aplicará además la pena accesoria del artículo 28 del Código Penal, de inhabiliación absoluta perpetua para cargos y oficios públicos y derechos políticos y la de inhabilitación absoluta para profesiones titulares mientras dure la condena. Al reo Ulloa se le aplicará la pena accesoria de inhabilitación absoluta para cargos y oficios públicos durante el tiempo de la condena contemplado en el artículo 29 del Código Penal.

Cúmplase en su oportunidad con lo dispuesto en el artículo 75 del Código de Procedimiento Penal. Comuníquese a la Contraloría General de la República y a la Dirección del Registro Electoral.

Notifíquese el presente fallo a los sentenciados y dése cumplimiento al artículo 88 del Código de Justicia Militar.

Redactada por la señora auditora y Presidenta del Honorable Consejo de Guerra, doña Berta Rodríguez Monarde. (En el original están las firmas de todos los integrantes del Consejo de Guerra)

(1) El principal acusado, cuyo nombre es Juan Hilario Bassay Alvear, aparece mencionado indistintamente en este documento como Hilario o José Hilario.

**Documento 2:**  
**RESOLUCIÓN DEL JUEZ MILITAR**  
**CUARTO JUZGADO MILITAR DE VALDIVIA**  
(Fuente: Cuarto Juzgado Militar de Valdivia)

VALDIVIA, treinta y uno de mayo de mil novecientos setenta y cuatro.  
VISTOS el mérito de autos y teniendo presente lo dispuesto en los artículos 74, 75, 87, 88 y 195 del Código de Justicia Militar; 73, inciso 1° del Código Orgánico de Tribunales; 11 número 1° en relación con el artículo 10 número 3°, 12 número 10 y 72 del Código Penal y Decretos Leyes números 1, 3, 5, 8 y 51 de 1973;

**RESUELVO:**

Apruébase la Sentencia que antecede escrita a fojas 91 y siguientes, de fecha 21 de Marzo de 1974, dictada por el Honorable Consejo de Guerra, en este proceso Rol N° 1666-73, con las declaraciones que se expresan a continuación:

a) Que al reo Juan Hilario Bassay Alvear, ya individualizado, se le conmuta la pena de muerte por la pena de presidio perpetuo, como autor del referido delito contemplado en el inciso 1° del artículo 8° de la Ley 17.798, y se le condena además a sufrir las penas accesorias pertinentes de inhabilitación absoluta perpetua para cargos y oficios públicos y derechos políticos por el tiempo de su vida y la sujeción a la vigilancia de la Autoridad por el plazo máximo legal en el evento de que obtuviere su libertad posteriormente.

b) Que los reos Renato Invernizze Antipa y Egon Alejandro Kemp Patau, ya individualizados, quedan condenados a sufrir cada uno la pena de cinco años y un día de presidio mayor en su grado mínimo como autores del mismo precitado delito y se les condena además a sufrir las penas accesorias correspondientes de inhabilitación absoluta perpetua para cargos y oficios públicos y derechos políticos y la inhabilitación absoluta para profesiones titulares mientras dure la condena.

c) Que el reo S. Heriberto Caro o Cano Pino, ya individualizado, queda condenado a sufrir la pena de tres años y un día de presidio menor en su grado máximo como autor del mismo delito y a sufrir además las penas accesorias de inhabilitación absoluta perpetua para derechos políticos y la de

inhabilitación absoluta para cargos y oficios públicos durante el tiempo de la condena.

Cúmplase. Anótese, notifíquese y archívese en su oportunidad en el IV Juzgado Militar de Valdivia.  
Fernando González Martínez, General de Brigada, Comandante en Jefe de la División de Caballería (En el original hay una firma y un timbre del Ejército de Chile)  
(Leyenda manuscrita:) En Osorno a once días de Junio de mil novecientos setenta y cuatro. Por recibido. Dése cumplimiento a la Resolución precedente. Anótese y notifíquese. (En el original hay una firma)

### **Documento 3: EXTRACTOS DEL “INFORME RETTIG”**

#### **1. “Tiempo de guerra” y “Tribunales militares”:**

“De lo anterior se desprende que los citados Decretos Leyes declaran en estado de sitio, de emergencia, o en «estado de tiempo de guerra» el territorio de la República, considerando la situación de conmoción interior que vivía el país y demás motivaciones recién señaladas, pero prescinden de la exigencia legal de «fuerzas rebeldes organizadas» o de «cualquier clase de fuerzas rebeldes o sediciosas organizadas militarmente». Lo expresado evidencia que el estado de sitio decretado conduce a un «estado o tiempo de guerra denominado preventivo» y no real, dado que los aludidos Decretos Leyes nunca invocaron ni pretendieron fundar sus decisiones en la existencia de fuerzas rebeldes o sediciosas militarmente organizadas. Estas reflexiones y los preceptos de los artículos 73 y 419 del Código de Justicia Militar, autorizan a afirmar que ese estado o tiempo de guerra «preventivo» no justificaba ni admitía el funcionamiento de los Tribunales Militares en Tiempo de Guerra, aseveración que lleva a concluir que los tribunales que actuaron en esa calidad para sancionar hechos perpetrados con anterioridad al 11 de septiembre de 1973, lo hicieron contrariando la legislación vigente y quebrantando fundamentales normas de derecho.

(...) Sin embargo, con infracción de fundamentales normas legales y esenciales principios éticos, las nuevas penalidades fueron aplicadas por los Consejos de Guerra y demás Tribunales Militares que actuaron durante el «estado o tiempo de guerra» con sujeción a esa nueva legislación, a hechos ocurridos con anterioridad a su vigencia, contraviniendo en forma expresa las

disposiciones de los artículos 11 de la Constitución Política de 1925, vigente en la época, y 18 del Código Penal, que consagran la irretroactividad de la ley penal, principio universalmente aceptado.”

## **2. Observaciones a las Sentencias dictadas por los Consejos de Guerra**

“Como primera y genérica observación deben hacerse notar defectos formales y de fondo, tanto en los relacionados con la exposición y concreción de los hechos, como en lo relativo a la falta de consideraciones legales y doctrinarias, que resienten notoriamente las sentencias en su fundamentación. ”Esas deficiencias sobresalen en los hechos que acreditarían la existencia de los delitos, que determinan cargos a los inculpados, que concurren a la calificación de las infracciones penales, a los que se invocan en las defensas y, en especial a aquellos relativos a circunstancias modificatorias de la responsabilidad de los acusados.

“(…) En general, en las sentencias se hace la apreciación o afirmación de encontrarse acreditados los delitos, sin determinar qué hechos los configuran ni qué probanzas los establecen, dejando así la duda acerca de la existencia.

“(…) Se recurre repetidamente a la apreciación en conciencia, despreciándose pruebas que constan en forma fehaciente en la causa, como lo exige el artículo 194, inciso tercero del Código de Justicia Militar.

“(…) En distintos procesos se pronuncian sobre el discernimiento de menores los propios Consejos de Guerra, sin considerar que es al Juez de Menores a quien corresponde hacerlo (...).

“(…) En numerosos Consejos de Guerra se omitió el nombramiento de abogado defensor como lo exige el artículo 183 del Código de Justicia Militar, o bien, designado defensor, se le imposibilitó toda entrevista con el defendido, o se designa un abogado para la defensa de varios reos en que los antecedentes son contradictorios o se señalan plazos tan mínimos que imposibilitan el estudio del proceso.

“(…) Como observación general, debe también señalarse la disconformidad en las exposiciones de hecho con las consideraciones relativas a la comprobación del delito y con las decisiones de los fallos.”

## **GLOSARIO DE SIGLAS:**

**BEC:** Brigada Elmo Catalán

**CIME:** Comité Intergubernamental de Migraciones Europeas.

**COOPRESUR:** Cooperativa de Consumidores del Sur

**CORA:** Corporación de Reforma Agraria  
**CORFO:** Corporación de Fomento de la Producción  
**MOPARE:** Sindicato Patriota de Dueños de Camiones  
**PARO DE OCTUBRE:** Paralización de las actividades económicas del país contra el Gobierno, llevado a cabo en octubre de 1972 por las organizaciones patronales del país con el apoyo financiero del Gobierno de los Estados Unidos de América.  
**SAESA:** Sociedad Austral de Electricidad, S. A.  
**SERCOTEC:** Servicio de Cooperación Técnica  
**SIM:** Servicio de Inteligencia Militar

#### **EL AUTOR:**

CARLOS BONGCAM WYSS, nacido en Pitrufoquén en 1934  
—Egresado de la Escuela de Ciencias Políticas y Administrativas de la Universidad de Chile, en 1962.  
—Títulos profesionales:  
1) Administrador Público con Mención en Administración Pública General.  
2) Administrador Público con mención en Administración Financiera del Estado.  
—Profesor de Administración en la Universidad de Chile, Sede Osorno, 1965-1973.  
—Miembro del Consejo Directivo de la Sede Osorno de la Universidad de Chile, 1965-1970.  
—Miembro del Consejo Normativo Superior de la Universidad de Chile, 1972-1973.  
—Director del Círculo de Estudios Latinoamericanos, Suecia, 1978-1997.  
—Escritor, miembro de la Asociación de Escritores de Suecia.  
—Periodista, miembro de la Unión de Periodistas de Suecia.  
—Director de las revistas “Suplemento América Latina” y “Educación y Cultura Latinoamericana”, 1978-1995.

#### **OTRAS OBRAS:**

—“LATINOAMÉRICA AL ALCANCE DE TODOS”, primera edición, Suecia, 1980. Segunda edición, Suecia, 1983.

- “LATINOAMÉRICA PARA NIÑOS”, primera edición, Suecia, 1981.  
Segunda edición, Suecia, 1985.
- “APRENDIENDO A LEER LATINOAMÉRICA”, Suecia, 1982.
- “SINDICALISMO CHILENO: HECHOS Y DOCUMENTOS, 1973-1983”,  
Suecia, 1984.
- “LOS NIÑOS Y LAS DROGAS”, Suecia, 1985.
- “LATINOAMÉRICA, 500 AÑOS”, Tomo I, HISTORIA, Suecia, 1988.
- “LATINOAMÉRICA, 500 AÑOS”, Tomo II, ECONOMÍA, Suecia, 1990.
- “CHILE: CONDENADO A MUERTE”, 1998, inédito en papel.
- “NAYRA, LA ESPOSA DEL SOL”, 2001, inédito en papel.

© *Carlos Bongcam Wyss*  
ISBN 91 970233 1 0

**(Prohibida su reproducción o uso con fines comerciales, sin la  
autorización previa del autor)**



Información disponible en el sitio ARCHIVO CHILE, Web del Centro Estudios "Miguel Enríquez", CEME:

<http://www.archivochile.com>

Si tienes documentación o información relacionada con este tema u otros del sitio, agradecemos la envíes para publicarla. (Documentos, testimonios, discursos, declaraciones, tesis, relatos caídos, información prensa, actividades de organizaciones sociales, fotos, afiches, grabaciones, etc.)

Envía a: [archivochileceme@yahoo.com](mailto:archivochileceme@yahoo.com)

**NOTA:** El portal del CEME es un archivo histórico, social y político básicamente de Chile. No persigue ningún fin de lucro. La versión electrónica de documentos se provee únicamente con fines de información y preferentemente educativo culturales. Cualquier reproducción destinada a otros fines deberá obtener los permisos que correspondan, porque los documentos incluidos en el portal son de propiedad intelectual de sus autores o editores. Los contenidos de cada fuente, son de responsabilidad de sus respectivos autores.

© CEME web productions 2003 -2006